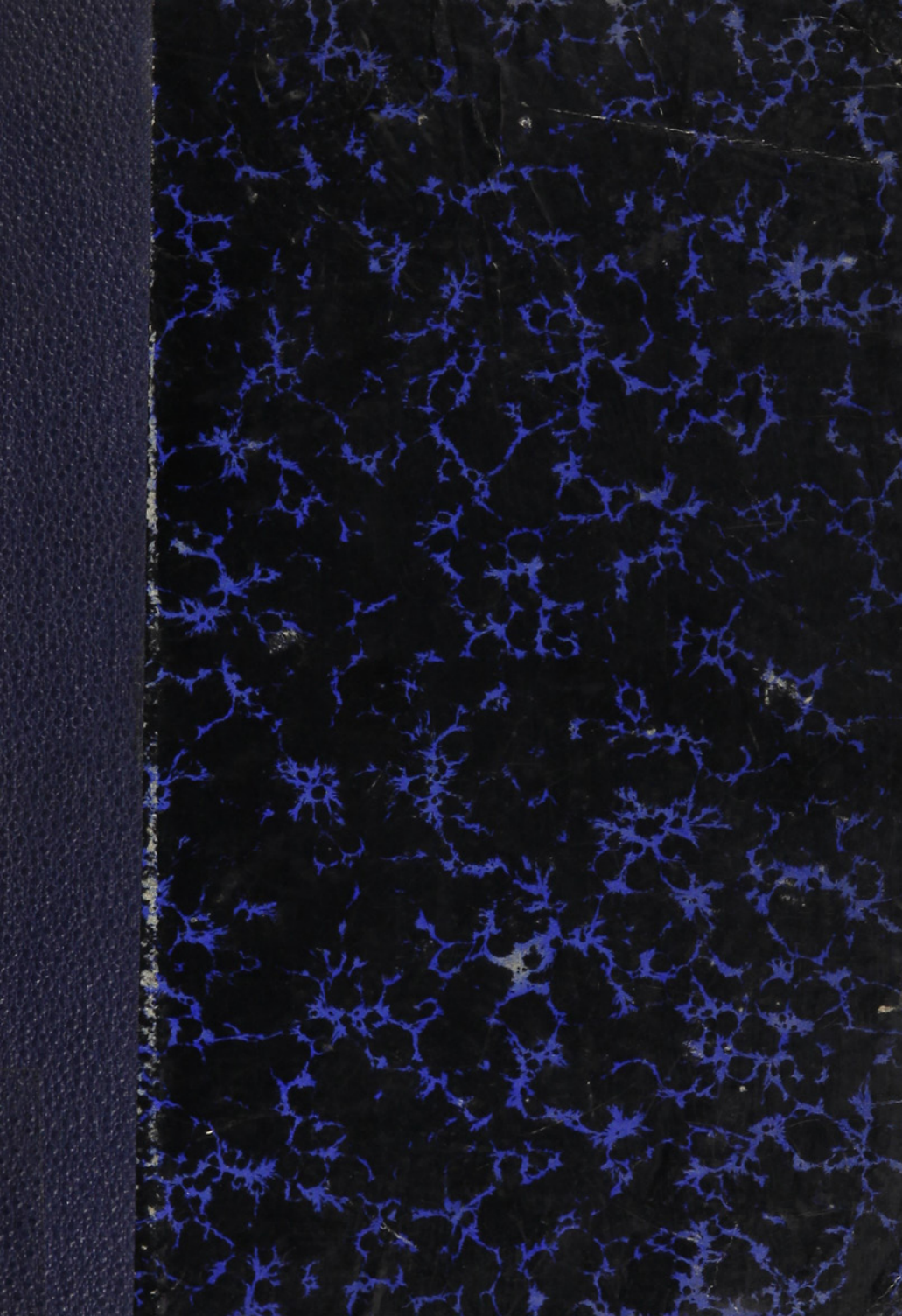






BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra	1
Sala en que se encuentra	11
Tabla en que se halla	374
Orden que en ella tiene	17

BIBLIOTECA NACIONAL



50905-10

EMILIO SALGARI

11(374-17

MEMORIAS



374-17

14478



Salgari capitán de barco.



Emilio Salgari
Mis Memorias

E m i l i o S a l g a r i

**Mis Memorias. El
más sensacional de los libros del
célebre novelista de aventuras**

Traducido del italiano por

MARIA MONVEL



EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO CHILE CONCEPCIÓN
1929

Esta traducción] es
propiedad del editor.
Inscripción número 1403.

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento,
— Ahumada 125. —
Santiago de Chile

EL MAS SENSACIONAL DE LOS LIBROS DEL CELEBRE NOVELISTA DE AVENTURAS

¿Quién, grande o pequeño, no ha leído alguno de los libros célebres de Salgari, émulo y superador de Julio Verne, en la creación de los más bellos libros de fantasía novelesca. La más conocida de las casas editoriales españolas ha difundido por millares de millares los ejemplares de sus novelas, que siempre anduvieron en manos de la juventud, que nunca dejaron de encontrar lectores, entre los que serán eternamente niños, según decía el propio Salgari, desde los 10 hasta los 50 años.

Salgari, que llenó de millones las cajas de sus editores, desesperado, arrinconado por la miseria y el sufrimiento, se vió obligado a suicidarse, dejando tras él,

eso que Julio Verne siempre disfrutó en vida: el premio cierto de un talento de primera calidad.

Pocas novelas más interesantes que la de esta Vida, cuyas páginas no desmerecen en interés junto a las del más célebre de sus libros: "Sandokan".

Un poeta de la aventura

He aquí, bajo nuestras miradas, las Memorias póstumas de un novelista que tuvo, a principios del novecientos, una inmensa popularidad, y que hoy todavía, es recordado con afectuosa nostalgia por todos nosotros: Emilio Salgari. Es a mí a quien toca el honor de coordinar estas memorias y presentarlas al público. Y al poner manos a la obra en cuestión tan delicada y no privada de grave responsabilidad espiritual, quiero evocar un poco la figura del escritor y algo del tiempo en el que vivió: período gris y de transición, en el cual, jóvenes como éramos, gustábamos tanto de Carducci y Pascoli, sin comprender todavía a d'Anunzio ni a Ada Negri, y nos engolfábamos en vanas discusiones literarias en los cafés, charlando delante de la copa de licor, de filosofía, de política y de historia, avanzando sentencias y doctrinas, olvidando que, aun entonces, la tarea más importante para los italianos, era rehacer a talia . . . en silencio.

En aquellos lejanos días, aparecieron en las vitri-

nas de los libreros, entre la muchedumbre de la pasada literatura romántica, las agresivas portadas multicolores de los relatos de Emilio Salgari. En aquellas portadas, estaban comprendidas con señas precisas, la locura de la aventura, el frenesí de las búsquedas científicas, el espasmo de lo ignoto, todas las aspiraciones y deseos inconfesados del ánimo juvenil. Bastaba adquirirla, aquella cubierta listada de oro y de púrpura, para sentir rebullir la sangre de impaciencia y de entusiasmo: figuras ásperas, barbados perfiles con grandes sombreros desplegados al viento de la tempestad, piratas árabes, que desde lo alto del camello, espiaban el desierto, rajah indianos verdes de furor, y tigres, elefantes, leones, caballos salvajes, bisontes tras un fondo de incendio, batallas y maremotos: un sucederse de cosas tremendas y magníficas, una serie de impulsos a la impetuosidad, a la juventud, a la fuerza, al instinto, al deseo de conquista . . . Otras tantas llaves de plata para abrir las puertas del inexplorado jardín de la fantasía.

* * *

Nunca he conocido en persona a Salgari. Cuando inundaba el mercado con sus romances de aventura, y conquistaba las apasionadas conciencias de los mu-

chachos, cansados de conmoverse con las honestas novelas de Amicis, yo comenzaba apenas. Mi amor por las obras de fantasía era grandísimo. Mis autores preferidos en el género, eran Poe, Verne y especialmente Wells, cuyo espíritu profético y paradójal, me parecía más semejante al mío. Por estas razones prefería a las novelas derivadas del Robinson Crusoe — y eran la mayoría — las que tenían por punto de partida y fondo, una hipótesis científica, como por ejemplo, "El Viaje en Torno a la Luna", de Verne, "La Extraña Aventura de Hans Pfaal en la Luna", de Poe, o "La Guerra del Mundo", de Wells.

Como ya lo he dicho, no conocí nunca a Emilio Salgari. Pero, por sus retratos, me lo figuraba como debe ser en realidad: bajo, un poco calvo, desaliñado en el vestir, de modales bruscos, siempre generoso, pero fácil a los accesos de ira y de impaciencia. También me figuraba como trabajaba: encorvado horas y horas sobre una mesilla coja, llenando cuartilla tras cuartilla con fervor apasionado, dejando libres la inspiración y la fantasía. No amaba las distracciones: rara vez concurría al teatro, no frecuentaba el café, pero se daba largos paseos por el campo, para recoger sus ideas, siempre solo. Amaba entrañablemente a la familia, y creo así, que el dolor de separarse de su amadísima esposa que enloqueció de repente, prodújose en

él. aquella crisis de espíritu y de conciencia que lo condujo a la muerte violenta.

"... Siento que me pierdo, mi vida declina, ningún resplandor de esperanza, de fe en mí... nada puede aliviarme... es el fin..."

Estas palabras, escritas poco después de la gran desventura, revelan terriblemente la condición de ánimo del escritor. Parecen el grito desesperado de un naufrago, en el horror de una noche de tempestad. Nadie le escuchó en aquel tiempo.

Y siempre que abro ese manuscrito, me parece que el grito se renueva, siempre más alto y más angustioso: y entonces me coge una infinita piedad por todos aquellos que fueron son y serán constreñidos a torturarse la vida, estrujando el cerebro en dolor, para fabricar las monedas que consume el magro pan cotidiano.

No lo conocí en persona, mas fuí su amigo en espíritu, luego de haber leído su libro mejor. Una ola de simpatía y de afecto corría de una a otra parte de Italia para congregarse en torno al capitán Salgari. La juventud había encontrado a su poeta. Un poco rudo e instintivo, pero claro, expresivo, dilecto. No podía decirse que su prosa fuese tersa y harmónica, pero había en ella tanta pasión, tanta nitidez en el relato, y respiraba tanta virtud y valor, la trama era

tan bien concertada y las personas tan vivas y simpáticas, la rápida descripción de lugares y costumbres tan evidente y deleitosa . . .

¿Quién habría podido entonces sustraerse a la fascinación de un escritor, que renovaba con una más fresca y límpida fuente de inspiración, la gesta de los héroes de Cooper, de Mayne Reid, de Verne?

Ninguno de nuestros jóvenes conocía todavía a Jack London y a Joseph Conrad, pocos habían leído y muy sumariamente a Kiling. Y nuestro escritor menos observador y menos profundo que sus colegas franceses, ingleses y americanos, era en cambio más espontáneo, más atrayente, más "italiano" en suma.

Emilio Salgari, era sobre todo un escritor italiano.

Desde el primer volumen "Diez mil leguas bajo la América", cuánto, cuánto romance, y qué variedad de temas y qué sucederse de intrigas! Primero, la epopeya de Sandokan que se convirtió en el ídolo de todos los muchachos inquietos y valientes; después, la larga serie de los "Corsarios", y en el medio, las evocaciones históricas, como "Cartago en llamas", y sus libros de exploraciones, de misterio y de tradiciones. Una biblioteca entera en menos de quince años, para la alegría infinita del público y del editor, y para su propia desesperación. Producía incansablemente, pero sin ale-

gría. En pensamiento de la familia, del porvenir, de la vejez en pobreza, lo angustiaba siempre.

"Mis hijos son demasiado jóvenes para darme la ayuda y el reposo que tanto necesito..."

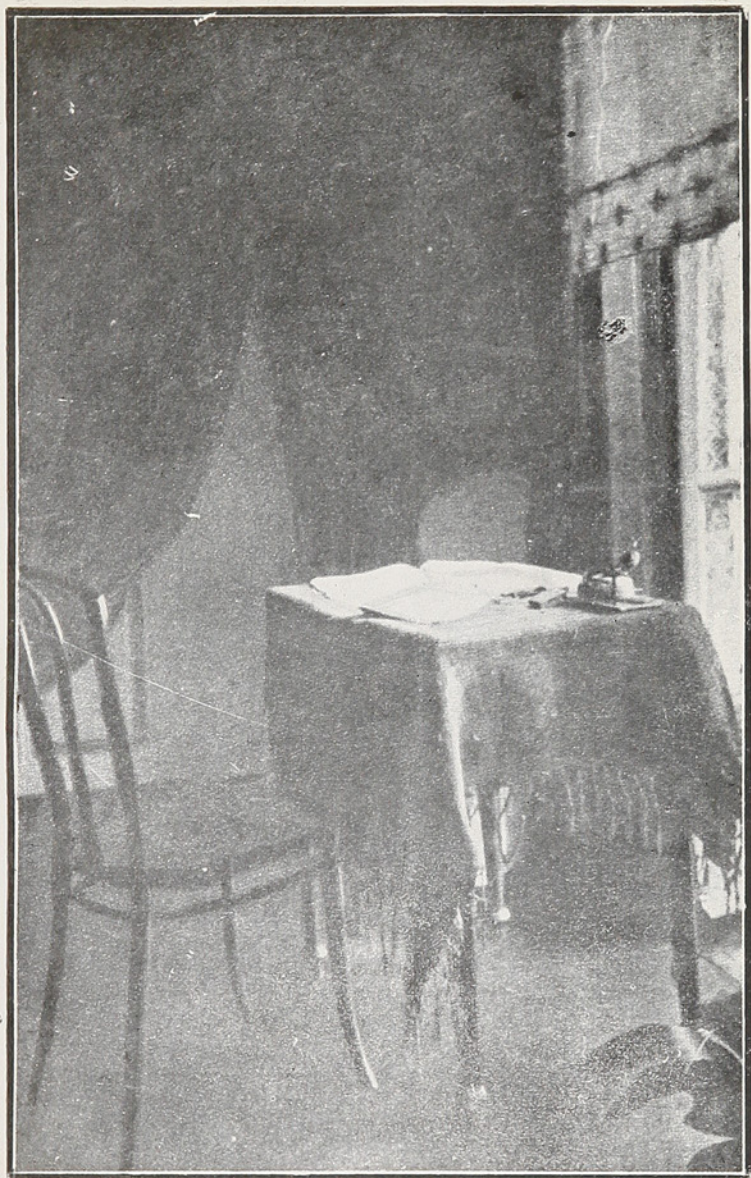
"Obtengo las fuerzas del tabaco. Cien cigarrillos cotidianos, me permiten tenerme en pie"...

* * *

El público ignoraba su tragedia. Los jóvenes se contentaban con admirarlo e imitarlo.

¡Cuánto imitador en aquellos días!

Y los editores a quienes favorecía esta forma epidémica de literatura de aventuras, en la espera de encontrar entre tantos, algún escritor que valiera lo que Salgari, publicaban volumen tras volumen, buscando que al menos en el aspecto exterior, las ediciones se parecieran a las del famoso novelista: gran formato, cubiertas fulgurantes, bellos caracteres... El mercado fué invadido de falsificaciones no hábiles que no obtuvieron ninguna fortuna. El propio Salgari, por aumentar sus ingresos se falsificaba a sí mismo, publicando relatos de viaje bajo distintos nombres, que el propio editor inventaba. El lector sin embargo, no se engañaba, y seguía manteniéndose fiel al verdadero autor del "Corsario Negro".



La mesa pobre en que Salgari escribió sus libros.

Ahora ya no. Los jóvenes de hoy han variado de gusto. ¿Qué importa leer, cuando basta ver? La gran cacería en la foresta ecuatorial, la dramática fuga a caballo, las peripecias de la vida del explorador y del buscador de oro, del hombre de ciencia y del aventurero, ¿no están acaso bien representadas, en tantos films americanos que equivalen a otros tantos romances visuales? Cualquiera de nuestros jóvenes prefiere estos últimos. Implican menos lectura, menos fatiga y más deleite. Tom Mix ha encarnado definitivamente "el gaucho" romántico y legendario del viejo cuento de viajes. Sin embargo, estamos ciertos de que todavía el nombre del capitán Salgari tiene para nuestros jóvenes una resonancia nostálgica y afectuosa. En algunos años más, esta resonancia habrá desaparecido, pero no es de lamentarlo demasiado si se considera que es esta la suerte de la mayor parte de los escritores, sean éstos grandes o pequeños. Cuando seamos los hombres capaces de lanzar un proyectil a la Luna, ¿quién leerá más la novela de Julio Verne? Cuando nuestros telescopios hayan penetrado el misterio de la coloración de Marte, ¿qué valor podrá tener "La Guerra del Mundo" de Wells? El progreso, la ciencia y el deporte, matan día por día, los románticos sueños del pasado. La tierra es ahora conocida palmo a palmo. Audaces avia-

dores la han recorrido hasta en sus más remotos y desiertos mares australes, supremo refugio de la fantasía de los escritores de los cuentos maravillosos. El Polo ha sido visitado: la leyenda del Antártico se ha desvanecido. Dar vuelta al mundo es un placer y un pretexto para matar el tiempo y consumir el dinero. Las regiones montañosas, las selvas ecuatoriales, se han convertido en amenos sitios de recreo. Nada ya que tentar en el cielo y en el mar, sobre la superficie del globo. Los héroes del romance fantástico están condenados a retirarse a la vida privada o a refugiarse en los cientos de metros de films de las casas cinematográficas. Es el fin. Y para aquellos que no saben penetrar el espíritu del tiempo nuevo, es todavía peor. Es el silencio.

* * *

Pero nosotros, gente de mediana edad, que éramos jóvenes antes de la guerra, no sabríamos arrancar de nuestro corazón el recuerdo y el nombre del capitán Emilio Salgari. Nombre es éste siempre dispuesto a despertar en nosotros, nuestra voluntad de trabajar, nuestra fantasía, que amenaza sumergirse en el monstruoso dinamismo moderno.

La figura del fecundísimo escritor aparece en estas páginas con admirable claridad de contorno: manía vagabunda, amor por lo desconocido, rebusca del imposible, generoso descaro. Lo vemos primero, muchacho bullicioso, luego marinero de un barco que hacía pequeño cabotaje en el alto Adriático, y finalmente capitán de la flota del corsario de Mompracem, que perseguía una desesperada venganza contra Inglaterra: episodios de amor y de guerra, tempestades, locuras, empresas de tierra y de mar, narradas con nerviosa rapidez, sin intermedios literarios y sin excesiva preocupación por la verosimilitud, pero arrebatadora y ardiente como toda su obra. Sobre la última página se extiende la sombra que poco a poco iba invadiendo la mente del autor . . . terrores y propósitos insanos de suicidio. El manuscrito se encuentra interrumpido por una de estas primeras tentativas . . . luego continúa inconexo e ilógico. Una de las cualidades mejores de Salgari, la precisión del relato, va poco a poco convirtiéndose en frases dolientes e invocadoras que arrancan lágrimas de piedad. La catástrofe es inminente. Cuando la esposa, loca, ha abandonado la casa del dolor, el desgraciado novelista se prepara al acto irremediable: va a comprar una larga y afilada cuchilla, para reevocar en su improvisada locura, el horrendo gesto del antiguo Samurai. Sí . . . morirá de aquel modo

extraño y atroz. Unas cuantas palabras de adiós al hijo. Y una mañana de Abril, llena de sol y de dulzura, sale a la altura del valle de San Martín, se pierde tras el bosque, buscando el lugar más a propósito para el espantable sacrificio. En la tarde tranquila, encontró un viandante el cuerpo horriblemente destrozado de Emilio Salgari.

* * *

Así murió el que fué en un tiempo, el protagonista del más trágico romance de aventura . . .

YAMBO.

La primera de mis
últimas páginas

Escribir las propias memorias cuando la luz de la esperanza se desvanece, cuando se ha llegado al grado de no desear nada de la vida, cuando se está fatigado de la labor emprendida y de las luchas soportadas, no es tarea fácil ni deleitable.

Todavía, en mi caso, la labor asume la forma de una necesidad y de un deber. Y no quiero sustraerme a ella, porque deseo que mis hijos y cuantos me amaron y me conocieron a través de mis libros, puedan obtener, del escueto relato de mi extraña vida aventurera algún amaestramiento, y aquella áspera voluntad de batalla, aquel deseo de aventura y de gloria que quisiera difundir en el alma de todo joven italiano.

"Mis memorias" serán por ello, el coronamiento de toda la obra mía: la síntesis, el epílogo.

Escribo estas páginas en una melancólica mañana de Enero, mientras el cielo es gris y todo es gris en torno mío. Pero la constancia de conducir a buen término

esta especie de testamento moral, no me faltará. Al menos así lo espero.

* * *

Se dice que la mayoría de los autores de libros de aventuras célebres por una ironía no del todo extraña, han sido hombres de vida completamente sedentaria. El grandísimo Julio Verne, por ejemplo, no habría viajado, según algunos, más que en torno . . . a su ciudad natal, del cual era síndico.

Al contrario, yo siempre he extraído más que de las bibliotecas, de mi experiencia personal, el material de mis libros.

Fué la necesidad de digerir, para así expresar después el frenesí de aventuras que todavía me poseía, lo que me guió la pluma, y así encontré, en el desarrollo romántico de los sucesos que verdaderamente me acaecieron, una compensación a mi forzosa inmovilidad. No pudiendo correr mares y continentes, lancé sobre todo el globo terráqueo mis héroes y mis heroínas, y escribí, escribí, escribí, hasta encontrar un remedio liberador o inventar un oficio. Pero: un doloroso oficio.

* * *

Aquí hoy, después de tanta lucha, después de haber publicado una tan gran cantidad de volúmenes, después de haber hecho la fortuna de por lo menos dos editores, heme aquí frente a la más grave necesidad de la vida.

Heme aquí constreñido, para buscar un poco de azul, a recordar las lejanas mañanas de mi juventud.

La colina torinesa, que se divisa desde mi ventana, está blanca de nieve; en mi estudio hay sombras; oigo las voces de mis pequeños, que ríen inocentes . . . Un poco de fiebre me angustia la carne . . . Sé que mañana se presentará angustiosa, la necesidad del durísimo pan cotidiano.

El temor que mi adorada consorte, mantenga el germen de una insidiosa enfermedad, me apréta el corazón . . . Y después, misterios del alma humana! el recuerdo de mi revoltosa y fiera juventud, da a mi pluma un extraño calor; como una especie de embriaguez que me vuelve orgulloso.

* * *

¿Orgulloso de qué? . . . Bah! puede que mi vida no haya sido inútil, puede que, de las aventuras de que

fuí protagonista, los jóvenes italianos hayan extraído enseñanzas de energías, de heroísmo, de vida intensa . . . Puede que mi modesta y popular literatura no haya constituido un simple y fútil entretenimiento . . .

Este pensamiento me da fuerzas para no sucumbir a la dura necesidad material y moral; para escribir el último de mis libros. Mi libro póstumo.

LA MISTERIOSA INFLUENCIA DEL PASADO

Nací en Verona, el 25 de Septiembre de 1863, de una rica familia de Negor Valpolicella. Yo siempre he tenido la sensación de haber nacido con anticipación.

Diré más: la idea de escribir romances de aventuras, a guisa de confortamiento y desahogo, nació en mí, cuando, por la grave fiebre contraída en la selva tropical, fuí, en contra de toda mi voluntad, constreñido a la vida sedentaria.

Mi padre, un negociante en telas, solía decir que, en el recuerdo confuso de su mente, volvía siempre a su recuerdo una leyenda de familia, que hacía derivar a los Salgari de los guerreros persas.

Un estudio heráldico minucioso vino a convencerme de que esta leyenda era una realidad. Dejando en paz la Persia y sus famosos guerreros, es verdad que mi madre descendía de una familia de arduos marine-

ros dálmatas, que habían combatido por una noble causa en Dinamarca. Mi madre decía que en los rasgos de mi semblante, reconocía muchos de un heroico abuelo, que había efectuado muchos milagros de valor. Puede que la buena mujer pensara inconscientemente que yo era la reencarnación del aventurero marino dálmata y en las largas noches de invierno me hablaba de mi semejanza con mi abuelo, de su entusiasmo por la liberación de los oprimidos: mientras me sujetaba con su acorazada ternura.

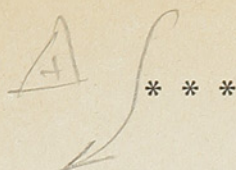
En la simplicidad de sus narraciones, ella tenía el arte de hacer realzar la nota del valor y de la energía.

Mi imaginación se impresionaba profundamente con estos ingenuos y pintorescos relatos: como lanzado por una mano invisible por el vasto mundo, atravesaba montes y océanos, descubría nuevas tierras, tomaba parte en los más portentosos sucesos que ocurrían en lejanos países... Me alejaba de la vulgar realidad cotidiana, no existían ya para mí las paredes de nuestra casa; como el héroe del romance de Wells, yo me lanzaba a volar hacia el nuevo mundo, en alas de la más conmovedora aventura. Sin advertirlo, mi madre preparaba así, su destino y el mío.

Mas, quién sabe, quién sabe! si aun sin esos cuentos, yo habría sentido temblar en mí, el alma de mi inquieto antepasado.



Mi imaginación se encendía con ciertos relatos...



El mar ejercía sobre mi espíritu, verdadera fascinación. No creía posible otra vida que aquella del hombre que se lanza a través del Océano, para ser conducido por el huracán del destino hacia inauditas empresas de tierras ignotas, donde todos los instintos salvajes pueden encontrar desahogo, donde se puede experimentar la embriaguez de la lucha, contra los elementos desencadenados de la naturaleza, y donde la voluntad y el valor, son las únicas virtudes necesarias. Entonces pensaba que un hombre no puede considerarse verdaderamente tal, si no huye alguna vez de la estrecha vía de la civilización, para espaciarse en el inmenso reino de lo inexplorado. Me figuraba que el mundo entero debe conocerse y que todos los hombres deberían lanzarse a la conquista de la tierra.

Y con esta idea tempestuosa en el cerebro, me rebelaba ingenuamente porque tanto muchacho ocioso, en el negocio obscuro, en el desocupado café, perdíamos así el tiempo mejor de la vida, en vez de lanzarnos en busca de extrañas aventuras de tierra y mar... De mar especialmente. Porque estaba convencido, que el hombre tiene el deber de ser un tiempo al menos, marino.

Y debo confesar una deplorable falta mía. No tenía ningún deseo de estudiar. Fui un escolar detestable. El banco de la escuela me pareció siempre un instrumento de tortura. Mi pluma no hacía otra cosa que diseñar confusos dibujos de libros y cuadernos. Para el arte figurativo, tuve siempre cierta disposición. Toda superficie blanca me fascinaba: mis cuadernos, mis libros de texto, mis atlas, los muros de mi casa. Todo lo quería yo cubrir con mis extraños diseños. Naturalmente, siempre me refería en ellos a escenas salvajes o marineras, en las cuales desahogaba mi pasión romántica trazando figuras de un realismo fantástico. Pero para el indomable deseo de aventuras que me inflamaba, no bastaban siempre tan pacíficos diseños, y entonces me desfogaba... sobre las espaldas y los textos de mis compañeros de escuela.

Yo era siempre el capitán, sin que nadie pudiera oponérseme, a toda empresa que importase algún riesgo.

Un viejo y bondadoso maestro, me cogía de la chaqueta, a veces, y me decía ciertas palabras cuyo sentido no se me alcanzaba:

—¿Sabes, Emilio?... temo que tú tengas alguna enfermedad.

—¿Yo? Pero si me siento buenísimo.

—Sin embargo, estás enfermo y de una enfermedad que no tiene cura.

Yo miraba al maestro con la hermosa impertinencia del muchacho que vende salud.

—¿De qué enfermedad estoy enfermo, señor maestro?

El buen hombre daba de golpecitos a su enorme tabaquera, fijaba en los míos sus ojillos maliciosos y me decía con tono melodramático:

—Tú estás enfermo de "Donquijotismo".

Estas palabras me las repetía de cuando en cuando, de tal manera que cuando se me castigaba porque me había convertido en capitán de alguna expedición pecaminosa, numerosas cabezas de condiscípulos llevaban la insignia de mi "donquijotismo".

* * *

La palabra me era completamente desconocida porque entonces no conocía siquiera la existencia del inmortal héroe de la más generosa de las locuras. Más tarde me convencí que el viejo maestro de escuela tenía cierta razón.

Un poco de la enfermedad de Don Quijote existe siempre en el ánimo de los que amamos las aventuras

y somos constreñidos contra los molinos de viento y contra el odioso monstruo de la realidad.

¿Pero es ésta una enfermedad de la que hay que precaverse absolutamente?

No lo creo.

Siempre debemos tener el deseo, sin espíritu de beneficio material alguno, el deseo de dar alguna vez la vuelta al mundo, el frenesí de salvar siempre a alguien. Siempre un poco de donquijotismo hace bien a la humanidad.

De todo lo que es bello y generoso, quizás cuanto es verdaderamente espiritual y humano en la vida, tiene por impulso secreto, la locura que lanzó al pobre hidalgo a combatir, débil y desnutrido, contra tanto enorme gigante con el vientre lleno. Es verdad. Combatir a fingidos gigantes es necio. La gente seria se ríe. Sin embargo, pienso que combatir a fingidos monstruos es una gimnástica útil: así se prepara uno para combatir a monstruos verdaderos. . . Y si alguna vez los encontramos en la vida, los monstruos verdaderos, es fácil poder asestarles un palo formidable.

* * *

Mas, para ser completamente sincero, debo confesar, que no siempre fuí impulsado a organizar batallas

por el afán de defender a alguien. Muchas veces no me arrastró sino la salvaje necesidad de desahogar el fuego interno que me devoraba, el calmar mi fiebre de aventuras, el placer de entregarme al peligro y a la violencia. De tal modo, que empecé a ver perfilarse en mí, entre tanto, el tipo odioso de valentón, del pequeño don Rodrigo que abusa del poder que los otros le abandonan, porque siempre, como he dicho, yo era el capitán en todas las guerrillas y me hacía temer de todos.

Y desgraciadamente, la certeza de ser temido, genera en los muchachos un exagerado concepto de su propia fuerza y de su propio valor.

Y poco a poco, casi sin darme cuenta, el muchacho generoso se convirtió en un niño insolente, convencido de que la robustez de sus puños, le convertía dondequiera en dueño del campo.

Afortunadamente, tenía en mi temperamento, algo más de Don Quijote que de Don Rodrigo, y supe detenerme a tiempo en la pendiente de la insolencia y la majadería. No era raro, pues, que luego que hube hecho probar a alguno la fuerza de mis puños, solicitaba de él humildemente excusas por tan grande atropello. Retornaba en mí la humanidad de Don Quijote.

En aquel tiempo, sin haber sentido jamás hablar del caballero inmortal, encontré . . . encontré una Dulcinea, una Dulcinea que debía, sin ninguna culpa de su parte, hacer nacer en mí uno de los más tenaces odios de mi vida, odio tan súbito como tenaz, hasta el extremo que aun hoy lastima mi espíritu.

¡Cómo se encadenan en la vida las vicisitudes impensadamente!

Si a la edad de doce años no me hubiera enamorado de una seductora inglesita, quizás no habría escrito la vida del más furioso enemigo de la Inglaterra: Sando kan . . .

No habría escrito la historia del Pirata de la Malasia.

Pero no nos anticipemos. Una curiosa tendencia se experimenta cuando se escriben las memorias de la propia vida. Se quisiera abolir el tiempo, y el sucederse de los acontecimientos, para contemplar nuestra existencia como una vista panorámica.

El escribir las propias memorias es algo semejante al testamento que se hace cuando se cree que se está para morir. Se resumen nítidamente, lúcidamente, todos los episodios de la vida pasada.

¿Por qué? No he podido encontrar la razón de este fenómeno, que tantas veces he experimentado. He pe-

dido su explicación al profesor de filosofía sin obtener nunca una respuesta satisfactoria.

Quizás si la naturaleza hace revivir en esos momentos toda la vida, como para excusar la pena que va a causar arrebatándola.

Ven, pequeña Dulcinea inglesa, ven; que yo vea otra vez tu bellísimo perfil de diosa, y tus ojos luminosos que invadieron de esplendor mi alma, de muchacho inquieto y deseoso de aventuras incomparables . . . Ven otra vez a mí, como viniste aquel lejano día en Verona, donde por la primera vez te ví, y comprendí, cómo un amor prepotente puede aferrar también el alma de un muchacho hasta hacerla sangrar. Yo me encontraba con mi hermano próximo a la puerta de nuestro negocio de telas. Ella pasó y me miró. Todavía no puedo sustraerme a la divina influencia de aquella mirada que inesperadamente forma aun en torno a mí, un halo de misteriosas vibraciones. Sentí un escalofrío recorrerme desde la raíz del cabello hasta los pies, y una mezcla extraña de alegría y dolor; una vehemente necesidad de gritar y de quejarme . . . Aquel día sentí el formidable impulso de acometer alguna cosa grande.

Ay de mí. No conseguí sino hacerme remitir a casa de mi buen maestro que empezaba a encontrar un poco excesivo mi Donquijotismo: había roto la cabeza a un

desgraciado que había osado reirse, porque yo miraba a la muchachita que así me había enloquecido.

La ví otra vez, y pensé proponerle con heroica simplicidad que se dejase robar por mí. Era lo menos que podía hacer con mis instintos de gran corsario.

Todo esto en un raptó de las más estática inmovilidad. Era incapaz del más leve acto que envolviese una aunque fuera inocente intención. El terrible soñador de la más heroica aventura estaba cogido como de parálisis.

Un día vencí esta parálisis, y balbuceé: "Señorita ..."

Me miró y sonrió. Ya iba yo acercándome, cuando una espantosa figura de institutriz, me lanzó esas terribles miradas que concentran en sí toda la rigidez inglesa. La horrenda mujer, hizo apretar el paso a la pequeña, a quien perdí de vista a la vuelta de una esquina.

Desde aquel día que marcó en mi vida una fecha decisiva, no volví a ver nunca más a la bellísima muchacha que había provocado tanto tumulto en mi corazón. Inglaterra me la robó, haciéndome derramar la primera lágrima verdaderamente amarga de mi vida. Inglaterra me arrebató a mi dulcinea y se creó en mí un irreconciliable enemigo. Aquel odio, nacido de un amor infeliz no me dejó por muchos años. Lo

habría aun sacrificado todo por renovar un nuevo bloqueo continental contra los ingleses, y este estúpido pensamiento continuó por asediarme la imaginación en el período de fiebre cuando se piensa en las cosas más absurdas.

III

¡EL MAR! ¡EL MAR!

El amor por la bella inglesita, por lo mismo que fué precoz, constituyó uno de los sentimientos más fuertes de mi vida.

En vano procuré por dos años aturdirme con el estudio que tenía por completo abandonado.

Fueron dos años de tortura y de inútil sacrificio de toda mi impetuosa naturaleza, porque los estudios no me dieron sino escasos frutos. Con toda la voluntad de que disponía, procuraba sofocar en mí los impulsos que me arrastraban a una vida más agitada. Hacía lo posible por taponar a mi madre, que ya empezaba a sospechar algo, las intenciones que tenía de abandonarla.

La lucha conmigo mismo fué vana.

El mar ejercía más que nunca su fascinación sobre mi endiablada fantasía.

Garabateaba en todos los cuadernos navíos de todas dimensiones, navíos, borrascas, batallas marinas, inmensos acorazados, y un verdadero ejército de marineros . . .

Los pequeños ahorros que me era dado conseguir, los empleaba íntegros en adquirir navíos en miniatura, que montaba y desmontaba incesantemente, estudiando todas sus partes y aprendiéndome su nomenclatura con facilidad, porque todo lo que al mar se refería lo alcanzaba yo sin ninguna fatiga.

Mi padre quería hacer de mí un comerciante, y muchas veces mantuvimos a este respecto agrias disputas. Al fin decidí dar una respuesta definitiva: — Nunca seré comerciante!

Debo convenir que en mi vida no he pronunciado jamás verdad tan escueta.

No he hecho el comerciante con los productos que en mis numerosos viajes tuve ocasión de hacer, ni con mis libros, con los cuales me he ganado apenas y bien escasamente el pan.

* * *

Mi imaginación se inflamaba siempre con la presencia del mar, y para darle un desahogo me puse a escri-

bir un romance. Se trataba de la historia de un nuevo Robinson Crusoe . . .

He hecho después la observación que todos los que se han dedicado a narrar aventuras de viaje, han comenzado por escribir la historia de Robinson . . .

Y esto no es del todo raro, si se toma en cuenta que en el alma de todo muchacho hay un pequeño Robinson . . .

El hombre que perdido en una isla desierta, se ve en la necesidad de procurarse todo lo que le hace falta, sin ayuda de nadie, representa la aspiración de la mayor parte de los niños.

Mi libro gustó enormemente a mis amigos, y por lo que toca a los que no lo eran, se guardaron muy bien de encontrarlo estúpido, por temor de mi vigorosa . . . protesta.

Luego me distraje durante un tiempo dedicándome a la esgrima con cierta pasión. Este ejercicio me calmó por bien poco tiempo. El mar me obsesionaba. En mi fantasía inflamada, me veía vagar por todo el Océano: me convertía en un famoso capitán y encontraba por fin a mi inglesita que se enamoraba perdidamente de mí.

El romance nacía y volvía a renacer en mi fantasía lúcido y preciso.

Y en uno de los accesos más impetuosos de mi ex-

traña locura — ¡Cómo siento ahora remordimientos, Dios mío! — tuve el valor de hacer llorar a mi madre, pobre y santa mujer.

—Mamá, le dije de repente, mientras ella arreglaba con sus dulces manos uno de mis trajes de colegio. — Yo quiero entrar en la Marina.

Ella alzó sus grandes ojos tiernísimos sobre mí, sin comprenderme.

—¿En la marina?

—Sí, en la Marina. Quiero ser marinero. Quiero conocer el mundo.

—Tú... — balbuceó, dejando caer la labor en tierra.

—Yo, sí. Y si me das permiso tú y mi padre para entrar en la Marina, bien. Si no, huiré de mi casa.

Estas palabras causaron a mi madre profundo dolor: gruesas y silenciosas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas. En aquel punto, entró en la estancia mi hermano.

—¿Por qué haces llorar a nuestra madre?

—Porque yo quiero ser marino, ¿has oído? marino a toda costa.

—Por mí, podías serlo ahora mismo!

Y acompañó lentamente a nuestra madre que comenzaba a sollozar, fuera de la estancia.

Cuando me encontré solo, me sentí hondamente

conmovido. Los generosos instintos de mi naturaleza, me cogieron de pronto. Me precipité hacia la puerta para gritar a mi madre:

—No, mamá, no te abandonaré!

Pero una fuerza misteriosa e invencible se opuso a ello. Permanecí sobre el umbral, humillado y envilecido, llorando por dentro. En aquellos momentos me sentía infame.

¿Dónde estaban mi energía, mi valor, mi audacia?

Vencí la tentación después de larga lucha. No dije una palabra. Tuve la fuerza cruel de resistir. ¿Hice bien? ¿Hice mal? No lo sé. No supe dar una respuesta satisfactoria, que en aquellos momentos de dolorosa lucha, me hice a mí mismo.

Al día siguiente, mi padre me llamó a sí y me dijo:

—Tu madre me lo ha dicho todo. No seremos obstáculo para que satisfagas tu pasión por el mar. ¿Quieres entrar en la Marina? ¿Quieres marcharte? Bien. Vete. Entra en la Marina. Ojalá que tengas en seguida que arrepentirte.

Se entreabieron mis labios para darle las gracias, pero de nuevo me callé.

Mi padre me había vuelto la espalda y caminaba lentamente, con el semblante duro y esquivo. Pude ver en el espejo, que se enjugaba una lágrima.

Un mes después, partí para el Instituto náutico de Venecia.

Era feliz. Caminaba hacia la realización de mi sueño. Como por encanto, cesó en mí la antipatía por el estudio.

Me dediqué con ardor a aprender cuanto podía servirme para hacer de mí un terrible lobo de mar. Pero los estudios no sofocaron mi índole turbulenta ni mis impulsos de dominio.

También allí, no tardé en hacerme el capitán de mis compañeros de estudios.

Mis fuerzas inspiraba a todos una gran deferencia; pero más que mi fuerza, que por lo demás no tenía nada de excepcional, me imponía por la manera de hacer sentir a los otros mi voluntad.

En el desesperado propósito de tener siempre razón, creo yo que radica el secreto de hacerse respetar siempre en la vida.

Pensaba y me conducía, con la convicción de que la fuerza vale, en cuanto se puede hacer creer a los demás que se la posee. Cuando esta ilusión cesa, cesa en el acto nuestro prestigio. Debía verificarse la verdad de lo que escribo mucho más tarde, cuando de la lucha contra los elementos salvajes, fui constreñido a pasar a la lucha con el hombre civilizado: el editor...

por ejemplo. Éste! . . . Oh! cuántas veces ha sido más fuerte que yo!

* * *

Pero en el colegio náutico era temidísimo, y mi inmenso ardor había hecho concebir a todos la convicción de que un gran porvenir me estaba reservado. Si debo decir la verdad, yo era el primero en tener esta convicción. El por qué, no sabría decirlo.

A los dieciocho años, obtuve la ambicionada patente de capitán de gran curso. Mi alegría fué inmensa.

Para festejar mi patente, no encontramos otro medio mejor, que organizar una expedición contra los alumnos del reparto comercial, cuya escuela poseía allí mismo un extenso edificio.

El pretexto no debió ser muy serio, porque ni siquiera lo recuerdo. Como consecuencia personal de aquella memorable jornada, me dieron unos merecidos bastonazos. Pero esta santa paliza no hizo sin embargo nacer en mí la menor inclinación a la filosofía. Cuando volví a Verona, abracé a mis padres, que me habían de ver partir de nuevo por el vasto mundo, en busca de aquellas aventuras, que sospechaba ya en mí, mi buen maestro cuando me consideraba enfermo de la enfermedad de Don Quijote.

IV

"LA ITALIA UNA"

—Tengo en mi bolsillo el brevet de capitán de gran curso — exclamaba triunfalmente mientras los ojos me brillaban de alegría.

Mi primo se sonreía irónicamente a estas mis palabras, y me decía:

—Muy bien, Emilio, pero debías hacerte una barquilla con tu brevet y viajar en ella.

—¿Pero tú crees que no encontraré una nave que gobernar, ni un equipaje a mis órdenes?

Estábamos en un pequeño café del puerto de Venecia.

—Nada más fácil que encontrar una nave — exclamó una voz con acento ligeramente tudesco.

Volví la cabeza.

El hombre que había pronunciado estas palabras,

que tanto agradecía ya mi corazón, acababa de beberse un gran vaso de ron a de derecha nuestra.

Se levantó y se acercó a nosotros.

Su aspecto me pareció menos agradable que sus palabras. Era un gigantón de un metro noventa, de una complexión tal, que no dejaba ninguna duda sobre su fuerza hercúlea. Su semblante tenía un no sé qué de brutal, que inspiraba desconfianza. Su nariz roja en exceso denotaba al ebrio y sus ojos pequeños y escudriñadores, al libertino.

—Soy el capitán Varak—dijo—y estoy muy contento de que tengáis vuestro brevet de capitán. ¿Habéis navegado alguna vez?

—Nunca — respondí.

—¿No tenéis miedo al mar? — Esto lo dijo mirándome con atención.

No me digné responder a esta pregunta que me pareció estúpida.

El capitán Varak pareció muy satisfecho de su examen, y comenzó a ponderarme su barco "Itali Una", ofreciéndome tomarme en él de segundo.

Y en una larga y algo inconexa chachara, alimentada por una botella de ron, el capitán hizo la poco atrayente relación, de las innumerables ventajas que yo iba a gozar, entrando como segundo a bordo de su barquichuelo.

—No podríais haber iniciado mejor vuestra carrera, jovencito mío. ¿Quereis un dedito de ron? Es bueno.

—No, gracias, no bebo ron.

—¿Bebes gin? — dijo, dejando caer sobre la mesa su enorme y nudoso puño.

—No bebo licor. Hablemos de nuestro trabajo, mejor, señor capitán.

El gigante se rió... mostrando un tesoro de perlas... negras. Pareció luego muy ofendido de que yo no bebiese. Evidentemente encontró esta deplorable abstinencia en abierto contraste con mi entusiasmo por el mar.

Me lanzó una mirada resignada, y luego agregó:

—Está bien! Ya beberás gin, y todos los diablos cuando bailes el baile de San Vito. Para navegar, se necesita bailar y sentir ¡qué música!

Y como para darme una idea de la danza que debíamos iniciar, imprimió a toda su gigantesca mole una serie de contorsiones que hicieron agitarse el pavimento y temblar las tazas de café. Continuó luego riendo:

—Es higiénico para digerir la carne fumigada, y además, a bordo no gustamos de señoritingos, ¿oyes? Pero ahora hablemos en serio.

Se bebió otro vaso. Yo comencé a comprender que

el capitán Varak necesitaba mucho ron para hablar en serio.

Mi primo, que asistía a la conversación, me lanzaba de cuando en cuando miradas suplicantes que querían decir: "¿Pero es que pensáis aceptar?" ... "Me parece que te va a ir bastante mal con este lobo de mar intoxicado de ron!"

Pero yo no quise seguirlo en sus razonamientos íntimos. Vagamente pensaba que el destino me ponía frente a frente de un gigante, de aquellos gigantes que tantas veces debió vencer Don Quijote. ¿No era acaso yo capaz de combatir contra un gigante? Por lo demás el capitán Varak tenía acaso algún fondo sentimental, que denotaba en él, alguna gentileza de alma ...

¿Y después? ¿Por qué reflexionar tanto? Debía comenzar desde luego mi carrera. No podía pretender encontrar de súbito, el ave fénix de los capitanes ...

La conclusión fué que acepté con entusiasmo.

El nombre del barquichuelo "Italia Una" sonaba agradablemente a mi fantasía.

El capitán Varak, se alzó del fondo de la botella de ron. Me tendió una mano peluda, y:

—Señor Emilio — dijo — si no os arrepentís de embarcaros en mi barco, haré cuanto pueda por hacer de voz un buen marinero. Iba a echar a andar cuan-

do se detuvo: — El alimento será excelente y existirá siempre en nosotros el más perfecto acuerdo.

* * *

Apenas llegué a bordo, el capitán dió orden de zarpar.

El barco no presentaba, a mi rápido examen, ninguna de aquellas perfecciones que el capitán me había pintado entre una y otra botella de ron.

Si he de decir la verdad, a mí me pareció un mísero barquichuelo.

¿Pero qué me importaba, a fin de cuentas?

Yo, al momento de zarpar, estaba en el mismo estado en que me hubiera encontrado si me hubiera bebido todo el ron del capitán Varak. Estaba ebrio de alegría, al pensar que iniciaba mi carrera hacia lo desconocido. Ebrio de entusiasmo y de fantasía. Todo sorprendía mis ojos atónitos. Y de todo me olvidaba también: parientes, amigos, todo lo que amaba. No pensaba en las lágrimas que en aquel momento derramaba mi madre. Un pensamiento único se enseñoreaba de mis impresiones: zarpaba hacia el porvenir!

La intemperie, los calores extenuantes, la tempestad, los naufragios, todo iba a desafiarlo serenamente. Mi

valor vencería todos los obstáculos. Demostraría a todos cuán intrépido marino era capaz de ser.

Mi ojos debían brillar en aquellos momentos con extraño esplendor.

Mi semblante debía reflejar inmensa embriaguez interna. Mi persona debía vibrar de entusiasmo, porque un hombre me miraba curiosamente, con una extraña expresión de compasión y de burla.

Era el maestro.

Le pregunté el motivo de aquella insistente observación.

No tardó en responderme:

—Pobrecillo! En lo que te has venido a meter!

—¿Por qué?

—Porque podía haberte tocado un capitán mejor; pero peor, ciertamente que no.

—Explicaos, ¿queréis decir que la nave es muy mala?

—La "Italia Una" es una nave tan mala como otra cualquiera. Pero no es esto . . . Se trata del capitán.

—Bebe, ¿no es verdad?

—¿Bebe? Traga, se ahoga en alcohol, es horrible. Y aun esto sería bien poco. Es un hombre grosero e impertinente, y vas a pasar con él muy malos ratos.

—¿Por qué?

—Ya verás, ya verás!

—¡Qué más da, si yo soy feliz.

—¿Feliz de hacer una vida de galeote?

—Feliz de afrontar los peligros y los desastres de la vida del mar, y tan feliz, si queréis saberlo, de afrontar la compañía de aquel gigante que tan espantoso te parece. Ya verás, maestro, cómo le meteré en cintura.

Seguramente pronuncié estas palabras con el acento que otras veces me conquistaba la admiración de mis condiscípulos, porque mi maestro dejó de reír, para demostrar una viva sorpresa.

El maestro se marchó a sus ocupaciones y yo me quedé un momento solo para gozar de la alegría que ya me proporcionaba el convencimiento de mi futuro triunfo sobre el viejo marinero.

Pero he aquí que de repente, mi sentido de embriaguez por la conquista del mundo, tomó un aspecto algún tanto diverso. Me pareció que el mar giraba vertiginosamente en torno mío. Horribles náuseas me apretaron la garganta, y mi frente se inundó de frío sudor.

—¿Qué es esto? — pensé. — ¿Será acaso mareo? No faltaba otra cosa!

Justamente, mareo era, el mareo que venía a sorprenderme en mitad de mis líricas fantasías.

El destino me daba su primera lección de modes-

tia. Un calambre violento de estómago, me arrojó sobre la cubierta, en una grotesca contorsión.

¡Bien comenzaba mi carrera de navegante!

De repente, me sorprendió en medio de mi angustia física, la risotada clamorosa del capitán Varak. Se acercaba a mí con los brazos cruzados, mirándome fijamente.

—Señor Emilio — me dijo en tono sarcástico. — No habíamos estipulado en el contrato que el segundo podía padecer de mareo...

No tuve fuerzas para responder.

—Eres un marinero de agua dulce — agregó. — No habría creído tomar a mi servicio una señorita.

Y el capitán continuaba riendo hasta desternillarse.

Entonces encontré en mí un poco de energía.

Lo miré altivamente y le dije con acento decidido:

—Ya llegará el momento, capitán, en que la señorita demostrará a usted de lo que es capaz!

—Está bien — gruñó el gigante. — Veremos cuáles serán vuestras futuras proesas. En tanto, os aconsejo que toméis un poco de limón. Hasta la vista.

Me curé rápidamente a fuerza de limón y de buena voluntad.

Cuando perdimos de vista la costa, comencé a sentir apetito. Pero de repente me dí cuenta que la cena no era proporcionada al apetito.

Un trozo de durísimo bizcocho que habría humillado los dientes de un cocodrilo, un poco de pescado seco en salsa, y nada más.

—¿Y es esta — exclamé — la deliciosa comida que me habíais prometido?

—¡Qué queréis, señor Emilio! Estamos en alta mar y a bordo de un velero!

El maestro me lanzó una mirada que quería decir:

—¿Ves? Ya comenzamos...

El capitán Varak se acercó de nuevo:

—Sois muy afortunado, señor Emilio. Amáis la vida del mar y sus comienzos. El cielo comienza a oscurecerse. El primer cuarto lo haréis vos. Estad atento y vigilad.

—Está bien, capitán, — respondí.

El epíteto de "señorita" me había profundamente ofendido y esperaba la ocasión de hacerlo olvidar...

* * *

Concluído mi turno, entré en la cabina que me había sido asignada. Pequeña, negra, embarazada con cajas y cuerdas, me pareció horrible.

—¡Idiota!—me insulté a mí mismo. ¿Creías encontrar un salón elegante? ¿Y era éste tu heroísmo?

Advertí de pronto un olor nauseabundo, cuya causa no tardé en descubrir...

Una, dos, tres, diez, ciento, mil! Un verdadero ejército de cucarachas invadía mi cabina. Las horribles bestias despertaron mis instintos combativos. Tuve un gesto heroico, como si me encontrara frente a una irrupción de lobos hambrientos.

—Vais a ver quién soy yo — exclamé.

Y aferrándome de un zapato, comencé una batalla que para mi fantasía... resultó épica. Si mi viejo maestro de escuela me hubiese visto en aquel momento, mi semejanza con Don Quijote, le habría parecido más evidente que nunca. Las cucarachas aparecían a mis ojos formidablemente aumentadas. Eran el gigante, el monstruo de la fábula! Hice en ellas tal estrago, que me eché a dormir convencido que había dado fin a todos mis enemigos. Pero apenas comencé a cerrar los ojos, cuando una multitud de picadas me despertaron.

—¡Esto ya era el colmo!

Me levanté y comencé una nueva batalla, que sólo dió fin cuando la luz entraba a chorros por la estrecha ventana de la cabina.

Sentí una voz estridente:

—Señor Emilio! Y el despertador...

Era el mozo dálmata, Simón Budaine.

—¡Qué me importa el despertador! — exclamé. — Quiero exterminar primero, estos asquerosísimos bichos.

El mozo repitió la invitación en cubierta.

La noche casi insomne, me había irritado. Y aquella nueva invitación, aumentó mi irritación. Tiré al mozo la zapatilla exterminadora, que había blandido como blandiera Sansón la quijada del asno.

Sentí de repente un grito feroz, seguido de una multitud de imprecaciones en todas las lenguas del mundo.

Corrí a ver lo que había sucedido.

La zapatilla dirigida al mozo, había caído en pleno rostro al capitán Varak que subía en aquellos momentos a mi cabina.

Sentí otro grito más terrible que el primero.

El capitán había aferrado por el pecho al mozo, no habiéndose dado cuenta de dónde provenía el proyectil.

—¡Te lanzo al mar! — gritaba el gigante, sacudiendo como una pluma al pobre Simón.

Dí un paso adelante.

—Capitán, deje al muchacho, no tiene culpa. Soy yo quien ha lanzado la zapatilla!

El capitán dejó libre al mozo, y me miró con ojos feroces.

—¿Has sido tú? ¿No es una broma? ...

—No. He sido yo.

El capitán alzó uno de sus poderosos puños.

Pero en aquellos momentos en mis ojos debió reflejarse algo insólito, porque los puños del gigante bajaron poco a poco.

—¿Has querido vengarte por lo de ayer? — dijo con voz sorda.

—Capitán, la zapatilla no había sido dirigida a vos, y os pido excusas. — Y narré cuanto había sucedido.

—Lo que habéis hecho es muy grave, balbuceó al fin el capitán.

—Lo sé, pero cualquier castigo que queráis infligirme . . . — y me interrumpí.

—Ningún castigo, podrá quitarme el que me hayáis pegado en el rostro con vuestro zapato. Comenzáis demasiado bien la carrera, muchacho mío!

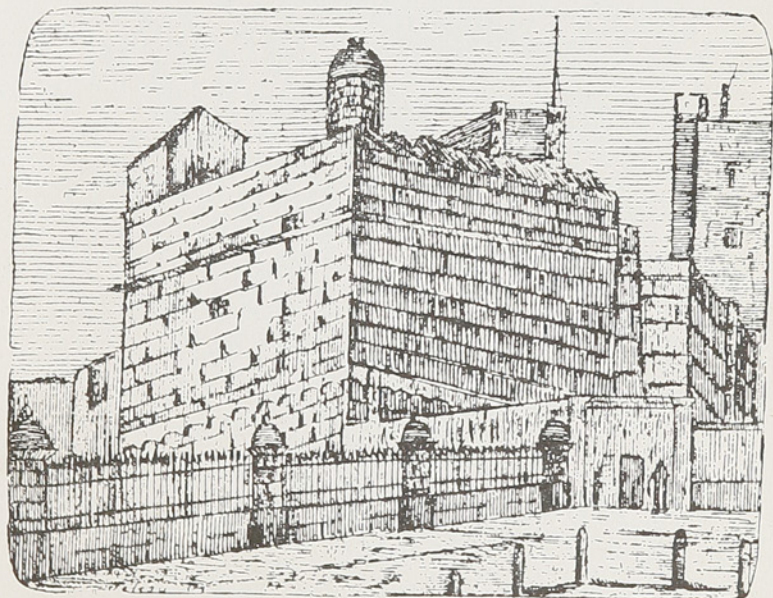
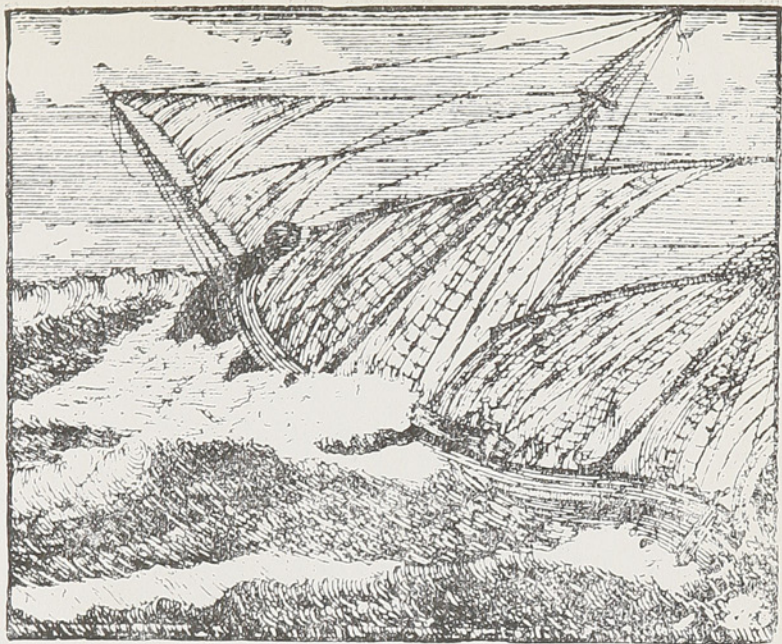
—Capitán, apenas toquemos tierra me castigaré a mí mismo, ofreciéndoo dos botellas de aguardiente . . .

Una sonrisa apareció sobre los labios del gigante.

El pensamiento de las dos botellas había operado en él un rápido cambio de ánimo.

Me tendió su enorme mano peluda que yo estreché sin entusiasmo.

—No hablemos más de lo ocurrido, dijo sonriendo, y vamos a la cubierta.



Salgari no sólo era un escritor fecundo sino un buen dibujante, según se puede colegir por estos grabados.

El lanzamiento del zapato sobre el rostro del capitán, había circulado ya por toda la tripulación. Los veintisiete marinos de que estaba compuesta, esperaban verme estrangulado o comido vivo, por el iracundo monstruo.

Cuando me vieron aparecer con él hablando afablemente, su sorpresa fué inmensa.

Y en esta sorpresa yo advertí un tantico de admiración por mí.

Poco después, el maestro se me acercó.

—¿Es verdad que habéis lanzado una zapatilla sobre el semblante del capitán? — preguntó con voz temblorosa de emoción.

—La cosa es indudable, porque bien lleva el recuerdo en el rostro.

—¿Y no os ha maltratado?

—No.

—¿Pero es que aun estáis vivo?

—Sí.

Sonreí.

—¿Creís por ventura que yo me dejaría maltratar tan fácilmente? He mirado a vuestro terrible capitán a los ojos, frente a frente y él guardó silencio.

Pronuncié estas palabras con gran simplicidad, pero su efecto fué grande e inmediato.

El maestro me creyó dotado de virtud milagrosa.

—Tenéis sangre fría y valor. Nada os espanta —
dijo. — Haréis la más bella carrera del mundo.

No me es difícil conquistar el prestigio de la chusma.

Y basta a veces prometer dos botellas de aguardiente, para vencer la ferocidad de un hombre.

V

UN JURAMENTO

Navegábamos hacia Arsa.

El cielo se obscurecía rápidamente. Gruesas y obscuras nubes avanzaban sobre nosotros. Un aguacero furiosísimo se descargó sobre la goleta, acompañado de furibundo viento. La violencia era tal, que un trozo de cordel, me azotó el rostro violentamente, haciéndome caer a tierra.

—¿Se baila? — dijo el capitán Vark. — Señores, a sus puestos, — gritó.

Pero el tono de la voz revelaba que el gigante no se sentía seguro de sí mismo. Cuando las lámparas iluminaban su semblante, veía yo en él reflejada la expresión del terror. Aun el equipaje, había perdido su sangre fría. Algunos oraban y otros prorrumpían en imprecaciones.

La furia de los elementos se hacía tremenda.

Una extraña alegría me invadía el alma.

¿Por qué? En aquellos instantes sentía confusamente la razón de aquella alegría.

Y repetía casi inconscientemente, la razón de aquella alegría: las palabras que tanto me habían ofendido: — “Señorita”, “Marinero de agua dulce” . . .

El capitán para ocultar su propio terror gritaba y maldecía.

Me acerqué.

—Capitán, una señorita desea saber si puede seros útil!

El lobo de mar no me respondió. Quizás no me había sentido. Yo sentía en mí la fuerza del viento que parecía cosa del destino para multiplicar en mí la energía en los momentos del supremo peligro.

—Muchachos, a mí! — grité. — Busquemos refugio en el escollo de Brioni!

—Ya voy! — gritó el capitán.

Probablemente el gigante había pedido valor a una botella de ron.

Mi empresa era bastante ardua. La vida de veintisiete hombres estaba en manos de un novicio. Si mi empresa fallaba, yo estaba desprestigiado para siempre.

Un joven marinero, Pedro, pasó por mi lado. Era

un taciturno y melancólico jovencillo, cuyo semblante siempre me había interesado.

—Julieta en estos momentos ruega por nosotros, señor Emilio. La "Italia Una" se salvará.

¿Qué significaban aquellas palabras? No era aquel el momento de indagar un pequeño misterio de amor...

Pero las palabras de Pedro habían renovado mi seguridad y mi valor. La desconocida Julieta que en aquellos momentos rogaba por nosotros nos salvaría.

Después de heroicos esfuerzos en los cuales no perdí nunca mi sangre fría ni la certeza de mi éxito, arribamos al escollo de Brioni en el Canal de Fasana, que distaba cerca de media milla.

* * *

El capitán Varak salió de su cabina con el rostro congestionado. Parecía alegrísimo. Se me acercó un poco tambaleante, me tendió la mano y se echó a reír.

—¿Por qué reís? — pregunté.

—Porque estoy contento de que el juguete te haya salido tan bien.

No le contesté. El hombre estaba completamente ebrio, y su cerebro no tenía nada de firme.

—¿De qué juguete habláis?

—Caro señor Emilio, yo me escondí en la piel de un cobarde... nada más que para que vos lo creyeráis, y para dejaros así el mando en las manos. ¡Vive Dios que sois un buen marinero!

Yo lo miré sin dar la menor fe a sus palabras.

¿Cómo? ¿El gigante quería convencerme de la comedia de su pavor?

Va! Simulé creerle, y con velada ironía le dije:

—Habéis hecho bien en ponerme a prueba y os felicito por vuestra habilidad diplomática. Pero habéis puesto a vuestro barco en un buen riesgo. ¿Y si la "señorita" os hubiera dado un chasco?

—Algo me decía que llevaríais la empresa a un buen fin...

Después, como para desviar el discurso:

—Ahora pasaremos una jornada en Brioni. No os olvidaréis de vuestra promesa...

—¿Las dos botellas de aguardiente? No, no me olvidaré.

—Muy bien! — y el capitán respiró con satisfacción.

Así, para demostrar la vivacidad de su espíritu, agregó:

—El zapatillazo no fué perdido.

Pasamos una jornada entera en Brioni. Bebimos

las dos botellas, y el capitán ordenó de salir para Arsa.

Después de las maniobras rituales, nos lanzamos nuevamente al mar.

Pasando por el Cabo Promontore, sentí el suceder de fuertes cañonazos.

—Capitán — dije — ¿por qué nos disparan?

Varak respondió con una frase que revelaba cierto orgullo de raza:

—Es el fuerte imperial que hace ejercicios de tiro. Mira allá.

Y apuntó con su índice enorme.

Cogí mis anteojos. El movimiento de la bandera amarilla y negra de Austria, resultaba dolorosísima para mis ojos de jovenzuelo veneciano. Sentí que el corazón se me llenaba de sombras.

Ví reflejarse el mismo dolor, en el rostro del joven marinero que en medio de la furibunda tempestad, había con dulce voz, evocado el nombre de una misteriosa Julieta.

El mismo pensamiento pasaba por nuestra mente.

Pola, la formidable Pola, ¿no es acaso ciudad italiana?

Y sin embargo, lanzaba fuego contra el guardacantón hermano.

El capitán Varak se puso a silbar.

El joven marinero me miró, como para hacerme comprender que aquel silbido era quizás una respuesta irónica a cuanto pasaba en nuestro cerebro.

Coloqué una mano sobre la espalda del joven marinero.

—Piensas como yo...

—Quizás, señor Emilio.

—Piensas en que llegará un día que aquel trapo imperial, será reemplazado por un tricolor.

—Ciertísimo.

—¡Ah!, ¿ciertísimo? — murmuró el capitán Varak, — ¿ciertísimo?

—Tan cierto, que sería capaz de jurarlo como desde este mismo instante lo juro, — dije yo.

—También yo lo juro, — repitió Pedro.

El capitán Varak guardó silencio. Buscaba evidentemente una respuesta.

No la encontró. Encontró en cambio una estupidez, que podía considerarse hasta un insulto para él y para mí. El lobo de mar se había convertido en capitán durante la dominación austriaca de Venecia. Y lo dijo alejándose y cantando entre dientes:

—Hay un proverbio que dice: "Juramento de marinero!"...

Cada golpe de cañón, retumbaba en nuestro cora-

zón como un insulto. Y con cada golpe, yo renovaba el juramento.

* * *

Por fin el maldito cañón austriaco se calló.

Pedro se había sentado sobre un rollo de cordel, con la cabeza entre las manos.

Lo observé en silencio.

El jovenzuelo parecía entregado a algún dolor.

Me acerqué.

—Pedro, ¿quieres decirme, por qué la otra noche Julieta rogaba por nosotros?

Y mientras se lo preguntaba, tenía el pensamiento puesto en otra Julieta: la rubia inglesita, cuya imagen no se apartaba de mi corazón, la Dulcinea que Inglaterra me había arrebatado...

Navegamos durante un día y una noche entera. Finalmente la "Italia Una" entraba en el Quarnero, sitio tan temido de los marineros.

Continuamos la ruta hasta que la goleta desembocó en el río Arsa.

Trepado sobre un mástil, Pedro agitaba un trozo

de vela con gesto de entusiasmo. Sin embargo, hacía señales que ninguno, desde la colina, podía ver.

—Pero quizás, — pensé — ven más allá de lo que podrían hacerlo cualesquiera ojos provistos del más potente instrumento óptico...”

VI

UNA JULIETA Y DOS ROMEOS

En Arsa, el capitán Varak debía cargar sobre su goleta una buena cantidad de carbón; operación ésta, que le volvía extraordinariamente alegre.

—Señor Emilio, estoy muy contento, — me dijo.

—¿Y por qué capitán?

—Querido mío, "La Italia Una" es una magnífica goleta, que cuenta de registro, setenta y cinco toneladas, y que puede cargar ciento noventa. Se ve perfectamente que el constructor del barco era un asno perfecto. ¿No os parece?

No me parecía a mí que el asno perfecto fuese el constructor del barco. Pero me callé porque deseaba darme un paseo sobre las montañas que circundaban Arsa durante los días de la carga. Pedí y obtuve el permiso para vagabundear por los montes.

No me habría figurado que iba a asistir a una curiosa y conmovedora escena.

A la vuelta de un sendero fuí sorprendido por una voz que me era bien conocida.

Era la del marinero Pedro que había obtenido una breve licencia para hacer . . . un paseo por el monte.

Me oculté. Un frondoso césped me ocultaba la vista de los personajes del diálogo, pero no tardé en comprender quien era el segundo interlocutor.

—Es preciso que me digas por qué te conduces de este modo, Julieta.

—¿Y cómo me conduzco? — arguyó una argentina voz de mujer.

—De un modo que no me conviene. Siento que durante mi ausencia ha ocurrido algo. Dímelo, Julieta, ¿qué ha sucedido?

El diálogo hizo alto. Fué un silencio interrumpido por rumores de besos y por algunos sollozos.

El llanto se hizo más fuerte. ¿Qué habría acaecido?

Siguieron algunas palabras afectuosas de Pedro que incitaba a la muchacha a hablar.

Esta dijo al fin con voz quejumbrosa:

—Te lo diré todo; mi padre quiere casarme con "Rosso" . . . Ya lo tiene todo combinado. Pero yo no

quiero casarme con él. Me obligará a hacer alguna locura . . .

—No digas eso! No te casarás con él, eso es todo!

—Si supieras cuántas escenas me hacen! Cuando le dijeron que había llegado "La Italia Una", mi padre se puso hecho una furia y me amenazó con encerrarme en casa. Luego vino el "Rosso" y hablaron largamente los dos. Yo me aprestaba para fugarme . . .

Se hizo otro silencio. Después Pedro dijo:

—No te casarás con él, Julieta . . . Antes . . .

No pude oír la continuación del diálogo, porque me lo impidieron dos voces de hombre que se aproximaban.

Estas voces debieron impresionar mucho a los dos amantes, porque oí una exclamación de espanto, luego un crepitar de hojas, y luego aun, una desesperada fuga . . .

En aquel instante, dos hombres con el semblante congestionado se acercaron a mí. El más viejo tenía el aspecto violento y ceñudo. El más joven tenía cara de idiota. Por el color de los cabellos y de las hirsutas barbas, supuse que éste debía ser el segundo Romeo de la infeliz Julieta. El padre y el impuesto novio estaban buscando a la muchacha.

Yo me había sentado sobre un muro caído.

Los dos me miraron con aire confundido mientras yo los contemplaba con curiosidad.

El padre de Julieta me saludó y después me dijo con evidente esfuerzo:

—El señor pertenece ciertamente a "La Italia Una"?

—Soy su segundo.

Los dos hombres se miraron inciertos, como consultándose si me podrían interrogar.

—Hay en la goleta un marinero que se llama Pedro, creo? — dijo el padre de la muchacha.

—Sí... ¿es vuestro hijo?

—¿Mi hijo? No... pero... ¿le han concedido una licencia?

—Yo no, pero puede habérsela dado el capitán Varak... ¿Por qué?

El padre no respondió. Entonces el otro dijo con aire furioso:

—¿Por qué?... por qué?... Yo sé por qué! Yo sé por qué!

No me dijeron nada más. Me saludaron apresuradamente y desaparecieron...

La escena me había divertido; pero luego me puse a pensar en el pequeño drama que atormentaba a los amantes y me engolfé en una multitud de reflexiones melancólicas...

Para distraerme, entré en una buena hostería de la montaña y ordené un buen almuerzo. Sentía verdaderamente la necesidad de reponerme de los pésimos alimentos que me daba el capitán Varak. El claro vinillo me proporcionó una inesperada alegría y me puse a interrogar a la patrona.

La buena mujer era de sobra locuaz, y cuando se puso a hablarme de Julieta, se puso a reír de todo corazón.

—Es una loca, — dijo. — No le iría nada de mal casándose con el "Rosso". Es verdad que el "Rosso" es un bruto y un golfo, pero en cambio está bien provisto de ésto — y hacía sonar los dedos con gesto expresivo. — Pero Julieta dice que quiere tanto a Pedro... Podría casarse bien... Pero... En el país la tienen por loca, y nadie se maravillaría de verla hacer cualquier tontería...

* * *

Bajé al plano, y busqué a Pedro en la taberna. No lo ví, pero en cambio encontré acompañado de una sólida borrachera al capitán Varak.

Me invitó o beber, y después me habló de carga.

—Se lo repito, señor Emilio. Son ciento noventa toneladas las que conduce mi goleta.

—¿Pero habla usted en serio, capitán?

—¿Cómo que no? Ve a verla, y después dime si no tengo razón para estar contento!

Dejé la hostería y con toda precipitación corrí al barco.

—Maestro, maestro! — grité.

—Aquí estoy, señor Emilio, ¿qué hay?

—¿Se ha vuelto loco el capitán?...

—Ya lo creo que sí. Ha metido carbón hasta en nuestras cabinas...

—¡Por Dios vivo! — exclamé — ¿Y cómo podremos salir adelante?

—Yo os lo había dicho, señor Emilio, que habíais caído en las peores manos del mundo. Quiere explotar de un modo inverosímil "La Italia Una". Piensa sólo en hacer dinero para ofrecerlo al Dios Baco. Y contra su voluntad no hay nada que hacer...

—¡Paciencia! — exclamé. — Pero si una buena tormenta nos sorprende, y nuestro leño corre peligro, como que hay Dios, lo arrojo al mar!

—Haréis un buen regalo a los peces — me contestó el maestro dulcemente.

—Veremos cómo termina esto!

En este momento apareció Pedro.

Tenía un aspecto extraño.

Lo llamé, y llevándolo a un lado, le pregunté por su Julieta.

Se mostró muy confuso e impaciente.

Le repetí el diálogo sorprendido en la montaña.

—¿Cómo lo sabe usted, señor Emilio? — balbuceó, abriendo tamaños ojos. — ¿Quién se lo ha dicho a Ud.?

—Este es mi secreto, — respondí. — Y Julieta, ha vuelto a casa?

La confusión del jovencillo llegó a su colmo.

—No... no ha vuelto a casa.

—¿Pues dónde se ha ido? ¿Donde alguno de sus parientes?

—Sí, justamente... Silencio, señor Emilio, que viene el capitán. — Y Pedro desapareció.

Era efectivamente Varak, que gritaba:

—Maestro, levante el ancla, y que Dios sea con nosotros.

Me precipité al timón para poder maniobrar y salir lo más pronto posible del puerto que estaba embarazado con las barcas cargadas de carbón.

El capitán me dijo:

Estad atento, señor Emilio, que el mar está agitado. No vayáis a tropezar con alguna roca.

—Capitán — exclamé — ¿cómo se puede navegar

de este modo? ¿No veis que hacemos agua a causa de la carga excesiva?

—¡Y cuánta agua!

—¿No podremos echar al mar parte de la carga para aliviar la nave?

—¿Qué estáis diciendo? El carbón es dinero y yo no arrojo al mar el dinero...

—Sin embargo, creo que estaremos obligado a hacerlo...

—Callaos y adelante. Después de todo, el patrón soy yo. La goleta lleva ciento noventa...

No había terminado todavía esta frase, cuando "La Italia Una" se plegó sobre un flanco, arrojando al mar unas cuantas docenas de toneladas de carbón.

El capitán se puso a gritar como un poseso. Parecía un loco.

"La Italia Una" había felizmente encallado, y digo encallado, porque esto evitó un desastre mucho mayor.

Trabajamos cuatro horas para salir de este trance. Finalmente tornamos a ponernos en viaje, pero el pobre barco caminaba pesadamente, medio sumergido...

Mi estado era lamentable. Empapado en agua, negro de carbón, parecía un negro de la Martinica...

¿Dónde estaban las bellas aventuras con qué había soñado?

Confieso que en aquellos momentos, me encontraba sumamente ridículo. Pensaba en las comodidades de mi casa, y en el deseo de dejar cuanto antes esa vida de infierno, volviendo de nuevo cerca de mis padres.

Pero aconteció un hecho inesperado que dió un nuevo curso a mis pensamientos.

* * *

La noche estaba negra y el mar siempre muy agitado. Un viento poco favorable hacía presagiar tempestad. Algunos relámpagos iluminaban el cielo. Estaba por recogerme en mi cabina, cuando una descarga de blasfemias llegó hasta mí.

Es inútil decir que se trataba del capitán Varak. Me dirigí al punto donde partían las blasfemias. Ví la gigantesca sombra del capitán que mantenía prisionera otra sombra frágil y pequeña...

Me acerqué.

—¿Qué sucede, capitán? — dije.

— Sucede que este es el fin del mundo,—rugió.—

¿Queréis venir a ver si lográis hacer hablar a este vagabundo?

Cogí una linterna de la pared, y la dirigí al rostro de la sombra que el capitán mantenía prisionera.

Ví un rostro tan negro de carbón como el mío, y dos ojos que inspiraban piedad.

El capitán se inclinó para mirarla también y lanzó un ¡oh! maravillado.

El vagabundo no era sino una vagabunda!

Una idea me atravesó la mente y aclaró para mí de súbito la situación. Comprendí quién era el gracioso colega de la Martinica, y no pude contener una carcajada.

—Reis, señor Emilio. — Ved bien de lo que se trata! ¿Lo sabéis acaso?

—¡Qué voy a saberlo! — contesté riendo. — A no ser que este morenito quiera hablar!

—Es mudo como un pez — rugió Varak. — ¿Qué estabais haciendo con aquel canto, cuando te he sorprendido, bribona?

—Oraba — respondió con simplicidad una voz femenil.

—¿Orabas? ¿Quién te condujo a mi nave?

—Nadie!

—¿Cómo nadie?

—He venido yo sola.

—Vive Dios! ¿Piensas acaso que soy un ciego? Bien veo que eres una mujer!

—Así lo creo — respondió con gracia el morenillo.

—Una mujer entre mis marineros! . . . Señor Emilio, reunid a todo mi equipaje.

Un gran sollozo se dejó oír.

La muchacha se había puesto a llorar con gran desesperación.

—¿Y ahora sollozáis? — gruñó el capitán. — ¿Qué decidimos, señor Emilio?

—¿Qué queréis que decida? Hay una mujer a bordo. Pues, en la primera escala la desembarcaremos.

—¿Y qué decis si la echamos al mar?

—Digo que eso no pasará mientras yo viva. De la muchacha respondo yo.

—¿Respondéis vos? ¿Luego, la conocéis?

—Si y no.

La aventura había llegado al punto más delicado. Yo estaba metiéndome en honduras para salvar al pobre Pedro de la justa cólera del capitán. Necesitaba afrontar el problema de pronto.

—Vamos a vuestra cabina, capitán, — dije.

—Vamos — respondió Varak — que de pronto me pareció más amansado.

Pasé cerca de Pedro. Lo cogí por un brazo y le dije:

—Julieta está aquí.

—Lo sé — respondió Pedro.

Entramos en la cabina del capitán. La única que no estaba atestada de carbón.

Julieta tenía el rostro anegado con las recientes lágrimas. Vestida con un andrajoso traje de muchacho, presentaba un aspecto conmovedor y cómico al mismo tiempo. No menos ridícula me pareció la figura del gigante que estaba mirando a la muchacha con ojos entontecidos.

Cuando me vió entrar acompañado de Pedro, el capitán calló en un acceso de verdadero furor.

Parecía un endemoniado.

—Este es el botón, y ha escondido el ojal en la goleta?

La muchacha, como si hubiese reconquistado de súbito el uso de la palabra para correr en defensa de su Romeo, hilvanó en el acto un discurso conmovedor y concluyente.

—Señor capitán, no es verdad. No soy lo que creéis. Soy su novia y esto es muy distinto. Mi padre quiere que yo sea la novia del "Rosso" y yo me revelo. Primero, siempre lo he dicho, me arrojaría al mar. Pedro no quería que yo viniese aquí, pero yo no quería dejarlo partir solo. Después les he gritado a mi padre y al "Rosso" que jamás volvería a la casa. Me

he vestido de esta forma y me he escondido en la goleta. Y después vino la noche y la tempestad y me he puesto a rezar por la salvación de todos. Pedro no tiene la culpa. He venido aquí contra su voluntad. ¡No le castigáis, capitán! El no tiene la culpa.

—¿Queréis decir acaso que la culpa la tengo yo?
— gritó Varak. — ¿No sabéis que no puedo mantenerme en la goleta, porque sería el fin del mundo? En la primera escala la echamos a tierra. ¿No es verdad, señor Emilio?

—Ciertamente, dije yo dando una ojeada a Pedro. — No hay otra solución.

—En tanto — continuó Varak — continuarás escondida entre los sacos de carbón. Es indispensable que el equipaje no tenga conocimiento de semejante cosa. Una mujer a bordo es una tragedia. Sois responsable de todo, señor Emilio.

Claro que convenía tener secreto tan curioso incidente. Cuando llegáramos a Brindisi...

Y a Brindisi llegábamos a la mañana siguiente.

Apenas hicimos escala, el capitán llamó a Julieta y a su Romeo para conducirlos donde la autoridad...

Pero con gran asombro del coloso, de Julieta y de Romeo no se encontró ni la sombra.

—¿Dónde se han escondido estos dos?

Yo reprimí una sonrisa.

—Quizás se han acercado demasiado a la orilla y algún pez se los ha devorado.

El capitán me miró intrigado.

—Decid la verdad, ¿les habéis hecho huir?

—Ni por pienso — respondí con firmeza.

—No se habrán marchado por los aires!

—¿Por qué no? El amor tiene alas. Además, capitán he encontrado en la cabina de Pedro este billete: "Con mi paga, bebed un par de botellas a mi salud".

El gigante tuvo una sonrisa satisfecha: el pensamiento de las dos botellas, le hacía olvidar el sentimiento de no haber vuelto a ver más al "morenillo". ¿Pero de qué naturaleza era esta pena?

No lo sé. Pero he sospechado siempre que el capitán Varak habría hecho de muy buena voluntad un largo viaje en compañía de Julieta...

Y ella habría corrido el riesgo de hacer nacer un tercer Romeo...

* * *

¿Cuál fué el fin de la aventura de los dos galanes?

La patrona de la hostería me había dicho que Julieta estaba dispuesta a hacer cualquier locura antes que casarse con el "Rosso".

La locura había comenzado cuando se vistió de hombre y se metió dentro de la goleta.

Cinco años después, el destino me llevó de nuevo a pasear al monte de Arsa.

El recuerdo de Julieta y Romeo estaba todavía tan vivo en mí que tuve deseos de saber alguna noticia de ellos.

Hice en la hostería de marras una pequeña encuesta, mientras me bebía el buen vinillo de aquella viña.

Lo que vine a saber constituyó para mí una hermosa y gran desilusión, como todas las cosas de que se compone la vida de un hombre, sea ésta sedentaria o aventurera.

Se me dijo que Julieta había regresado dos años después de la fuga al hogar paterno, porque el pobre Pedro se había muerto de tifus en el hospital. Que se había casado con el "Rosso" que había estado encantado de volverla a ver.

La noticia no me quitó el apetito ni el deseo de volver a ver al "morenito" que el capitán Varak había sorprendido en el acto de orar por la salvación del barco y de su Pedro... Mujer, mujer, eterno Dios!

VII

EL SALTO DEL TIBURÓN

Como Dios quiso, descargamos el carbón en Brindisi. Todo el equipaje estaba negro por dentro... y por fuera. Por lo que a mí toca tardé tres largas horas en limpiarme y pulirme para poder mostrarme en la ciudad.

El capitán Varak, aunque casi siempre ebrio, era, hábil en hacer buenos contratos. Acababa de hacer uno espléndido con un comerciante, y la nave venía nuevamente cargada de granadas, de barriles de vino y de cajas de pasas.

—Esta vez — dije al capitán — no nos iremos a fondo.

—¿Por qué? — preguntó el capitán. — ¿Qué queréis decir?

Hice como si no hubiese escuchado la pregunta y no respondí.

Pero si el capitán Varak hubiese sido más inteligente habría comprendido mi observación así: "Ahora que tenemos vino a bordo no nos iremos a fondo, porque el capitán pensará en sí y aligerará la carga".

Levantamos el ancla para dirigirnos a Bari. Fué en este trozo de viaje cuando constaté yo que el *tiburón no sabía calcular la trayectoria*.

La aventura me parece ahora, alegre; pero por un instante fué trágica, tanto que mi vida se encontró en peligro.

Cuando se descargaron las granadas, se hizo necesario descargar la goleta.

Se lanzó, naturalmente, en el mar el fondo de lastre, y como este fondo constituía un riquísimo cebo, una enorme cantidad de peces siguió nuestro barco.

El espectáculo era interesante y yo lo admiraba parado junto al asta del bauprés.

De repente los peces se sumergieron de golpe, como si obedeciesen a una orden militar. Buscaba la razón de este curioso fenómeno, cuando tres o cuatro marineros gritaron a la vez: — Señor Emilio... ¡atención!

Instintivamente salté sobre la escala de cuerda que conducía a la gabia del navío. Una enorme maza ne-

gra me rozó el cuerpo. Era un tiburón a quien evidentemente le resultaba muy simpática mi persona.

Si un fulminante movimiento no me hubiese puesto fuera de tiro, ahí había sido llegada mi última hora. Pero en lugar de esto, por una exageración de energía, el despachado fué él. Desgraciadamente para el pobre animal, había calculado mal la trayectoria cuando andaba en busca de carne fresca, y había caído sobre cubierta. Lanzaba furiosos golpes de cola, procurando arrojarle nuevamente al agua.

Corrí a mi cabina para coger mi pistola, mientras todo el equipaje armado de hachas y cuchillos de maniobras, daba batalla al monstruo. El tiburón se defendía ferozmente con formidable energía. Poco faltó para que una pierna del maestro fuera a servir para consolar los últimos instante del pez fuera del agua. Le descargué el arma en el momento en que abría la boca para morder al maestro. El capitán que había también intervenido en la lucha, me dijo:

—Es una hermosa salvación, señor Emilio. Puede decirse que habéis nacido con buena estrella...

—No digo que no; si el tiburón hubiera calculado bien el golpe, a esta hora estaría yo comido y digerido. ¡Pobre tiburón! Jamás se imaginó sin duda que le tocaría la desdicha de morir en la cubierta de "La Italia Una"!

Todos los tiburones tienen ya marcado su destino!
— dijo filosóficamente el maestro, cargando la pipa.

Esta frase sacó a flote todos mis recuerdos románticos. Un poco en broma y un poco en serio, dije que no era improbable que en el vientre del tiburón, se encontrase alguna cosa... por ejemplo... el documento de un tesoro... o alguna botella con algún interesante secreto...

No hay gente más escéptica y al mismo tiempo más crédula que los marineros. En pocos momentos, los marineros estaban convencidos que en el vientre del tiburón se encontraba la fortuna de todos... Cada cual tenía su historia a propósito que contar...

Dos marineros se propusieron abrir la bestia, pero ¡oh desdicha! sólo encontramos dentro del vientre del feroz animal, una multitud de peces devorados. Ningún indicio de tesoro...

—Sin embargo — dije — este desdichado tiburón ha hecho lo posible por prepararos una sorpresa, y la sorpresa era, devorar a vuestro segundo.

El capitán Varak encontró sumamente espiritual mi declaración y quiso hacer una mucho más espiritual todavía.

—El pasado peligro, merece que bebamos una copa... que yo pagaré, señor Emilio.

En efecto, en Bari, mantuvo la promesa. En la tarde, casi al anochecer, tomamos la vía del regreso. Navegábamos con un calor sofocante.

No podía dormir. Los escarabajos me daban una terrible guerra y me atormentaban mucho. Me puse a pasear por el puente, dejando volar mi fantasía.

Cuando me acerqué a los barriles que habíamos embarcados ví agitarse una sombra sobre uno de ellos.

Me lancé sobre el marinero y lo cogí del cuello.

Una sombra inmensa, se alzó. Era el capitán Varak. Con un hilo de voz balbuceó:

—Por caridad, señor Emilio, no reveléis nada de esto a mis marineros. Tienen el vicio de beber y todos querrán imitarme...

—Han tragado tanto polvo de carbón el día de hoy... — dije yo.

—Os recomiendo un gran secreto. En recompensa, os ofrezco mojaros los labios...

Y me ofreció una pajilla, para que la introdujese en un agujero, porque el bribón había practicado primero un hoyo con un fierro.

Acepté la oferta, y me puse a sorber un riquísimo vino, dejando de cuando en cuando el puesto a mi capitán.

Bebiendo y conversando, volaban las horas. El rico

vino, me volvía el ánimo ligero y optimista. Las palabras sin ton ni son del capitán, formaban el más extraño discurso que jamás hube oído.

Porque él, vulgar gigante, tenía después de todo, un poquito de bondad y de inteligencia verdaderamente curiosos. Me contó toda su vida, a saltos de gato, interrumpiéndose a cada paso para sorber el vino por la cañita.

—Tenía doce años cuando me fugué de casa. Era grande y grueso como un buey. No digáis nada de esto a los marineros: soy una garra de león. Y si no me fugo de la casa, la estrangulo como a un ganso, la estrangulo... ¿Me cedes el turno? Una sorbida más...

"Ah ya. ¿A quién estrangulaba? A la madrastra. ¡Qué diablo de madrastra!... Por mí la habría estrangulado... pero aquel desgraciado de mi padre... ¿Hará mañana buen tiempo? ¿Qué os parece? Seguro, yo creo que tendremos buen tiempo... ¡Pero qué víbora era aquella mujer! A mí no me decía nunca nada... Tenía mucho miedo de mí... Pero hacía morir de desesperación a mi pobre padre! El buen hombre no sabía defenderse. Si hubiese bebido... Si hubiese bebido, quizás!...

"En suma, él murió. Un día me arrojó la comida a la cara, la fiera... Entonces huí de la casa para no

estrangularla. Fuí mozo, pero no hice nunca una vida arrastrada! He estado en poder de los antropófagos. ¿Lo sabíais?

—No lo sabía... ¿Y no os encontraron de su gusto?

—Figuraos. Era gordo y tierno, pero yo les hice huir. Aplasté a uno con un puño... Esto los espantó... No podéis imaginaros la fuerza que tenía entonces: una vez, ciertos pieles rojas me ataron a un árbol... Y bien...

—¿Arrancásteis el árbol?

—Tac. De un golpe, el árbol abajo.

—Os creo sin testigos.

Y en realidad estaba resuelto a creerlo todo. El vino dispone al espíritu a la credulidad como a la fanfarronada.

El capitán continuó narrando las más extraordinarias aventuras: yo continué bebiendo... hasta que fuimos sorprendidos por el marinero dálmata, Bazan, el cual se acercó al barril. El capitán lo cogió por el brazo.

—Silencio!

—No hablo.

—También te permitiré beber a ti; pero si no te callas te arrojo al mar.

Bazan había sorbido apenas un poquito, cuando cayó a tierra como muerto.

—Mejor así — dijo serenamente el capitán Varak; — así no hablará...

Nos marchamos a dormir discretamente ebrios.

Pero por cierto Bazan no permaneció mudo, porque al día siguiente el capitán Varak verificó con horror que la bota estaba casi vacía...

El equipaje había encontrado de su gusto el vinillo y muy ingenioso el modo de sorberlo...

* * *

Avistábamos a Trieste.

Mi primer crucero había terminado. Fueron veintinueve días de molestias, de fatiga, pero de óptimas impresiones.

Mi capitán se había acercado a mí, y apoyando la palma de su mano tosca sobre mi espalda, me dijo:

—Señor Emilio, son estos los últimos instantes que pasamos juntos. La casa y los parientes nos aguardan. Espero que no me olvidaréis. El primer viaje es siempre inolvidable. Os confieso que sois un óptimo segundo... Quizá un día u otro nos encontremos otra vez en el mar inmenso. Sois hábil y valiente. La fortuna no dejará de asistiros...

La voz del coloso se había enternecido. Sus pupilas habían adquirido una vaga expresión de bondad. Sentí que se me apretaba la garganta y que se me humedecían los ojos.

Dos lágrimas apuntaron también en los suyos.

Le estreché la mano con fuerza.

En la goleta de aquel grotesco coloso había experimentado las primeras durezas de la vida del mar, pero también había adquirido muchas útiles enseñanzas.

* * *

Corrí a abrazar a mi madre. Ella me miró con ojos llenos de infinito amor.

—Emilio, ¿te quedarás ahora siempre con nosotros? ... ¿No estás ya cansado de la vida del mar?

Yo procuré sacar el cuerpo.

—Mamá, cuando se nace con esta pasión no se fatiga uno con el primer viaje. Mi carrera está apenas comenzada. Lo que hasta ahora he visto es bien poca cosa junto a lo que todavía debo ver.

Mi padre había entrado en aquellos momentos.

—Es inútil... Emilio es un testarudo... Prefiere la vida de trabajos a la vida cómoda.

—¿La vida cómoda? — dije. — ¡No he visto nunca nada más odioso que la vida cómoda!

* * *

Es cierto, siempre he odiado la vida cómoda; pero la vida cómoda también siempre me ha odiado... aunque el trabajo me habría dado derecho a que no fuera así.

VIII

EL "LOCO" DE LA BALSA

Mi segundo viaje debía ser bien diferente al primero.

De golpe me encontré frente a uno de aquellos secretos con los cuales siempre había soñado mi fantasía; entraba en el gran mar de la aventura.

El "loco" de la balsa es un insoluble misterio, en torno al cual he fantaseado toda mi vida; y si hasta ahora no es escrito una novela sobre el asunto es porque me ha faltado la lógica solución del problema.

Gracias a un amigo, yo pude seis meses después de mi primer viaje de experimento entrar como segundo en otro barco.

El capitán del velero era un hombre habilísimo en conducir una nave, pero hasta cierto punto de un carácter bestial. Algunos rasgos lo asemejaban al gi-

gante Varak, por ejemplo, su amor por el gin; pero Giuffré — este era su nombre — no tenía aquellos momentos de bondad que a veces de cuando en cuando saltaban fuera del paquidermo de Varak. Giuffré era maligno e impertinente, y yo comprendí de pronto que con él no podría estar jamás de acuerdo. Procuraba no acercarme a él. La experiencia comenzaba a enseñarme que era necesario emplear tanta destreza con los hombres, como cuando se conduce una nave por entre numerosos escollos. Cada hombre puede ser, para otro hombre, un escollo: era necesario saber esquivar el cuerpo.

Hacíamos ruta para Bombay, pero la meta estaba todavía lejana. Había cogido mis anteojos y exploraba el horizonte. Calma perfecta en el mar: una calma que producía en mi espíritu un extraño sentido de aniquilamiento, que no sabría definir, pero que he experimentado muchas veces en las inmensas soledades del océano.

De repente, descubrí una balsa que viajaba en lonjananza sobre nuestra ruta. Observando mejor con el antejo, me pareció que la balsa contenía alguna cosa o a alguien.

De allí a poco tiempo, la visión se hizo bien distinta: un hombre, completamente desnudo, estaba sobre ella.

Lancé un grito de asombro.

El capitán Giuffré se acercó.

Lo miró y en seguida me lo devolvió tranquilamente.

—Es un hombre sobre una balsa.

—Es necesario salvarlo, dije yo.

—Me parece inútil: debe estar muerto.

—Muerto, vivo o desmayado, es preciso ver de qué se trata... y si es el caso, procurar el salvamento.

El capitán Giuffré hizo un gesto de aprobación.

Se acercaron algunos marineros. La balsa se acercaba.

A la simple vista era ya posible descubrir al hombre inmóvil.

—Está muerto.

—Muerto de hambre!

—Será alguna víctima de algún naufragio.

—Es probable. Echemos una chalupa al mar y vamos a su encuentro.

Lanzamos una chalupa con cuatro hombres, los cuales, remando vigorosamente llegaron a la balsa.

Una voz me gritó desde la barca:

—Señor Emilio, el hombre está vivo!

—Traedlo al velero! — mandé.

Poco después me encontré frente a un extrañísimo personaje.

Podía tener cincuenta años: moreno, la barba de una quincena de días, flaco, con los ojos grises. Estaba completamente desnudo y sonreía con una risa plácida como si en lugar de venir de las soledades del océano viniese de una fiesta.

Un marinero le echó sobre las espaldas un viejo gabán y el hombre hizo una ligera inclinación, como para dar las gracias.

Le dimos de beber y de comer. El hombre comió ávidamente y bebió lo mismo.

Yo, entre tanto, procuraba interrogarlo, pero en mi vida he hecho una cosa más inútil.

El hombre tenía un vocabulario inglés muy limitado y lo empleaba para responder a cualquiera pregunta.

—¿Cómo os hemos encontrado desnudo sobre una balsa en medio del océano? — pregunté repetidas veces.

El hombre respondió en inglés: — Jueves.

—¿Fuisteis víctima de algún naufragio?

—Orquídea.

—¿Habéis sido colocado por alguien en la balsa?

—El perro no quiso comerse la hogaza. — Y el hombre seguía riendo plácidamente.

¡Aquél hombre era un loco! Cuando hubo comido y bebido giró los ojos en torno como buscando alguna cosa. Vió por fin un poco de paja, se tendió en ella y procuró dormir.

Procuré en vano extraer de entre las palabras incoherentes pronunciadas por el mentecato un hilo que me permitiera reconstruir su extraña aventura.

El cerebro se estrujaba en fatigosas cuanto inútiles reconstrucciones. La más simple de todas, para el aquipaje, fué que el misterioso náufrago se hubiese arrojado al mar en el momento de un siniestro volviéndose luego loco por el terror. El naufragio no podía datar de más de una docena de días, a juzgar por la barba: pero este espacio de tiempo era más que suficiente para hacer morir a un hombre de hambre, porque no se podía suponer que hubiese traído consigo algunas provisiones.

Pero otra hipótesis se presentaba con algunas apariencias de realidad. Podía tratarse, por ejemplo, de una venganza: el hombre en tal caso, habría sido abandonado en la balsa en medio del océano por algún enemigo suyo. O quizás el hombre por huir de algún tremendo peligro se habría arrojado al mar encontrando por casualidad la balsa.

Aunque el capitán concluyó por interesarse por el hombre de la balsa y llegó a la conclusión de que era

necesario dejar a la autoridad de Bombay la tarea de desembrollar el misterio. A menos que el loco no recuperase de pronto la razón y nos revelase la verdad de aquel misterioso naufragio...

El capitán Giuffré tuvo una idea que me repugnó.

—Puede darse que sea un simulador.

—¡Qué decís! ¿Un simulador? ¿Y por qué motivo?

—Por ejemplo, si se ha fugado de alguna cárcel...

—¿Una evasión? ¿Y cómo se explicaría su desnudez?

—El galeoto se habría quitado sus ropas para no darse a conocer — concluyó el capitán Giuffré.

Cuando una idea se formaba en el cerebro del capitán Giuffré era muy difícil arrancársela.

Se enamoraba de tal manera de su idea que la defendía formalmente contra la objeción más sensata. En este caso, expuesta la hipótesis de que el hombre recogido a bordo era un prófugo, no dudó más de ella un instante y sostuvo con nosotros acaloradas discusiones. Y no fué esto sólo: desde aquel momento adoptó con el desgraciado náufrago una actitud terriblemente descortés e inquisitorial. No lo perdía

de vista un momento acechando un gesto que le revelase la simulación de la locura. Recurría a las más extrañas comedias para coger en alguna falta al hombre de la balsa.

De noche, hacía gritar a cualquier marinero:

—¡Fuego! fuego! La nave se quema! ¡A salvarse!

Pero en vano. El hombre se despertaba, sonreía, y en seguida se volvía a dormir, después de haber pronunciado alguna de sus frases vagas e incoherentes.

Otras veces el capitán se mostraba furiosísimo porque no podía resolver este enigma singular, y ordenaba a tres o cuatro marineros que arrojasen al mar al simulador.

Los marineros lo aferraban, lo alzaban en alto, como si quisieran verdaderamente lanzarlo al agua. Pero el hombre de la balsa continuaba sonriendo con su eterna y exasperante sonrisa... Los marineros lo dejaban de pie y el hombre fijaba su mirada ausente en el horizonte infinito.

Otras veces, el capitán lo privaba de alimento por un día entero, repitiéndole a cada instante que lo dejaría morir de hambre si no abandonaba aquella estúpida comedia...

El loco respondía siempre:

—El perro no quiso comerse la hogaza!...

El capitán Giuffré se obstinaba siempre en su idea.

Mientras sus experimentos daban resultado negativo, más se convencía que el hombre era un refinado simulador y que tenía un poderoso motivo para conducirse así. Esta obstinación, comenzaba a irritarme de un modo extraordinario. Tanto más que yo no reconocía ningún derecho al capitán Giuffré para martirizar así al infeliz. Aun suponiendo que el hombre de la balsa fuese verdaderamente un recluso evadido, ¿por qué se deleitaba en atormentarlo de un modo tan brutal?

Y cada vez que el capitán manifestaba algún nuevo propósito, para desembrollar y desenmascarar al simulador, como decía él, yo marchaba a ocultarme en la cabina como señal de protesta.

Un día el capitán Giuffré tuvo una nueva inspiración.

Dijo que quería recurrir a un remedio heroico, para sanar al loco de su locura. Había bebido más de lo conveniente, ajeno y gin, y la bella inspiración era ésta: hacer golpear tanto al loco, que éste confesase que estaba cuerdo.

El capitán Giuffré, casi por desafiarme, me preguntó:

—¿Qué me decís, señor Emilio?

—Digo que no haréis una cosa semejante.

—Oh, yo no! pero haré que lo hagan entre dos marineros.

—No creo que a bordo de vuestra nave, se encuentren dos marineros dispuestos a hacer de verdugos.

—¿Cómo no? ¿Queréis ver cómo los encuentro? Y después, todo lo que yo ordeno, debe serme obedecido.

—Siempre que ordenéis cosas razonables.

—¿Entonces queréis decir que yo ahora no soy razonable?

—No digo esto... Mas, qué diablos! El querer golpear a un desgraciado demente es una cosa tan cruel e inútil!...

El capitán palideció con estas palabras.

—Vos sois el segundo y yo soy el capitán — rugió. — Quiero cumplir mi deber!

—¿Vuestro deber?

—Sí: he recogido un hombre, que puede ser un prófugo, un delincuente matriculado... Y bien, tengo el deber de hacerlo hablar, de arrancarle por buenas o por malas, la confesión de la verdad. — Se calló un instante y en seguida agregó: — ¿Quién me lo impedirá, después de todo?

—Yo.

—¿Quien sois vos? No sois nadie.

—Soy vuestro segundo!

—Es un error, señor. Erais mi segundo, pero desde este momento ya no lo sois más, porque rompo vuestro contrato.

—Está bien capitán. En la primera escala, estaré libre!

Pero no hizo golpear al hombre de la balsa.
Al día siguiente, avistamos Bombay.

IX

DESCARGA DE COMBATE

En Bombay el capitán Giuffré, consiguió de la autoridad el permiso para volver a alta mar, permiso que refrendé yo mismo.

El hombre desconocido, fué trasportado al hospital, donde yo fuí algunos días después a visitarlo, con la esperanza de desentrañar el misterio. Pero también fracasó esta esperanza. Y yo entregué a su destino al loco de la balsa, por un motivo tan simple como importante: yo debía ocuparme con mucha urgencia de resolver un asunto mío personal.

Heme aquí solo en la India con un pequeño peculio destinado a concluirse en pocos días; solo, distante muchas millas de mi patria, y sin dinero. ¿Cómo arreglármelas?

El último coloquio con mi capitán, había tenido

lugar en la dársena del puerto, y había sido muy rápido y expeditivo.

—Estáis en libertad, señor Emilio.

—Precisamente, en libertad...

—Creéis que será fácil para vos ocuparos...

—Este es un asunto que sólo a mí me concierne.

—Sin duda... Mi velero partirá sin vos.

—Buen viaje.

Me había vuelto la espalda y se había marchado.

No me había arrepentido. Ese hombre, con su cinismo y su brutalidad, me habría obligado a hacer uso de cualquier violencia que habría sido causa de mi ruina.

Recuerdo que, durante el breve y poco afectuoso coloquio de adiós con el capitán, un hombre se había colocado a poca distancia, examinando un libro, quizás una guía. Estaba vestido a la europea, pero su fisonomía, traicionaba la raza asiática.

El personaje parecía más interesado en nuestra conversación que en el libro que tenía en la mano.

Cuando dejé al capitán Giuffré y me alejé, ví con el rabo del ojo que el hombre me seguía. No demostré que reparaba en él y me dirigí a vagabundear por el puerto.

El hombre continuaba siguiéndome.

¿Qué quería de mí?

Me había encaminado por el magnífico camino de palmeras sombrosas, que desembocaba en el puerto, y viendo que el hombre me abordaba, decidí afrontarlo.

Me saludó amablemente, y me dijo en inglés:

—Os pido excusas. No soy un agente de policía.

—¿Por qué entonces me seguís?

—Para rogaros que me respondáis a una pregunta.
¿Perteneceis a un barco?

—Sí.

—¿Y estaríais dispuesto a aceptar un contrato conmigo?

—¿Sois armador?

—Casi.

—No os comprendo. ¿Tenéis un navío en el puerto?

—Ninguno.

—Entonces?

—Entonces . . . entonces, es mejor que aquí nos separemos. Me encontraréis de aquí a diez minutos en el "Sailors", una hostería de la cual desde aquí podéis ver la luz.

Hizo una seña rápida. El misterioso personaje, me pareció entregado a un trato sospechoso. Miró atentamente por todas partes y se alejó. Recuerdo ahora

que un hombre gordo y feo lo espiaba oculto detrás de una palmera.

Vagué aun durante un cuarto de hora, y en seguida penetré en el "Sailors".

En la pequeña hostería, me esperaba el individuo que quería contratarme.

Me ofreció un vaso de licor que acepté de muy buena gana.

—Os he dejado de una manera un poco brusca — me dijo — pero ¡qué queréis, era espiado!

—Me he dado cuenta de ello.

—No creáis por eso que yo sea un delincuente y que quiero proponeros cualquiera mala acción. Eso no! Mi nave está un poco distante de Bombay, pero si llegamos a un acuerdo, no es difícil acercarse a ella. Mi propuesta es concreta. Ante todo os haré un avance.

—Es lo que deseo, señor.

—En cuanto a sueldo general, os propongo pagaros cuatro veces más de lo que ganabais antes.

—Espléndido!

—Os aseguro un magnífico porvenir.

—Gracias, pero . . .

—Es justo. No pretendo que aceptéis a ojos cerrados. Os lo voy a decir todo.

Y después de haberme mirado con sus ojos brillan-

tes y negros, y haberse asegurado que nadie le escuchaba, me dijo con un hilo de voz:

—Os voy a proponer una empresa justa por demás.

—¿Cuál?

—Se trata de reparar una tremenda injusticia.

—¿Inmediatamente? — dije, vivamente interesado por las palabras y los propósitos de aquel hombre, que me hablaba con un acento tan convincente.

—Se trata de un hombre que está muy por encima de mí! ¡Hay que combatir por una noble causa!

No me imaginaba ni siquiera remotamente cuál podía ser esa noble causa, pero el aspecto de mi interlocutor me infundía una confianza inexplicable, quizás a causa de mi temperamento, que siempre fué propenso a proteger a los débiles y a los oprimidos.

Sin embargo, mi interlocutor no me había dicho aun de lo que se trataba, porque en el fondo las explicaciones dadas hasta el momento eran bien insignificantes. Pero bastaba lo que me había dicho para despertar mis impulsos aventureros.

¡Me convertiría quizás en un capitán! ¡Tendría todo un equipaje a mis órdenes! Pondría quizás la nave en camino hacia alguna grande empresa!

Mirando fijamente a los ojos de mi interlocutor, le dije:

—Me dolería mucho que vuestra proposición no tuviese por objeto y fin una noble causa.

—Nobilísima, señor! Por lo demás, tenéis razón de exigir de mí una explicación inmediata antes de aceptar el ofrecimiento que os hago. Debo, sin embargo, revelaros un secreto: y lo hago, porque me fío de vos.

En aquellos lejanos años de juvenil entusiasmo, la prueba de confianza de un hombre, vencía en el acto mis desconfianzas todas. Tendí la mano a mi interlocutor:

—Acepto. Después me diréis de lo que se trata.

Él me la estrechó con fuerza.

—Gracias. Tenéis un corazón generoso y no tendréis de qué arrepentiros. Pero, entre tanto decidme . . . — y bajó la voz.

—¿Qué cosa?

—Observad a aquellos dos hombres que beben y charlan en esa mesa, en el fondo . . . procurando que ellos no se den cuenta.

Me volví con precaución fingiendo buscar con los ojos al camarero. Ví que había en el sitio indicado dos personas. Parecían ya ebrios, y cambiaban frases en inglés con un aire grosero.

—¿Qué me decís?

—Me parece que están al borde de coger una borrachera soberbia — respondí.

—No, jovenzuelo, esos están en plena labor de espionaje.

—Qué decís?

—La verdad. Nos están observando, y si yo no encuentro la manera de ponerlos fuera de combate, será difícil que podamos llegar hasta la nave de la cual vos seréis capitán.

—¿Por qué?

—Porque esos dos fingidos ebrios son mandados por aquel hombre que me espiaba cuando hablé con vos la primera vez.

—¿Y creéis que tienen algún interés en que no fle-téis la nave?

—Ya lo creo, como que tienen el encargo de referir a la policía inglesa qué hago yo en Bombay.

Sentí que me sobresaltaba mientras que una gran luz se hacía en mí. Tornó a mi memoria la imagen de mi Dulcinea que me raptara la torva institutriz inglesa. Mi odio ilógico y fantástico por Inglaterra aumentó, gracias a la sugestión que en aquel momento ejercían en mí el vino bebido y mi interlocutor...

—Todo lo acepto, — dije con voz concisa pero baja — vamos ya... la noche es bella y...

—Y...

—Y será una cosa óptima el que hagamos perder a nuestros espías, la pista, para podernos embarcar...

Es indispensable que esas gentes no sepan absolutamente en qué barco partimos.

El desconocido pareció estar de acuerdo con mi pensamiento, porque me respondió:

—¿Tenéis el pulso sólido?

—Bastante.

—¿No os disgustaría dispensar algún puñetazo a aquella innoble canalla?

—No, a fe! . . . La cosa sería de todo mi gusto.

—Sí por ejemplo, yo me adormeciese sobre una de las bancas de la avenida que conduce al puerto y vos vieseis tres figuras que se acercaban y . . . buscaban algo en mis bolsillos, ¿qué haríais?

—Os defendería con los buenos puños que poseo.

—¿Habéis comprendido en qué trampa los quiero coger?

—Creo comprender algo!

—Pasadme un papel cualquiera . . . yo fingiré que lo examino y lo meteré en mi bolsillo . . . Hacedlo de modo que atraigáis su atención.

Estos extraños preparativos de una empresa misteriosa y no privada de peligro, me seducían de un modo extraordinario. Saqué del bolsillo un papel, y lo pasé a mi interlocutor, cuidando de arrojar al suelo al mismo tiempo una de las botellas. Los dos hombres se volvieron para mirarlo. Mi comensal cogió la carta y

se puso a examinarla atentamente. Después se la guardó en el bolsillo. Los dos fingidos ebrios habían visto la maniobra.

Mi comensal pagó bostezando, como si tuviera mucho sueño, y me invitó a salir. Dimos algunos pasos hacia la puerta.

—Separémonos . . . yo dormiré sobre aquella banca.

—Está bien. Ya sé lo que debo hacer.

Nos separamos.

Yo atravesé la avenida y me oculté detrás de una palmera.

Ví que los dos ebrios se habían unido al tercer personaje, y que se disponían a seguir a mi compañero.

Los dejé andar delante de mí para dejarles franco el camino.

Casi en el fondo de la avenida, un hombre dormía sobre una banca y tres hombres se acercaron a él. Llegué muy a tiempo!

Uno de ellos se había acercado al fingido durmiente. Me precipité sobre el grupo, mientras mi compañero aferraba a uno del pecho y le daba de puñetazos.

Con una rapidez en que era maestro, golpeé en el estómago y en la cabeza al otro . . .

Parecíamos dos boxeadores. Pegábamos con un en-

tusiasmo maravilloso, sin cesar en tan combativa tarea hasta que pusimos a los tres fuera de combate.

—Ahora, amigo mío, estamos ciertos de que estos tres miserables no nos seguirán. Vamos.

Cogimos el camino del puerto.

El desconocido marchó directamente hacia un hombre que lo esperaba y le dijo con aire resuelto:

—Nos vamos al barco.

El hombre me miró sin decir una palabra y echó a andar.

Algunos minutos después, salía yo con mi enigmático compañero sobre una de aquellas naves malayas, de las que ya tenía noticias.

Estaba ebrio de vino, de bofetadas repartidas, de misterio...

¿Dónde me conducía aquella nave? ¿Entre qué clase de gentes me encontraba?

¿Por qué me había dejado convencer con tanta facilidad de que debía embarcarme en una aventura, cuyo fin me era desconocido? ¿Era un loco o un ingenuo?

Quizás lo uno y lo otro.

No había podido saber con precisión por qué me contrataba.

Era demasiado tarde para recriminarme. Mi compañero me hizo entrar en una cabina y me dijo:

—Mientras se prepara la cena, vamos a conversar un poco. Tenéis un ánimo generoso y os habéis fiado de mí; me habéis demostrado la fuerza de vuestros puños y vuestro valor; y bien: escuchadme . . . Vamos a defender la causa de un rajah destronado.

—¿Por los ingleses?

El hombre tuvo un relámpago en los ojos que revelaba la admiración y el heroísmo:

—Mi vida le pertenece. Por ahora, él es nuestro jefe absoluto . . . nuestra cabeza . . .

Se puso a hablar con voz vibrante de emoción y de cólera. Y yo con los ojos cerrados, la boca semi abierta, le escuchaba apasionadamente.

X

SANDOKAN

Cuando una potencia europea quiere adueñarse de un territorio comienza por declarar que aquel territorio tiene necesidad urgente de ser civilizado.

Y entonces el fin es tan elevado y humanitario, que todo medio que se emplee para conseguirlo es anticipadamente considerado humano y digno de encomio.

Las potencias del viejo continente, y en especial la vieja Inglaterra, están siempre deseando encontrar alguna justificación para sus deseos de ambición y de conquista. En el caso presente se trataba justamente de Inglaterra, que quería "civilizar" el territorio dominado del rajah famoso. Este territorio ocupaba buena parte de la zona que se extendía al pie de la

montaña de una vasta isla, llamada con los pintorescos nombres de Isla del Perfume, Isla de los Volcanes, Isla de los Odios: Borneo en suma.

El rajah reinaba pacíficamente en su tierra, activando la prosperidad de su comercio, entre el amor y la devoción de sus súbditos. Pero esto no podía bastar a la Inglaterra y la Holanda, que se interesaron de repente en llevar el . . . progreso al territorio del rajah. Y mandaron numerosos colonos a enseñar buenas usanzas a los súbditos del bárbaro soberano.

El rajah se defendió furiosamente en tierra, pero debió abandonar el dominio de la cosa sobre el mar indiano. No queriendo rendirse se refugió con sus fieles en la parte montañosa de la isla. Se le declaró rebelde con todos sus partidarios, pero el proscripto no era hombre de dejarse pisotear tan fácilmente. Se recogió en un islote de la Malasia y reunió un conjunto de guerreros heroicos y terribles, que debían preparar el recobro de sus territorios. Así nació el "Tigre de Mompracem", altivo malayo, que no temía peligros de ninguna especie, ágil e incansable combatiente con el cual Inglaterra y Holanda tuvieron mucho que hacer.

Los rebeldes preparaban, con el tigre de Mompracem a la cabeza, su revancha. Santa revancha, porque su territorio había sido invadido, sus parientes muer-

tos, muchos de sus súbditos maltratados y robados muchos de sus bienes.

Terminada esta necesaria explicación, mi desconocido amigo concluyó:

—Mi causa es justa. Vos la habéis aceptado sin conocerla. Ahora que la conocéis, yo os libro de vuestro compromiso, si no queréis afrontar los peligros que presenta...

La realidad de la vida injuriaba mis propósitos románticos. Comenzaba a experimentar la necesidad de ver claro, de reflexionar. Fué como una ducha fría sobre mis ardores belicosos.

—Comprendo vuestros sentimientos — murmuré evitando mirar a mi interlocutor — y los apruebo. Soy italiano... y toda causa justa me conmueve... Hemos sufrido tantos años la prepotencia y la injusticia extranjera...! Pero en este caso...

—Entendámonos — interrumpió sonriendo el desconocido amigo — yo no intento arrastraros a una empresa desesperada. Caer en las manos de los ingleses, para nosotros quiere decir la muerte; porque somos considerados rebeldes al Imperio. Pero para vos, el caso sería distinto. Sois simplemente un marinero italiano a quien hemos ofrecido una nave: nada sabéis de nuestros propósitos: os hemos contratado, haciéndoos creer en una simple empresa comercial;

el engañado, la víctima sois vos... si caéis en manos de los ingleses o de los holandeses no tenéis nada que temer...

Yo protesté.

—Si consiento en venir con vos, lo hago porque, gracias a Dios el valor no me falta: las seguridades que me dais no me placen. Es otra cosa... lo que me hace reflexionar... pero en esto el miedo del riesgo no entra para nada... En suma: ¿cuáles serán las obligaciones mías en la nave que debo mandar?

—Os lo dirá el rajah en persona. Él desea siempre conocer al capitán de sus navíos... Mientras tanto, cenemos: tendréis mucho tiempo para reflexionar...

* * *

Levantamos el ancla y partimos.

Bombay, sumergido en una claridad perlácea se alejaba.

Mis ojos miraban el espectáculo siempre nuevo de una ciudad que desaparece en el horizonte, como devorada por las olas; y entre tanto mi pensamiento fluctuaba entre el sueño y la realidad. Tenía la sensación de que finalmente comenzaba para mí aquella vida de aventuras que siempre había deseado tanto:

pero a veces volvía a mis oídos, el recuerdo de aquella voz maternal que me repetía los bellos cuentos heroicos que habían inflamado mi adolescencia: y en mi cerebro se formaba, poco a poco, la figura formidable de mi abuelo, el que había combatido siempre por las causas nobles y justas.

Pero yo ¿iba a conducirme como él? ¿Quién me daba el derecho? ¿Podía yo, hijo de un país libre e independiente, inmiscuirme en una lucha ajena a mi patria, pero que, eso sí, tocaba directamente a los intereses de un país amigo de Italia?

Mi raciocinio se hacía poco a poco menos lógico y consistente. ¿Cómo puede seguirse la lógica fría y sólida de la razón cuando se tienen veinte años y un cerebro demasiado romántico?

Lo que voy a contar, parecerá invención más o menos ingeniosa de mi fantasía. Yo mismo, después de tantos años, evocando estos hechos, me pregunto si no he cambiado el sueño por la realidad, si mi desenfrenada pasión por la aventura no me han hecho vivir y ver episodios extraordinarios arrancados sólo de mi inquieta fantasía... No sé. Yo traduzco con perfecta fidelidad lo que mi memoria me sugiere: e invito a los lectores corteses a creer en la posibilidad real de estos mis recuerdos...

.....

Avistábamos el islote de Mompracen, perdido en aquel enorme archipiélago sembrado de islas y de escollos.

¡Pero cuántas precauciones habíamos debido tomar para llegar a la meta!

No debíamos mantenernos a gran distancia de las naves inglesas y holandesas que ejercitaban una activa policía en aquella parte del mar indiano.

—Vámonos al refugio del rajah — me dijo mi contratante apenas desembarcamos.

Me proveí de una carabina.

—¿Está lejos de aquí?

—Debemos caminar algunas horas: ha debido buscar un asilo inaccesible bien lejos de los ojos de los ingleses y de los holandeses.

—¿Es seguro el camino?

—No podré decíroslo. Una gruesa suma se ha ofrecido por la cabeza del rajah rebelde que los ingleses consideran como un pirata. Estamos siempre temiendo a los miserables que por avidez de dinero procuren dar algún golpe de mano. Pero sus tentativas siempre, hasta ahora han fracasado.

La escarpada entrada que conducía al refugio del jefe rebelde, estaba escalonada de centinelas vigías, los cuales daban el "¿Quién va?", y luego esperaban una seña de mi guía.

—Ninguno puede acercarse a la gruta del jefe, si no es muy conocido por los centinelas. A la menor sospecha, éste da una voz que el otro repite, y en pocos instantes, la alarma llega a la gruta, mientras el primer centinela mantiene una lucha con el personaje sospechoso.

—¿Inglaterra no bombardea ya con sus naves el refugio de su enemigo? — dije.

—Lo ha tentado, pero inútilmente.

—No obstante, los tiros del cañón inglés pueden llegar sin que . . .

—Sí, pero el jefe no duerme y ha encontrado un modo astuto para hacer inútiles los tiros del enemigo. Ha puesto falsos blancos. Con una habilidad muy suya, finge habitar una gruta, mientras en realidad ocupa otra. Los ingleses están cansados de malgastar sus municiones. Una vez, el jefe les hizo una burla muy graciosa. Se fingió muerto . . . muerto de un cañonazo. Ordenó sus funerales. Por una semana entera, el gobierno inglés, ha creído haber terminado con su mortal enemigo . . . luego se ha dado cuenta que el rajah está vivo, y tan dispuesto como siempre a combatir.

Así charlando, llegamos a la gruta donde estaba refugiado el soberano de Borneo.

* * *

Se aceleraron los latidos de mi corazón. Pronto me encontraría en presencia del hombre del cual se hablaba con tanta simpatía y tanto terror. No ocurre todos los días que pueda ser posible conocer a un auténtico rajah indio, desposeído y rebelde por añadidura.

La manera como me encontraba envuelto en la peligrosa aventura, las palabras con las cuales mi guía había descrito al ex-soberano, las impresiones suscitadas en mí por las cosas vistas en el camino que llevaba hacia la caverna, todo contribuía a excitar mi curiosidad y hacerme pensar que yo me encontraba en un momento decisivo de mi vida.

Entramos en una especie de vestíbulo, donde dos indios saludaron a mi guía, pronunciando fuerte una palabra de la cual ignoraba el significado.

—Venid conmigo — dijo mi guía.

Entramos en una espaciosa caverna. El suelo y las paredes estaban revestidos de telas y tapices riquísimos. Mis ojos se sentían ofuscados por el brillo de las armas estupendas que adornaban las paredes.

Tuve de todo una impresión confusa, hasta que me encontré de improviso ante un hombre de bellí-

simo aspecto y músculos hercúleos. Estaba detrás de una cortina que mi guía había levantado.

Dos ojos penetrantes y vivos se fijaron en mí.

El rebelde que mis lectores han conocido en muchas de mis novelas con el nombre de Sandokan, llevaba una amplia túnica de seda blanca, atada a la cintura con una banda de terciopelo rosa y oro, cuajada de perlas de inmenso valor.

Su cabeza leonina adornada de una abundantísima cabellera bronceada, llevaba un turbante de seda candidísima, adornado con un majestuoso penacho de plumas blancas, sujeto en el centro por un enorme brillante.

De su cintura pendía una cimitarra con cache de oro y dos lucientes pistolas.

Me saludó con real majestad, pero afablemente, mientras sus ojos luminosos penetraban hasta el fondo de mi alma.

Eran los ojos de un hábil conocedor del corazón humano, y revelaban audacia, genialidad y decisiones rápidas.

Me hizo algunas preguntas sobre mi vida pasada. Sandokan hablaba en perfecto inglés, con vibrante, puro y dulce acento.

En seguida, me miró en silencio. Yo sostuve aquella mirada hipnótica, en la cual podía advertirse todo

el prestigio que el soberano destronado ejercía sobre sus secuaces, y el examen no fué, al parecer, desfavorable.

—Quiero entregaros el mando de una de mis más rápidas naves.

Me incliné en señal de reconocimiento.

Sandokan agregó:

—La misión que os voy a confiar es, sin embargo, muy difícil.

—Amo las misiones difíciles.

—Quizás sea peligrosa.

—Tanto mejor.

—¿Tenéis miedo a ciertas palabras, señor? — preguntó sonriendo Sandokan.

—¿De ciertas palabras? No comprendo.

—Seréis llamado "pirata" ... probablemente.

—Lo he pensado así.

—¿No os horripila la palabra?

—No, porque estoy seguro de cooperar en una cosa justa.

—Os doy las gracias — dijo Sandokan. — Os dais cuenta de la misión que por ahora os asigno. Nosotros no carecemos de armas; las fabricamos nosotros mismos. Gracias a una rica mina de salnitro de nuestra propiedad, tenemos pólvora en abundan-

cia. Pero carecemos de proyectiles. Debemos, pues, buscarlos donde se encuentren.

Nuestros proveedores son los navíos que llevan bandera inglesa u holandesa, con los cuales entramos en guerra. Estos navíos constituyen nuestro legítimo botín.

—¡Es verdad!

—Queda, pues, establecido que en realidad no se-réis un pirata. Se trata, sin embargo, de darle caza al navío enemigo. Lanzar a mis tigres de Mompracem al abordaje, capturar los navíos y apoderarnos de todo su metal, abandonando el resto.

No somos ladrones; queremos el metal para fabricar proyectiles en defensa de nuestros derechos. Y es justo que nosotros cojamos a nuestros mortales enemigos los proyectiles para defendernos de ellos.

Respetamos las personas que se encuentran a bordo de la nave capturada. No hacemos uso de las armas, sino en caso extremo. Los tigres de Mompracem no son asesinos. Debemos ser generosos hasta con nuestros enemigos.

Las palabras de Sandokan vibraban en mi corazón como un llamado al cual habría debido responder con entusiasmo. Pero no me sentí capaz de pronunciar una palabra. Y Sandokan comprendió por el brillo de mis ojos, esta ingenua emoción: sonrió satis-

fecho y cambió con mi guía algunas palabras en lengua india.

Nos retiramos a otra caverna donde se nos sirvió una discreta cena.

Pero yo le hice escaso honor.

El entusiasmo de que estaba lleno, me quitaba el apetito.

Creía vivir uno de los sueños de mi adolescencia.

XI

NOVICIADO DE PIRATA

Sandokan me había tomado simpatía, y desde el día siguiente de mi ingreso en aquel impresionante reino malasio, me demostró un entrañable afecto.

El Tigre de la Malasia, como lo llamábamos todos, tenía la cualidad característica de todos los conductores de hombres: conocía a fondo el alma de cada uno y sabía los medios de dominarlos. Si el destino lo hubiese hecho nacer en otro ambiente, el malasio habría sido un potentado soberano y un extraordinario jefe de pueblos.

Sandokan me habló de mi "noviciado de pirata".

—La tarea no debe espantaros — me dijo con dulzura. Constataréis a la primera prueba que, con un poco de práctica, el oficio de pirata no es difícil,

gracias al "buen nombre de la firma..." — añadió con una astucia irónica.

Yo lo miraba, sin comprender el significado de estas palabras.

—Me explicaré, capitán, — agregó Sandokan. — Os he dicho que, gracias al "buen nombre de la firma", vuestra empresa será más fácil. Naturalmente, no puede hacerse uno pirata sin correr algunos riesgos, y sin poner en juego la piel. Pero los Tigres de Mompracem han sabido hacerse de tan terrible reputación, que llevan la huída de los enemigos consigo, en cuanto aparecen... El lugar teniente que os he asignado conoce el oficio, y espero que estaréis contento de él; es uno de los más fieles a mi causa.

Sandokan me habló en seguida de varias cosas, dejándome de él una extraordinaria impresión.

¿Y mis propósitos de prudencia, y mis dudas y mis inquietudes? Había dejado todas estas cosas en el viaje de Bombay a Mompracem.

.....

Me dí cuenta desde el comienzo de mi crucero que las palabras del sultán destronado, no habían sido dichas para engañarme o para inducirme más fácilmente a coger la carrera piratesca.

Los navíos holandeses e ingleses se dejaban des-

pojar de todo el metal que traían a bordo con la más extraña mansedumbre.

Apenas el equipaje venía en conocimiento de nuestra intención, se abandonaba a su destino, sin prolongar demasiado la discusión inútil.

Este resultado se debía al terror que los Tigres de Mompracem habían difundido por todas partes. El "prestigio de la firma", como decía irónicamente el capitán, servía de una manera magnífica para evitar enojosas discusiones y el uso de las armas.

A decir verdad, la faz patibularia del Tigre era un buen coeficiente de pronta victoria; infundía temor aun a distancia al hombre más valeroso. Sobre su rostro tallado en bronce aparecían señales de la más feroz crueldad. Pero como la orden era de no derramar sangre sino en caso de extrema necesidad, el Tigre refrenaba su impaciente deseo de sangre y de estrago y se comportaba con el equipaje enemigo como fiel ejecutor de las órdenes recibidas; detenía y saqueaba con mucha delicadeza; y aun solía sonreír mostrando los dientes como un simio.

Los marineros ingleses sabían que cuando el destino los conducía sobre la ruta de Mompracem era necesario aceptar de buena voluntad todo lo que aconteciere.

Al terror se unía sin embargo una cierta admira-

ción por estos hombres fieros que no temblaban ante ningún peligro.

Muchas veces pude constatar que nuestros adversarios, después de haberse dejado despojar de todo el metal que llevaban a bordo, ofrecían de beber a los rapiñadores tanto que se creaba entre unos y otros cierta cordialidad...

Era el "buen nombre de la firma" el que operaba este milagro.

Y aun ocurrió, que un marinero portugués, enganchado por un equipaje holandés, después de un abordaje se pasó a nuestro bando.

Cuando la operación de requisición que había ordenado fué terminada y dejamos libre la nave enemiga, interrogué al portugués, el cual tenía un bello y sugestivo nombre: Campoamor.

—¿Por qué has abandonado tu equipaje? — le dije.

—Porque me gusta la carrera de pirata.

—Pero, querido mío, nosotros no somos piratas en el sentido que tú atribuyes a la expresión. Nosotros sólo detenemos las naves que son enemigas... de nuestros amigos.

—Está bien, — respondió Campoamor — mas lo hacéis de un modo que me place.

—¿Y sabes también, que si los holandeses te cogen, te cuelgan?

—Lo sé, pero para colgarme es preciso que me cogan y junto a los Tigres de Mompracem, la cosa es imposible.

—¿Por qué imposible?

—Por qué los Tigres no se dejan coger.

—¿Los crees, pues, invencibles?

—Los creo el diablo mismo.

Y Campoamor entró en las filas de los Tigres.

La aureola de terror que circundaba esta empresa la volvía extremadamente fácil.

De tal manera que mi noviciado de pirata transcurrió sin ningún acontecimiento notable.

Me parecía, incluso, que resultaba enojoso hacer el pirata con tanta comodidad, y deseaba con toda mi alma algún incidente que pusiera un poco de mayor riesgo en nuestra empresa.

Cuando me oía decir estas cosas, mi lugarteniente sonreía de una manera enigmática.

Ya mis lectores conocen a este hombre, este valentón que Sandokan me había dado por lugarteniente.

Era aquel que en mis novelas he presentado con el nombre de Tremal-Naik.

Algunos lectores de mis novelas, al encontrar de

nuevo este nombre, enarcarán las cejas por la sorpresa: "¿Cómo? ¿Tremal-Naik no es un personaje imaginario?"

No. Tremal-Naik y muchos otros héroes de mis novelas de aventuras no son personajes imaginarios... Mis historias han sido sólo en parte inventadas, pero en muy buena parte a veces, inspiradas en la verdad.

.....

Tremal-Naik era verdaderamente un hombre excepcional.

Agil y vigoroso, alto y con músculos de acero, este indígena cumplía con sencillez las más sorprendentes acciones. Jamás se ha visto una agilidad tan portentosa para trepar sobre un árbol, para asaltar el flanco de una nave, para dar caza a una fiera.

La energía de este joven Tigre, parecía alimentada por un inextingible ardor.

Poseía, además, un extraño poder sobre los otros Tigres. A la menor señal que él hiciera, se habrían lanzado todos sin vacilar en medio de las llamas.

Tremal-Naik me había iniciado en el oficio de pirata con un ardor espontáneo. Sonreía cuando me lamentaba de la excesiva tranquilidad con que se desenvolvía nuestra vida.

—No temas; — decía — cuando menos lo esperes acaecerá cuanto desees . . .

“Hasta aquí vamos con viento en popa, pero no creas que Inglaterra y Holanda pasarán mucho tiempo en esta tranquilidad. Ya nos darán que hacer!

—¿Crees que preparan alguna acción decisiva?

—Sin duda alguna.

Efectivamente, pocos días después, haciendo escala en Mompracem para dejar allí nuestro botín de guerra, supimos que uno de nuestros barcos había sido echado a pique por una nave inglesa, que una docena de Tigres habían sido hecho prisioneros y que a aquella hora quizás ya habrían sido colgados.

La noticia llenó de cólera a Sandokan.

Cuando el sultán despojado perdía alguno de sus Tigres, experimentaba un inmenso dolor que acrecentaba en él el odio contra Inglaterra y Holanda. Y entonces daba órdenes de que aumentase el número de asaltos a la nave enemiga.

En esta ocasión la cólera de Sandokan fué verdaderamente espantosa. Lo ví en su caverna, con los cabellos erizados, los ojos flameantes, apretar con rabia convulsa su cimitarra, mientras se paseaba de un lado a otro como un león enjaulado.

En esta circunstancia, su atención se fijó en Tremal-Naik y yo.

—¿Queréis vengarme en alguna forma de este escarnio? — dijo, con una voz en la que temblaba el furor. — ¿Qué me dices tú?

—No conozco más que un medio, Sandokan, — respondió el fiel amigo del ex-sultán.

—¿Cual?

—En la próxima ocasión hacemos prisioneros a un buen número de ingleses y holandeses.

—¿Para colgarlos?

—No, para tenerlos en rehenes permanentes. Si cuelgan a un Tigre colgamos nosotros a diez de los suyos. Diez dientes por un diente.

—Apruebo la idea, porque es demasiado atroz el dolor que me han hecho padecer — murmuró Sandokan.

Después, tras un momento de silencio:

—No ha sido mi costumbre inferir daño alguno a mis enemigos. Siempre me he contentado con coger el metal que me hacía falta; pero si quieren que Sandokan se convierta verdaderamente en el Tigre de la Malasia, Sandokan los complacerá. Pasado el primer ímpetu de ira, Sandokan sabía siempre recobrar su sangre fría, sin la cual le habría sido imposible preparar su vasta empresa que requería un frío criterio administrativo.

Me preguntó qué pensaba del comienzo de mi carrera de . . . pirata.

—El oficio — respondí — me parece fácil y tranquilo.

—En efecto, tú lo has dicho. Pero no te ilusiones. Desde este momento las cosas cambiarán de aspecto. Por las últimas informaciones que he recogido, parece que Inglaterra ha resuelto terminar conmigo y cogérme vivo o muerto.

—Eso no sucederá jamás! — exclamó Tremal-Naik.

—Gracias por tu fervor, Tremal-Naik. Espero que esto no suceda. Pero no debemos dormir. Es preciso aumentar nuestro botín de guerra, agrandando también el campo de nuestras operaciones. — Y volviéndose a mí, con una sonrisa:

—De ti espero buenos resultados, ya que odias tanto a Inglaterra.

—Es verdad.

—¿Has sido víctima suya alguna vez?

Ingenuidad me pareció el hablar al Tigre de la Malasia de mi primer amor y de la institutriz inglesa . . .

—Odio todos los pueblos que, so pretexto de civilización hostilizan a otros pueblos tranquilos — respondí con acento heroico.

Es inútil decir que mi singular experiencia en política fué bien estimada por Sandokan.

Al siguiente día debía comenzar una nueva cruzada por los mares indios acompañado por el valiente Tremal-Naik. Y en efecto, hicimos vela hacia un abordaje, cuyas consecuencias tanta importancia alcanzaron en mi vida.

XII

LA MISS DEL FRUSTINO

El barco enfilaba sobre las aguas del mar de Giava a buena velocidad, y yo estaba a la expectativa de que cualquier acontecimiento viniese a romper la monotonía del viaje.

Tremal-Naik permanecía absorto en sus pensamientos. Su mente recordaba quizás el tiempo transcurrido en las junglas negras, allá en su niñez, y acaso, a pesar de su energía, sentía también, como cualquier hombre, la angustia de la nostalgia... Mientras tanto, la canalla de los marineros cantaba la melancólica y extraña canción malasia para matar el fastidio que comenzaba también a invadirlos.

Era, en efecto, uno de aquellos días cuya inactividad completa, hace interminable la jornada a bordo...

Pero aquel día, la calma debía cesar.

El centinela lanzó el viejo grito que siempre sacude a los marineros:

—Una nave a la vista! . . .

Nos pusimos de pie. Las canciones malasias cesaron. Tremal-Naik abandonó sus nostálgicos pensamientos.

Pronto apareció por el horizonte un hilo de humo que anunció una nave a vapor con rumbo hacia nosotros . . .

—Bandera holandesa — exclamó Tremal-Naik.

—Lo que deseábamos — murmuré.

El amigo de Sandokan ordenó con voz enérgica:

—Cada uno a su puesto de combate!

Los tigres, con la agilidad que les distinguía, obedecieron la orden dispuestos a saltar al abordaje.

Sobre sus curtidos rostros, temblaba el violento deseo del asalto.

Sus manos temblaban con la fiebre de la próxima presa.

Venganza! venganza! Los Tigres que la Inglaterra les había cogido, les incitaban en aquella ocasión, a conducirse con extraordinaria ferocidad.

Si yo dijese que, no obstante mi deseo de probarme en el peligro, no experimenté en aquel momento una conmoción extraña. Mentiría, como un negro.

Pero supe contenerme. Entre tanto, Tremal-Naik, estimando oportuno el refrenar el impulso furibundo de sus hombres para evitar una horrenda carnicería (con qué suspiro de alivio escuché yo aquella orden!) — dijo:

—Tigres de Mompracem, no quiero sangre!

—Debemos vengar a nuestros hermanos — exclamó el más anciano de los malasios implorando con los ojos el permiso para vengarse.

—Los vengaremos — dijo Tremal-Naik, — pero no hoy. Estas son las órdenes de nuestro jefe y debemos obedecerlas.

Los Tigres sabían que debían obedecer. Sabían que Tremal Naik no podía transgredir las órdenes de Sandokan. Prometieron pues limitarse a coger el metal.

Caminábamos con viento en popa, y naturalmente avanzábamos con toda rapidez hacia la nave enemiga.

Los Tigres tenían ya prontas las canoas para lanzarlas al mar.

Cuando estuvimos a tiro de fusil, Tremal-Naik dió la señal del asalto. Los Tigres se lanzaron al agua dejándose resbalar por los flancos de la nave. En tanto los que quedaban a bordo, hacían descender las canoas en que los Tigres saltaban.

Nuestra maniobra se hizo de pronto sospechosa a la nave enemiga, la cual empezó a hacer señales con las que nos preguntaban qué hacíamos, qué pensábamos hacer, qué estábamos haciendo.

Naturalmente, no respondimos a aquellas preguntas.

Pero era cómo si hubiéramos respondido, porque las canoas del Tigre continuaban acercándose a la nave enemiga.

Como sucedía casi siempre, esta vez tampoco se hizo necesaria la violencia.

El equipaje del vapor holandés había comprendido: era preciso resignarse para evitar un encuentro con los temidísimos Tigres.

Apenas éstos, como ágiles simios, se subieron por los costados del barco, el capitán, convencido de que debía rendirse, preguntó por pura fórmula:

—¿Qué significa esto?

Demasiado bien sabía él lo que eso significaba.

Tremal-Naik respondió con irónica cortesía:

—Capitán, tengo el honor de anunciaros la visita del lugarteniente de Sandokan. Yo, precisamente. Luego os explicaré la razón de mi visita. Por ahora, declaro la nave como presa de guerra. Yo seguía ansioso la escena, mirando ávidamente con un anteojo marino, desde mi puesto en el barco.

Cuando los del holandés se dieron cuenta que eran nuestros prisioneros, se apoderó de ellos un indescrip-
tible espanto. Los Tigres, constreñidos por la orden
de Tremal-Naik, a refrenar sus impulsos de venganza,
se vindicaban a su manera lanzando a sus enemigos
espantosas miradas y amenazándolos con sus cuchillos.
Entre los pasajeros venían muchas mujeres y algunas de
ellas, a la vista de los Tigres, se desmayaron. El capitán
dió algunos pasos adelante con pasos que no me parecían
muy seguros. También él se dejaba llevar de la terrible fama
que por todos aquellos mares tenían los Tigres de Mompracem.

A la pregunta del capitán:

—¿Qué deseáis de mí? — respondió Tremal-Naik:

—Que os consideréis mis prisioneros, vos, vuestros tripulantes y vuestros pasajeros.

El capitán se puso lívido.

—Por algunas horas solamente — agregó Tremal-Naik — hasta que yo haya cumplido el penoso deber de aligerar vuestra nave de todo el metal que lleva. Terminada esta operación, la nave estará en libertad de seguir su camino... Debo, sin embargo, haceros una advertencia que sólo en vuestro beneficio redundará. A la menor señal de resistencia, los Ti-

gres de Mompracem, se lanzarán al asalto... ¿Me habéis comprendido?

El capitán callaba. En aquel momento, una joven pasajera se había puesto a su lado. Miró a Tremal-Naik con ojos desdeñosísimos, mientras una sonrisa de altivo desdén desfloraba sus labios. Tremal-Naik sin continuar explicándose, se quedó contemplando muy perplejo a la hermosa pasajera... No pude menos de sentir vivísima admiración por la valiente joven que, a diferencia de todos los que venían en el barco, demostraba en aquella ocasión un coraje maravilloso.

Era un bellissimo ejemplar de muchacha anglo sajona: alta y esbelta como un junco. Piel blanca, mórvida y sedosa como el pétalo de una flor. Su blonda cabellera, parecía de oro puro. Sus ojos profundos y expresivos lanzaban verdaderos relámpagos bajo los quietos arcos de sus cejas.

Tremal-Naik comprendió que en aquellos momentos se arriesgaba a perder parte de su prestigio si ponía en evidencia su perplejidad. Con un desesperado esfuerzo recobró sus energías y ordenó a sus hombres que comenzacen la requisición del metal.

—A la menor señal de rebelión — repitió — no habrá piedad para nadie!...

En seguida Tremal-Naik dirigió su mirada hacia la pasajera inglesa.

Cuando ella lo advirtió, le preguntó con imperio:

—¿Por qué habéis detenido vuestra nave?

—Para coger su metal, Miss,—respondió el indio.

—¿Para coger su metal, decís?—continuó con burlesca sonrisa. — Más exacto seríais si dijeseis que la habéis detenido para robar su metal. Pero es inútil discutir con quienes asaltan una nave de pacíficos pasajeros...

—Esta es una nave enemiga, y por lo tanto, legítima presa de guerra nuestra.

La muchacha se echó a reír a carcajadas.

—¡Ah, ah! creéis a lo que parece que el bergante a quien servís es un verdadero jefe de estado.

—Miss, él reinaba sobre un pueblo que se sentía feliz de servirlo y obedecerlo! — respondió ofendido Tremal-Naik.

—¿Pueblo? Cortadores de cabezas, querréis decir...!

—Que vuestros ingleses procuran exterminar para apoderarse de sus tierras!...

En los ojos de la Miss, apareció una violenta llama de ira: toda su persona pareció poseída de un inmenso desdén: no pudo dominarse y azotó varias veces

el rostro del indio con una varilla que tenía en las manos.

Yo, desde la nave, ví aquel gesto loco y sentí un gran terror. Tremal-Naik no era hombre para soportar una injuria semejante.

Pero felizmente no acaeció nada.

Tremal-Naik se pasó la mano por el vapuleado rostro y estalló en una gran carcajada.

—Miss, no he conocido en la jungle, tigres tan ágiles como vos . . . Mis congratulaciones . . . ¿Viajáis por placer?

La muchacha, confusa, murmuró:

—Voy en busca de un tío a Borneo. ¿Pero qué os importa?

—Quiero rogaros, mis, que aceptéis un puesto en nuestra nave . . . Un breve retardo en vuestro arribo a Borneo no puede ocasionaros mayor daño . . . Quiero que conozcáis a nuestros "cortadores de cabezas". Quiero que juzguéis con serenidad nuestra guerra contra los opresores. Vos, inglesa, tornaréis donde los vuestros, con bien distintos sentimientos . . .

La miss interrumpió violenta:

—¿Y si rehusara seguiros?

Tremal-Naik no respondió. Pero su silencio debió parecer elocuente a la muchacha, porque, golpeando el suelo con los pies, exclamó.

—En fin, ¿qué importa? Yo viajo para instruirme. Mayores cosas tendré que contar a mi tío...

Así, juntamente con el metal cogido, los Tigres trajeron a nuestro barco una presa estupenda: Miss Eva Stevenson.

XIII

EVA

Por todo el día, la orgullosa joven se mantuvo encerrada en la cabina que le habíamos designado.

A la hora de la cena, le mandamos decir que estaba libre para venir a comer a nuestra mesa.

Respondió que no sentía apetito, y que saldría más tarde para fumar un cigarrillo.

—Es soberbia, pero graciosa — dijo Tremal-Naik.

Y fijando sobre los míos sus ojos penetrantes, me dijo con una ligera ironía:

—Deberías hacer su conocimiento. Ve más tarde al puente.

—¿Por qué?

El indio alzó los hombros y pareció quedar absorbido en sus meditaciones. Por fin, murmuró con calma:

—Mientras más orgullosa es una mujer, más dulce resulta el lograr dominarla. Sois joven, querido amigo. ¿Por qué no lo intentáis? Sería ésta una victoria sobre la enemiga Inglaterra... Una gratísima victoria... Os aconsejo que hagáis un esfuerzo. Me diréis en seguida...

Respondí que la inglesita me era completamente indiferente, y que ciertas maniobras sentimentales no me gustaban. Pero, cuando hube terminado de cenar... me levanté de la mesa, y muy callandito subí hasta el puente. ¿Por qué? ¿Arrastrado de qué impulso? No lo sé.

Era una noche verdaderamente deliciosa y las constelaciones cintilaban en el cielo divinamente azul. En medio de aquella celeste claridad, la figura de la inglesa me pareció una imagen de ensueño.

—¿Sois vos el capitán de este barco? — preguntó la muchacha, viniéndome al encuentro y cogiéndome la mano.

—Sí, Miss—y estreché la pequeña mano de la inglesa con una gracia tímida de la que no me habría creído capaz.

—¿Pero no sois de estos lugares? — agregó, después de haber sacado un cigarrillo y haber aspirado largamente el humo oloroso.

—No, Miss, soy italiano!

—Ah! italiano! — Cambió inesperadamente el tono de la voz, y comenzó a hablarme en mi lengua con graciosa sencillez. — Conozco Italia. Estuve allí pequeña, cinco años, en Fiésole . . . Y vos, ¿sois florentino?

—No, soi veronés.

—No conozco Verona. ¿Es tan bella como Florencia?

—No lo sé. Para nosotros los italianos, todas nuestras ciudades son bellas . . . Cada cual tiene recuerdos y características especiales . . .

Siguió un breve silencio:

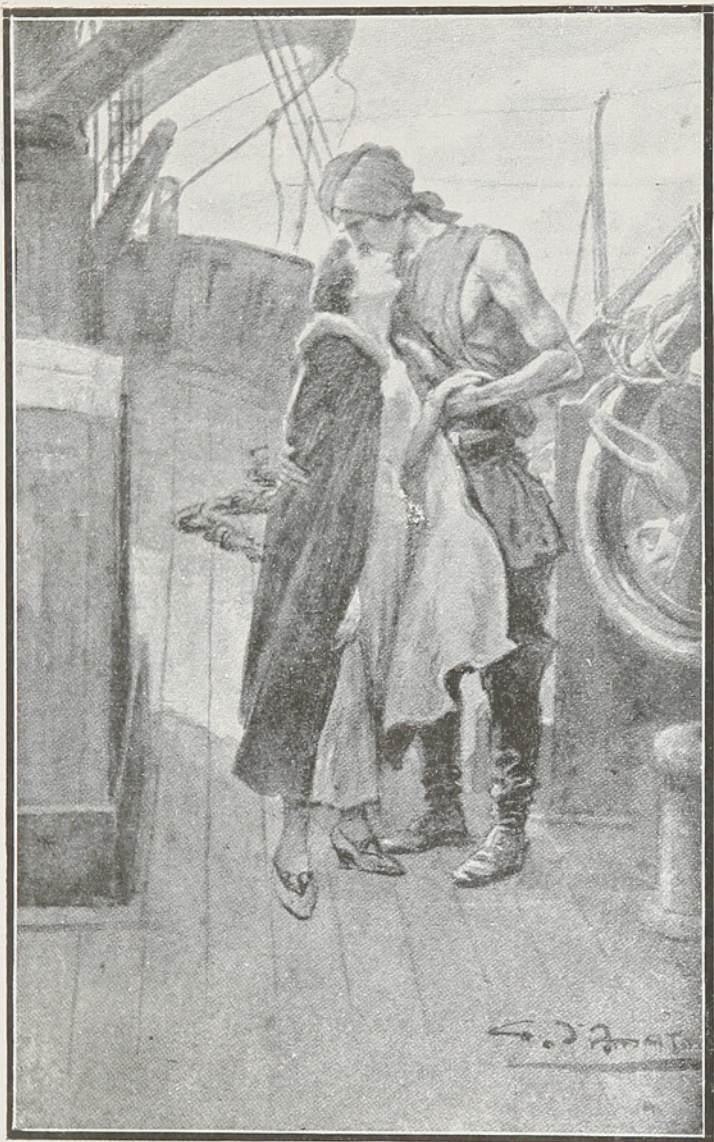
—¿Y por qué os encontráis en medio de los piratas malasio?

—Es una extraña historia, pero es inútil que os la cuente. Me encuentro aquí porque estoy enfermo de una tremenda enfermedad . . .

—Pues, poneos en cura!

—La enfermedad de la aventura . . .

—También la tengo yo. También la padezco. Yes. Desde pequeña, leía a Cooper, después a Mayne Reid . . . Pero antes de continuar, señor, os ruego pidáis excusas en mi nombre a aquel señor indio a quien golpeé con mi varita. Fué una imprudencia. Hice mal. Después de todo, quizás, acaso la causa



Y la aurora lo encontró en el puente todo conmovido...

de esta gente es justa. Soy una muchacha impulsiva, impaciente, pero no mala.

—Estoy seguro que el lugarteniente del rajah, agradecerá vuestra excusa...

Seguimos hablando en aquella paz, en aquel silencio, mientras el agua y el cielo continuaban su poema de amor.

Rogado por la Miss, conté íntegra mi historia: y me pareció que mis palabras distraían y conmovían a mi bellísima interlocutora.

El hecho es que, cuando terminé de hablar, ella acercó su rostro al mío, y con una voz sutil que no olvidaré jamás, aunque pasen mil años, me dijo:

—¡Me gustaría tanto pasar algún tiempo cerca de vos, y dividir con vos peligros y aventuras!

—Miss... ¿y vuestro tío?

—Mi tío esperará...

La muchacha echó al perfumado viento del alba una pequeña risa argentina.

Y el aura nos encontró sobre el puente del barco pálidos y conmovidos, pero con una improvisada alegría en el alma. ¡Salía el sol también dentro de nosotros!

XIV

LA SELVA DE LAS INSIDIAS

Inglaterra y Holanda habían intensificado la lucha para vencer al indomable Tigre de la Malasia.

Después de un período de intensa labor en el mar de parte de las naves de Sandokan para proveerse de los metales que le hacían falta, fué necesario disminuir los abordajes.

Muchos barcos fueron echados a pique en el Océano Indio por las naves enemigas; buena cantidad de Tigres fueron hechos prisioneros y colgados. Gran cantidad de tierras en las costas de Mompracem estaban rodeadas de soldados ingleses y holandeses y no era posible hacer por ahí escala.

Los barcos estaban obligados a pasar de largo. Especialmente, carecíamos de alimentos, y el equipaje arrastraba una vida precaria. Sandokan había debido

refugiarse más arriba en la montaña en una caverna que era un verdadero laberinto, desde la cual su estado mayor preparaba las guerrillas.

Muchos capitanes habían ya recibido la orden de abandonar sus naves en bahías seguras, y retirarse a los montes donde debían hacer frente al adversario en perpetua persecución.

Yo fuí uno de ellos. Y conmigo estaba Eva, mi dulcísima amiga.

* * *

Miss Eva...

Estas memorias no podrán entregarse al público sino después de mi muerte y de la muerte de aquella que, tras de mi retiro de la vida errabunda, fué la afectuosa compañera de mi dolorosa existencia...

Creo que no es necesario que yo insista sobre esta dolorosa necesidad... Todos comprenderán mi reserva.

Si en mis conversaciones privadas, jamás he hecho mención a esta parte verdaderamente extraña de mi historia, la razón es muy clara: no quiero que de este caso llegue el eco hasta mi familia, para no infligir un injusto dolor a la madre de mis hijos. Quizás si mis libros que han constituído la fortuna de mis edi-

tores, no les habrían enriquecido aun más, si yo hubiera podido declarar, que muchos de los argumentos de mis novelas, tenían una base de verdad. Mis Eva! . . .

Extraña y noble creatura! Mujer capaz de los más grandes heroísmos, de las más peligrosas aventuras! Alma viril en un cuerpo de niña . . . Pronta a la venganza y al olvido generoso . . .

Sandokan había naturalmente oído hablar de ello y quiso conocerla.

Por otra parte, era muy vivo en Miss Eva, el deseo de conocer al Tigre de la Malasia, ese hombre legendario, del cual se hablaba con tanta admiración en toda la India inglesa.

Yo la conduje a la caverna de Sandokan.

Fué aquella una tarde memorable para el Tigre de Mompracem que había rechazado un asalto enemigo: y Miss Eva había seguido la acción a mi lado con un ardor que había maravillado a todos . . . Vestida con traje masculino, era un Tigre bellísimo, con su magnífica cabellera recogida y sus pistolas pendientes de las caderas. Sus ojos ardientes revelaban su entusiasmo por el riesgo y por la lucha.

En presencia del temido Tigre de la Malasia, Miss Eva no perdió su sangre fría. Confirmó con sencillez

el episodio de la nave que habíamos asaltado y del golpe que asestó en pleno rostro a Tremal-Naik.

—Os he odiado, señor. Durante la travesía muchos pasajeros hablaban de vos como de un cruel cortador de cabezas; se decía que de ninguna manera queríais reconocer vos las ventajas de la civilidad inglesa y que era preciso suprimiros a todo costo. Yo participaba del odio que todos probábamos contra vos. Cuando el lugarteniente Tremal-Naik ordenó el asalto de la nave que me conducía donde mi tío yo sentí la necesidad de rebelarme. Todo el equipaje se había sometido. El capitán temblaba. Los pasajeros se aprestaban a obedecer sin replicar las órdenes del Tigre. Sólo yo quise hacer frente al ladrón...

Miss Eva esbozó una elocuente sonrisa.

—Pero yo fuí cogida como presa de guerra!

—Voluntaria — agregué yo.

—Comprendo — dijo Sandokan con acento malicioso. — Fué Ud. cogida como desquite... Pero el que salió ganando soy yo, porque he conquistado para mi causa al más gentil de los Tigres.

Sandokan regaló a Miss Eva un rico collar de perlas y una carabina finamente labrada, y agregó:

—Los tiempos son para mí muy difíciles. Dos naciones, una de ellas poderosísima, han jurado mi fin. Pero yo me llamo Sandokan y mis Tigres me defen-

derán contra todo el mundo... El momento decisivo ha llegado: es preciso retirarse a los montes y atraer al enemigo hacia la selva para ellos desconocida. Es preciso prepararles una gran emboscada: atraerlos hacia el país de la fiebre y de la desventura. Si venzo, queridos amigos, mi fortuna está hecha!

Sandokan se despidió.

* * *

Partimos al día siguiente con Tremal-Naik que mandaba trescientos Tigres y llevaba buena provisión de municiones, de víveres y de medicinas. Marchábamos hacia el monte continuamente estorbados por los soldados ingleses y holandeses. A veces me preguntaba yo por qué me encontraba yo en aquel riesgo y por qué no había buscado un desahogo más cómodo a mi fiebre de aventuras.

Íbamos por fin a satisfacer el intento postrero de Sandokan.

Yo estaba encargado de atraer al enemigo hacia la selva homicida.

Y el número de los míos era escaso. Un centenar a lo más, y todos rendidos y hambrientos. Sin embargo ninguno se quejaba. Los Tigres estaban satisfechos de sufrir por su jefe.

* * *

Habíamos atraído al enemigo con nuestras huellas... Pero mientras la parte más numerosa de los secuaces de Sandokan se había situado cerca de los anglo-holandeses, un grupo pequeño entre los cuales estábamos nosotros, debía refugiarse al margen de una floresta. ¡Pobre Miss Eva! Había hecho esfuerzos sobrehumanos, demostrando un temperamento excepcionalmente vigoroso; pero cuando llegó a la selva estaba hecha un puro andrajo.

Nuestra reserva estaba exhausta. No teníamos víveres. Los Tigres sobrevivientes debían servirse de las últimas municiones para dar caza a los animales comestibles...

El enemigo no nos había seguido, pero a nosotros no nos quedaba otro camino que la selva atravesando la cual, encontraríamos la playa donde según las órdenes de Sandokan, nos esperaba un barco.

Pero atravesar la selva no era cosa fácil.

Los Tigres que hacían de guía, nos aseguraban que la selva era peligrosísima, tanto por los miasmas pestilentes cuanto por los animales feroces que la poblaban.

Sin embargo, no podíamos elegir otro camino.

Volver no era posible, y además era necesario llegar al barco que nos esperaba.

Nos contamos. Habíamos disminuído más todavía. Apenas si quedábamos cincuenta. Entre éstos, el portugués Campoamor, que había querido venir con nosotros, y el indio Mutri, agilísimo y valerosísimo Tigre que conocía la selva y que nos era fiel.

* * *

Fué en esta ocasión cuando me tocó asistir a un espectáculo verdaderamente espantoso, y del cual he hecho mención en varias de mis novelas.

La noche era magnífica.

La luna derramaba torrentes de azulosa claridad, cubriendo una franja del terreno con su acuoso resplandor. En lontananza mugía un río y de la parte de aquél, llegaba hasta nosotros una fresca brisa, que hacía temblar la gigantesca copa de las palmeras, de los cocos y bananos salvajes.

El indio Mutri advirtió:

—Conviene seguir el río todo cuanto podamos.

Siguiendo el mugido del agua, llegamos al río. Era un extraño concierto el que llegaba hasta nuestros oídos. Las fieras, bajo el resplandor lunar, habían

abandonado sus cuevas y se dedicaban a la caza nocturna.

Extraños maullidos parecían provenir siniestramente del fondo de la selva y espantosos lamentos se propagaban por entre los arcos de verdura: quejidos, estridencias, rugidos angustiosos se sucedían en un fantástico concierto.

Miss Eva se apegaba a mí con frecuentes sobresaltos.

Mutri y los otros Tigres, acostumbrados a los ruidos de la selva no se preocupaban mucho de todo esto. Pero yo no estaba tranquilo: aquella música infernal, me impresionaba siniestramente. Parecía que centenares de fieras querían combatir furiosamente contra nosotros.

De improviso, la atención de Mutri pareció atraída por un nuevo suceso. Mutri se había echado en tierra para escuchar mejor.

Lo interrogué:

—¿Qué sientes, Mutri?

—¿No sientes tu también, señor, ese rumor extraño?

Me puse a escuchar.

—Sí, parece el rumor de una cascada — repuse.

—No, — dijo el malasio — deben ser gigantescos

paquidermos que vienen hacia acá. En todo caso, debemos tomar algunas precauciones.

—¿Y cuáles?

—Buscar algún albergue. Y no hay tiempo que perder!

En efecto, el extraño rumor se venía acercando.

Rapidísimo, Mutri trepó sobre un árbol, y con una agilidad que cualquier acróbata le hubiera envidiado, se dejó colgar de un pie y cabeza abajo, nos tendió las manos.

—Trepaos, Miss Eva, señor!

Yo la alcé en los brazos, y Mutri la aferró tirándola de sí.

En seguida nosotros buscamos albergue en los árboles vecinos, colocándonos todos a algunos metros de la tierra.

Entretanto, el fragor aumentaba rápidamente. Se escuchaba caer árboles y aplastarse de ramas, como al paso de una horribilísima tempestad.

Son búfalos salvajes los que avanzan. Ay! si se dan cuenta de nuestra presencia, arrancarían en un segundo los árboles en los cuales estamos refugiados. Nadie haga fuego y mantenerse todos bien cogidos de las ramas.

Una treintena de búfalos gigantescos, avanzaba con un bullicio infernal, abriéndose paso en la selva

con grandes golpes de su cabeza armada de feroces cuernos.

En lontananza se escuchaban rugidos numerosos.

Parecía que un espantoso ciclón arrasaba la selva.

Como otras tantas catapultas, los pesadísimos animales, arrollaban cuanto encontraban a su paso, dejando en su camino devastación enorme.

Y esto no era más que la vanguardia.

El resto, compuesto de un centenar de hembras con una veintena de cachorros, desfiló en grupos, aprovechando los claros que hacían los machos delante de ellas.

La emigración había terminado. Descendimos.

Pasado el peligro, reconocimos las ventajas de la emigración.

Nos habían abierto la entrada de la selva sin obligarnos a bordear el río. Tranquilos ya, procuramos descansar un rato.

Pero un peligro mucho mayor nos aguardaba.

Las noches de la selva tropical son terribles.

De sus árboles, de sus arbustos, de sus plantas todas, se emana sutil veneno que envenena la sangre del hombre.

Parece como si la selva quisiese defender su virginidad. Quiere conservar su impenetrabilidad intacta, y cuando el hombre, a golpes de hacha y con incen-

dios devastadores se abre paso en sus intrincadas espesuras, se venga haciendo penetrar en su cuerpo adormecido el veneno de sus infinitas plantas maléficas.

La selva no ama al hombre que viene a sorprender su profundo secreto. La selva odia la civilización. Se opone a su camino con la barrera de su silencio vegetal, pero mucho más todavía con los venenos que difunde.

* * *

Nos levantamos en la mañana, admirando el magnífico espectáculo de la aurora, acompañado de un delicioso concierto. Las fieras de los espantosos rugidos, satisfechas con la buena caza nocturna, dejaban en libertad a los pájaros de variados plumajes y cantares, que demostraban bulliciosamente su inmensa alegría de vivir.

Mis Tigres buscaban frutas salvajes, porque aun nos separaba del mar un buen espacio de terreno y debíamos pensar en los víveres.

Mutri dijo:

—No debemos fiarnos mucho de la huída de los búfalos salvajes. A veces suelen volver sobre sus pasos.

—¿Lo crees así?

—Ha ocurrido como lo estoy diciendo muchas veces. De todas maneras los sentiremos aproximarse y nos pondremos en salvo.

Los Tigres tendían mientras tanto, a mis Eva, las más hermosas entre las frutas que habían cogido. Pero ella no pudo llevarse a la boca la pulposa fruta.

Se había vuelto horriblemente pálida.

Una repentina inquietud se apoderó de mí.

—¿Te sientes mal, Eva?

Miss Eva movió la cabeza con gesto negativo.

—No dices la verdad, Eva. Estás enferma...

Miss Eva quiso alejar de mí toda sombra de duda.

—Prosigamos el camino — dijo con resolución. — No tengo nada... Todavía me siento fuerte... El mar está muy cerca: Sandokan desea que lleguemos pronto al barco.

Proseguimos el camino.

Pero el mar estaba todavía lejos. Un doloroso sentimiento me había asaltado. No habría podido decir precisamente cuál era. Pero tenía miedo. Un miedo como nunca lo había sentido en mi vida.

XV

LA SEPULTURA EN LA SELVA

—Eva, te sientes mal? — le dije aun cogiéndole una mano.

Sonrió ella estoicamente y me dijo que no con la cabeza.

—Me escondes el sufrimiento que te aflige — le dije. — Tu pulso está agitadísimo... tienes fiebre...

—No, Emilio. Es un malestar pasajero — repuso la querida joven, procurando dar alguna firmeza a su voz. — Prosigamos nuestro camino. Lleguemos hasta el barco.

—¿Todavía te sientes fuerte para caminar?

—Sí... sí...

Pero no era verdad. Ella avanzaba, pálida y exhausta.

Mutri se ofreció para llevarla sobre sus espaldas. Ella aceptó.

Caminamos así durante algunas horas, siguiendo las huellas de los búfalos, pero en un cierto punto, ésta se desviaba. Los búfalos habían tomado una dirección transversal a la que nosotros deberíamos seguir para llegar hasta el mar. Nos vimos obligados a seguir la vía de la intrincada floresta, y abrírnos paso a golpes de hacha. No podíamos avanzar sino muy lentamente a pesar de los esfuerzos de todos los Tigres, que querían apartar a mis Eva de las insidias del bosque.

El crepúsculo caía.

Hicimos alto en un breve claro para pasar la noche. Se tomaron todas las precauciones estimadas necesarias para ahuyentar el peligro de las fieras. Los Tigres se colocaron en círculo alrededor del claro. A la menor señal de peligro cualquiera de ellos daría la alarma.

El terrible coro de la selva comenzó. Las fieras tor-
naban a la caza nocturna. Sus alaridos ponían en mi ánimo una ansia que iba siempre en aumento.

Miss Eva, a quien habían colocado cerca de mí, me tenía cogido entre sus brazos, procurando disipar el tormento que me acongojaba.

Sus carnes temblaban, y su respiración se hacía cada vez más silvante y afanosa.

¡En qué desesperación caí yo, Dios mío!

No sabía nada de nada. Para mí cesó el coro ululante de la selva. No sentía sino el angustioso respirar de la heroica criatura.

Este ruido leve y terrible parecía dominar el ritmo espantoso de la selva.

—No morirás... no morirás, Eva querida, exclamaba entre la más angustiosa desesperación.

—No, no moriré... — balbuceaba. — No puedo morir. Quiero ver el amanecer en nuestro barco... como aquella vez...

Y ni una medicina, ni una!

Estaba condenado a asistir impotente, a esta terrible agonía!

La fiebre aumentaba... y parecía devorarse a la bella criatura que se había sacrificado por mí!

—¡No te morirás, no te morirás! — gritaba loco de desesperación.

Sentí sollozar a mi lado y me volví. Era Campoamor el que lloraba.

Sobrevino el delirio.

Frases incoherentes se escapaban de la boca de la joven. Nombres para mí desconocidos, episodios lejanos y recientes y una frase como un ritornello: "El

amor . . . siempre . . . y después la gloria de morir!"

En su delirio, pasaban por su mente caída en la inconsciencia, visiones de batallas y de asaltos.

Y entre tanto, yo cubría su rostro de besos.

Habría querido infundirle mi vida, y dar toda mi juventud por salvarla! Si hubiera podido morir yo en su lugar en la inhospitalaria selva, y la buena y generosa criatura hubiera podido encontrar el camino del regreso hacia la casa y la familia que la esperaba!

Transcurrían las horas en doloroso martirio. El alba hacía palidecer el cielo hasta la lividez. Aquella fué el alba más trágica de mi vida!

* * *

Los Tigres habían abandonado sus puestos de guardia, y rodeaban a la moribunda. El coro encantado de los pajarillos había sucedido al horrible coro de las fieras. Yo miraba el querido semblante, que se ponía cada vez más blanco, y me parecía que una mano de fierro me apretaba la garganta y el corazón . . .

De repente, la joven fué sacudida por un temblor: volvió los ojos, la boca, se puso rígida lentamente. Había muerto, sin emitir un solo quejido.

Me pareció, aunque seguramente no fué más que una ilusión de mis sentidos, que el coro loco de los pa-

jarillos, cesó. Una onda de conmoción parecía atravesar toda la selva.

Me sumergí por largo tiempo en una silenciosa plegaria.

* * *

Los Tigres cavaron una profunda fosa: Miss Eva fué depositada en ella, envuelta en todas las mantas que poseíamos.

Aquella sepultura, en aquel silencio, en aquella soledad y bajo aquel follaje, tenía algo de solemne.

Mis pensamientos se serenaban poco a poco.

Pensaba que el alma pura de mi compañera se había transportado a una existencia más bella y luminosa; me parecía sentir un salmodiar lejano.

—Pronto me iré contigo! . . . — murmuré.

Llenamos la fosa.

La cubrimos de flores salvajes.

En el corazón de la selva devoradora, hay ahora una tumba, sobre la cual podrá leer cualquier valiente explorador que por allí se llegue, tallada en el tronco de un árbol, esta simple inscripción:

“EVA STEVENSON — ruega por nosotros”

La selva quiso para sí el cuerpo bellísimo de la mujer, pero no pudo retener su alma.

El alma de Miss Eva no está sepultada en la selva. Atraviesa los mundos de la eterna bondad.

... Continuamos el camino en silencio.

Ninguno osaba decir palabra. Ninguno temía ya la insidia de la selva.

Caminábamos como sonámbulos...

Después de tres días de marcha, un largo rumor nos arrancó a nuestro letargo.

Era el ruido del cañón.

¿Qué había pasado?

¿Nos cercaba acaso el enemigo?

Los cañonazos provenían de la playa, donde debería encontrarse el barco.

Mutri se puso a escuchar.

—Señor... alguno avanza por la selva — dijo.

Escuchamos todos.

—Sí... alguien avanza — repetí.

—¿Nuestros enemigos, tal vez? — nos preguntamos.

—No creo — reflexioné. — En todo caso haremos pagar caras nuestras vidas.

El rumor se aproximaba cada vez más.

XVI

EL SECRETO DE CAMPOAMOR

Suspendimos la marcha y nos pusimos a escuchar atentamente.

Repetidos golpes de hacha nos decían que no nos habíamos equivocado. Varios hombres avanzaban en dirección a donde nos encontrábamos nosotros.

De repente cesó el rumor. ¿Qué había sucedido?

—Es probable que hayan advertido nuestra presencia — dijo Mutri — y están aguardando!

Alzó el hacha y la dejó caer por tres veces sobre un tronco de árbol. Se detuvo un instante. Repitió la misma maniobra. Otra pausa y los mismos cinco golpes repetidos.

Poco después, un número igual de golpes de hacha le dieron la respuesta.

—¡Son de los nuestros! — gritó Mutri.

—¿Cómo lo sabes? — dije.

—Lo sé, porque los golpes que habéis oído son las señales convenidas por nosotros para el caso que nos encontráramos en la selva.

Mutri se puso a gritar en su lengua malasia y en la misma le contestaron sus amigos.

El rostro de Mutri se anubarró.

—No tengo ninguna noticia buena que daros — nos dijo. — Sandokan y nosotros, estamos cercados.

Poco después, diez Tigres abandonaron la selva heridos y ensangrentados.

Vagaban por la selva hacía ya dos días buscando nuestras huellas.

Los había enviado Sandokan con un mensaje para mí.

Lo leí. El mensaje decía poco más o menos:

“El enemigo nos ha cercado. Pero de la parte de la isla de la cual esta carta procede, sus líneas se hallan muy adelgazadas. Tremal-Naik las ha hecho pedazos, y os espera en el barco, donde ambos aguardaréis mis órdenes, en una zona alejada del peligro. Confío en que podréis llegar de cualquier manera a la playa donde os atiende vuestro barco. Tremal-Naik está encargado de aprovisionar de alimentos a mi ejército... Os prevengo que las flotas holandesa e inglesa unidas, han bloqueado la salida. Valor y fortuna! Sandokan”.

—Valor y fortuna, — exclamé. — El valor lo tengo . . . pero la única fortuna, para mí, sería en encontrarme con Eva.

En seguida, con los diez nuevos Tigres proseguimos el camino y nos internamos a medio día en la selva.

Llevábamos diez hombres a la vanguardia. Los disparos que luego se hicieron sentir, nos avisaron que ya los nuestros estaban en contacto con el enemigo, y que éstos debían estar escalonados desde las márgenes de la selva hasta el mar.

—¡Adelante! — grité. — Necesitamos atravesar las filas inglesas! Adelante!

Los Tigres no tenían necesidad de que los incitaran mucho. Una furiosa cólera los invadía. No veían el momento de poder aplastar cualquier cabeza enemiga. Yo, Mutri y Campoamor nos pusimos en el mando y seguidos de los Tigres, lanzamos horrendos gritos, que contribuían a aumentar nuestro furor y el miedo en el enemigo, mientras nos lanzábamos en loca carrera en medio de las filas de los adversarios. Fué una audaz carrera que impresionó al enemigo, el cual sentía todavía los efectos de la reciente lucha con Tremal-Naik.

Por más que ahora procuro encontrar los detalles de aquella inverosímil aventura, no acierto a encontrar

en mi memoria sino un conjunto de horrores y alaridos . . . espantosos cuerpo a cuerpo. Veo a mis Tigres blandir sus espadas malasias en forma de llama. Veo cabezas de soldados caer en medio de la pólvora con un sordo ruido, veo el terreno rojo de sangre . . .

El enemigo atacó con valor en un principio. Nuestro número era bastante exigüo y esperaban dar pronto cuenta de nosotros. Pero cuando vieron rodar por el polvo la cabeza de algunos de sus capitanes, fueron invadidos de un loco terror. Ante sus ojos, los Tigres debían multiplicarse como negros demonios . . . El enemigo emprendió la fuga dejándonos la vía libre hasta el mar . . .

—¡Victoria! — gritó Mutri.

Campoamor lanzó un rugido apoyándose en el brazo de Mutri. Una bala le había herido, y no podía tenerse en pie.

Mutri, que era fuerte como un búfalo, lo cargó en sus espaldas . . .

Corrimos hacia la bahía donde estaba todavía el barco: vimos todavía, mientras nos acercábamos, huir a algunos soldados que lo ocupaban. La vista del vencimiento de sus compañeros los había aterrado . . .

Subimos al barco.

Mientras Mutri llevaba a Campoamor a una cabina, yo inspeccionaba el barco, para cerciorarme de que

no nos aguardaba ninguna sorpresa ni había por allí ninguna mecha prendida dispuesta a hacernos estallar.

Los Tigres gritaban de felicidad, ebrios con la reciente victoria y asaltaban los alimentos que el enemigo había dejado abandonados sobre la nave.

El barco levó anclas.

—No tentemos lo imposible — dije, mirando hacia el horizonte.

En efecto, en lontananza se perfilaban las naves inglesas y holandesas, que se acercaban a nuestro barco para hacernos pagar cara nuestra victoria en tierra.

—Es necesario tentar lo imposible — dijo Mutri.
—Por otra parte, no podemos hacer otra cosa, y este viento es de buen augurio.

Justamente, un agradable viento venía del sudoeste, y daba en plena popa a nuestro barco que se puso a caminar hacia esa gran locura. Porque se necesitaba estar verdaderamente loco para lanzarse así en medio de dos flotas enemigas, la inglesa y la holandesa, en el absurdo intento de ganarles también en el mar... En fin, hágase siempre la voluntad del destino!

Y aguardé la muerte, invocándola.

Caía la noche inesperadamente porque estábamos próximos a aquella zona tropical, donde el día y la no-

che alternan sin la tregua del crepúsculo y la aurora. Pero las dos malvadas flotas pusieron en súbita acción sus reflectores buscando entre las tinieblas, la miserable cáscara que nos transportaba.

Partió un cañonazo de una nave inglesa.

Fué la señal de un furioso bombardeo. Caían los proyectiles alrededor de nuestra nave, sin hierirla y rozándola apenas.

Parecía que su propia debilidad lo preservaba.

El imposible comenzaba. La nave enfiló velozmente tras los dos focos enemigos. Yo estaba casi desmayado de estupor. La absurda tentativa comenzaba, en medio de los nuevos gritos de victoria de los Tigres.

Estábamos libres.

Y salvos. El mar no había escuchado mis votos.

* * *

Me sentí tocar el brazo: era Mutri.

—Campoamor se muere — me dijo. — Vamos a cerrarle los ojos!

Bajamos a la cabina. El moribundo me miró con una larga mirada llena de tristeza. Me cogió una mano... Una frase ligera como un soplo, salió de sus labios.

—Primero me reuniré yo contigo, Miss Eva!

No habló más. Se moría.

Subimos de nuevo al puente.

—¡Pobre Campoamor! — murmuró Mutri. — Ha querido revelarte un secreto que tú no has comprendido.

—¿Un secreto?

—Sí, ahora lo puedes tú saber.

Una luz se hizo en mi cerebro.

—¿Estaba enamorado de Miss Eva?—dije.

Mutri bajó la cabeza en señal de afirmación.

—¿Él te lo dijo?

—Sí, estaba desesperado. Se volvía loco y quería confesártelo todo para que lo castigaras.

—¿Castigarlo?

—El infeliz se creía culpable, aunque no hubiese manifestado su secreto ni siquiera a Miss Eva.

—¡Pobre Campoamor!

Le dimos sepultura en el mar. Cuando le hicimos descender al fondo del océano, una gran angustia me apretó la garganta. Me parecía que con él, desaparecía una cosa más del recuerdo de Eva.

.....

La nave continuaba avanzando llevada por el viento favorable. Nos avencindábamos a la posición geográfica indicada en el mensaje de Sandokan: en aquella zona del mar, debería encontrarse el barco que con-

ducía Tremal-Naik, el valiente lugarteniente, que las incidencias de la guerra habían separado de mí.

Era el alba.

Yo y Mutri nos habíamos adormecido en el puente en un breve sueño.

El centinela exclamó:

—Una nave a la vista!

Nos pusimos en pie y cogimos los anteojos.

—Es la nave de Tremal-Naik — exclamó Mutri.

La bandera de señal estaba alzada.

Poco después Tremal-Naik abordaba nuestra nave.

No nos veíamos hacía tiempo. Le abracé.

Tremal-Naik no había mudado mucho de aspecto. Conservaba su indómita energía.

Nos dijimos en pocas palabras cuanto nos había acaecido.

El indio escuchó en profundo silencio, el relato que le hice de la muerte de Miss Eva. En seguida me dijo:

—La muerte de aquella querida niña es para nosotros un siniestro presagio! Que ella repose en paz por la eternidad! — y agregó: — La condición en que Sandokan se encuentra es muy difícil... Él se ha ocultado en otra parte de la isla, más hacia la montaña... Sus tropas carecen de víveres y de municiones. Si no le llevamos alguna ayuda, estará perdido.

El cerco en torno suyo, se apreta cada vez más. ¿Qué podemos hacer?

—Procurarle víveres — respondió Mutri.

—¿Y cómo procurárselos? — dijo Tremal-Naik.

—Eludir por ahora la policía del mar. Desembarcar y avanzar hacia la montaña — propuse.

Tremal-Naik aprobó. Se combinó una acción en el mar, si algún navío enemigo se ofrecía a nuestra vista.

Tremal-Naik volvió a su barco.

Por algunos días, llevamos a bordo una vida activa. Los dos barcos no se perdían de vista.

El vigía anunció por último una nave.

Era inglesa. Me puse en comunicación por señas con Tremal-Naik y nos dispusimos a la empresa.

Aunque esta vez, yo mandé que fuéramos al abordaje con la intención de proveernos no sólo de metales, sino de víveres, confieso que tuve que sostener para resolverme a ello, una lucha interna conmigo mismo. Pero la lógica de la situación me persuadió. Los enemigos procuraban vencernos a toda costa. ¿No era justo que nosotros nos defendiéramos a toda costa también?

El asalto a la nave inglesa se efectuó con la facilidad de siempre. No debimos luchar con resistencia alguna. Les quitamos todos los víveres y municiones que llevaban, menos aquellos necesarios al sustento de los

pasajeros hasta llegar al puerto más vecino. Por orden mía absoluta, no se tocó ni a los valores ni al dinero. El botín fué colocado en nuestras dos naves, que tomaron en seguida la dirección de la isla de Mompracem.

La atención de nuestros enemigos, estaba naturalmente inclinada a aquella parte de la isla, que se encontraba en mayor vecindad con el refugio de Sandokan.

La parte norte, en cambio, estaba completamente descuidada, aunque era de difícil acceso por el peligro que la costa ofrecía en aquel sitio.

Hicimos escala con grandes precauciones en el punto indicado por Sandokan y debimos ascender a la montaña para internarnos en la selva.

¿Pero cómo podíamos saber si el plano era acertado?

Se lo dije a Tremal-Naik.

—Sandokan — repuso éste — está dispuesto a entrar en la selva, y él verá el modo de que lo descubramos. Nosotros debemos esperar aquí que él nos envíe algún mensaje.

—¿Y si ese mensaje no llega?

—Si no llega, es señal de que Sandokan no ha podido lograr su intento y permanece todavía cercado en la montaña, y en este caso no nos queda otra cosa que

hacer, sino tentar una empresa difícil, por no decir desesperada: conducir nuestras naves hacia el sur, tentar de desembarcar, exponernos nuevamente a la línea enemiga y volver a ascender a la montaña.

Por fortuna no debimos recurrir a este último recurso de ejecución casi imposible. Al día siguiente, un centinela del Tigre, compareció a la bahía llevando la noticia de que Sandokan había penetrado en la selva.

En seguida entregó un mensaje para Tremal-Naik y yo, en el cual nos ordenaba que consiguiéramos a toda costa víveres para los suyos. Que una de las naves esperase el arribo de un nuevo capitán recientemente contratado y yo y Tremal-Naik, partiésemos en busca de otros víveres, sin los cuales sus tropas perecerían.

Sandokan terminaba el mensaje, diciendo que él jamás se entregaría a los enemigos y que si osaban venir por él a la selva, les haría un recibiento como se lo merecían.

* * *

Seguimos las órdenes de Sandokan. Esperamos el arribo del nuevo capitán, al cual cedimos una de las naves, dándole por lugarteniente al bravo Mutri.

Yo y Tremal-Naik, partimos en la otra nave hacia nuevas aventuras.

La partida no fué tranquila por mi parte. El recuerdo de Eva me angustiaba y sentía de repente un cierto cansancio de aquella vida errabunda y peligrosa: el deseo de volver a ver mi Italia y mi familia se precisaba poco a poco en mi corazón... Todavía no quería abandonar a Sandokan.

Esperaba aun en la restauración de su reino, en el cual caso, yo me habría asegurado un porvenir.

¡Quizás!...

Con semejante hombre, no podía decirse que una partida, aunque desesperada, fuese perdida.

Procuré hacer valor y apartar de mí tan tristes pensamientos.

XVII

EL NAUFRAGIO

En mi vida marinera, numerosas borrascas pusieron en peligro el leño que yo mandaba y mi valor y resistencia; pero yo quiero recordar una sola, porque fué ella, quien dispuso de mi futuro destino, y también porque fué espantosa.

Cuando lo recuerdo, me parece mentira que yo hubiera podido salvar de aquel cataclismo, la razón y la vida.

* * *

Con el fiel y valiente Tremal-Naik, recorrimos el archipiélago malasio en la afanosa caza de víveres para la tropa de Sandokan, que el cerco del enemigo mantenía hambriento.

La vida de los valerosos Tigrotes, defensores de los soberanos derechos de Sandokan, se confiaba especialmente a nuestra nave que hasta ahora había salido vencedora protegida de no sé qué fortuna, haciendo huir a las naves enemigas.

Nos hicimos a la vela aquella tarde sobre un mar amenazante, y bajo un cielo que nada bueno presagiaba para nuestro crucero.

Un malestar extraño me dominaba aquel día. No era un malestar físico, aunque el germen de la fiebre se había apoderado ya de mí. Era más bien un malestar moral cuya razón no se me alcanzaba.

¿Era acaso el cansancio de aquella vida en continuo peligro? No. El deseo del viaje y de la aventura permanecía vivo en mí. Era más bien una especie de remordimiento por lo que estábamos haciendo. Defendíamos de buena fe una causa que tenía y que tengo hasta ahora por justa y santa; y lo que hacíamos no era, pues, acto de piratería, sino acto de guerra. Y sin embargo . . . Y sin embargo, habría preferido dedicar mi fuerza, mi actividad y mi valor a una empresa diversa.

Y además, como ya lo he dicho, la nostalgia de la patria se había apoderado de mí. Conté algo de lo que sentía, pero el indio no me comprendió.

—¿Estáis cansado de esta vida? Ciertó — dijo — es fastidiosa.

—No es cansancio . . . Es que me parece que este continuo saqueo de naves . . .

—¿Saqueo? Pero es que tenemos que comer. Y si nuestros enemigos nos cercan así ¿qué vamos a hacer sino coger el alimento donde lo encontremos?

—Justísimo . . . pero.

—¿Qué creéis? Si los ingleses o los holandeses nos cogieran, seríamos ahorcados sin piedad en pocas horas.

—Sin embargo . . .

—Y entonces quiere decir que nosotros somos demasiado generosos con ellos, puesto que hasta ahora jamás hemos sido colgados — repuso Tremal-Naik.

La discusión quedó troncada. Algo tremendo se cernía sobre nuestras cabezas.

Nubes de gigantescas proporciones, cubrían casi enteramente la bóveda celeste, mientras la noche caía rápidamente.

De una calma insidiosa, pasó el viento a una violencia extrema, sacudiendo el mar hasta lo último del horizonte.

Ondas formidables coronadas de espuma, se formaban con una violencia fantasmagórica . . . Parecía que asistíamos a una batalla de gigantes.

El equipaje, primero indiferente, habituado como estaba a las tempestades marinas, comenzó a turbarse: el espectáculo verdaderamente terrible era tal, que habría podido infundir espanto en el ánimo más valeroso.

El propio Tremal-Naik había perdido su calma habitual. El espantoso progreso de la tormenta, aterraba. Se habría dicho que en torno a nosotros se preparaban los más horrendos castigos.

Fragor ensordecedor de truenos que recorrían el cielo entero. Nuestras lámparas iluminaban con un resplandor lívido el oleaje que parecía trabado en una batalla furiosa. El pobre barco, elevado a veces a altura vertiginosa, caía después de improviso en lo más profundos abismos.

Parecía que el universo entero estuviese convulso y que todos los elementos dinámicos de la tierra, se hubieran dado cita en aquel punto, para humillar el orgullo del hombre.

Quizás si el viento de la locura pasaba en medio de los bravos Tigrotes. Como presos de imprevista furia, se echaban a tierra gritando. Se golpeaban entre ellos, acusándose unos a otros de haber provocado aquel cataclismo. Nunca habían asistido a semejante fenómeno y pensaban en una misteriosa intervención del maligno.

Tremal-Naik amonestaba en vano a los Tigrotes para que no se mostraran tan miserables, pero él mismo comenzaba también a perder su sangre fría.

— ¡La nave se hunde! — gritaba.

— No todavía, — respondí. — Luchemos de cualquier modo.

Frente a aquella borrasca espantosa, yo me sentía en relativa calma.

Me había precipitado resueltamente a la cubierta para hacer un milagro: mantener en equilibrio el mísero esquife, para que pudiera hendir con su proa el mar salvaje. Pero era una empresa de locos.

Toda lucha era inútil. No había más remedio que entregarse al destino. Oré. La costa no estaba lejos, pero era imposible acercarse a ella. Un golpe de ola, destrozó el palo mayor, haciéndolo caer al mar.

El barco danzaba una loca danza sobre la cresta de las olas. Con un poderoso golpe de energía procuré llevar el barco hasta la costa, cuando una violenta ola arrojó al mar a algunos Tigres, chocando contra nuestro barco como un espantoso ariete.

Un boquete se abrió en el flanco y dejó entrar torrentes de agua en la estiva.

— Tremal-Naik — rugí — ordena a los hombres que corrijan el error.

A mis órdenes, pareció propalarse en el equipaje

una especie de calma enérgica. Muchos de entre ellos empezaron a luchar con inaudito esfuerzo para corregir el desmán de ola.

Pero todo esfuerzo resultó vano!

Una necesidad horrible de llorar se apoderó de mí.

Era el llanto de la desesperación. Todo estaba perdido. En pocos instantes más, estaríamos todos sumergidos en el fondo del océano.

Tremal-Naik se dirigió a mí.

—Capitán, la falla no puede remediarse. La costa está vecina. ¿Pero cómo podríamos llegar allí con todos nuestros hombres?

—Esa es justamente mi angustia, Tremal-Naik — respondí, con la garganta apretada.

—¿Y qué podemos hacer?

—Echar al mar las lanchas.

—Capitán — agregó Tremal-Naik — y cómo evitar que se desencadene a bordo una carnicería! . . .

En efecto, los Tigres habían abandonado sus puestos y se precipitaban atropelladamente a la cubierta. Todos sus feroces instintos, renacían bajo el influjo de aquella feroz tormenta.

Una lucha feroz comenzó entre ellos por acercarse a las chalupas.

Tremal-Naik, con los más fieles de entre los suyos, procuró en vano evitar aquella lucha feroz.

Pero inútilmente. Entonces grité:

—¡Sálvese quién pueda!

Yo y Tremal-Naik nos lanzamos al agua, sin pretender usar de las chalupas que los Tigres continuaban disputándose ferozmente entre ellos. El barco estaba casi sumergido, y las olas se abatían feroces sobre el pobre leño.

El espectáculo era verdaderamente trágico y el recuerdo de su espanto me dura todavía.

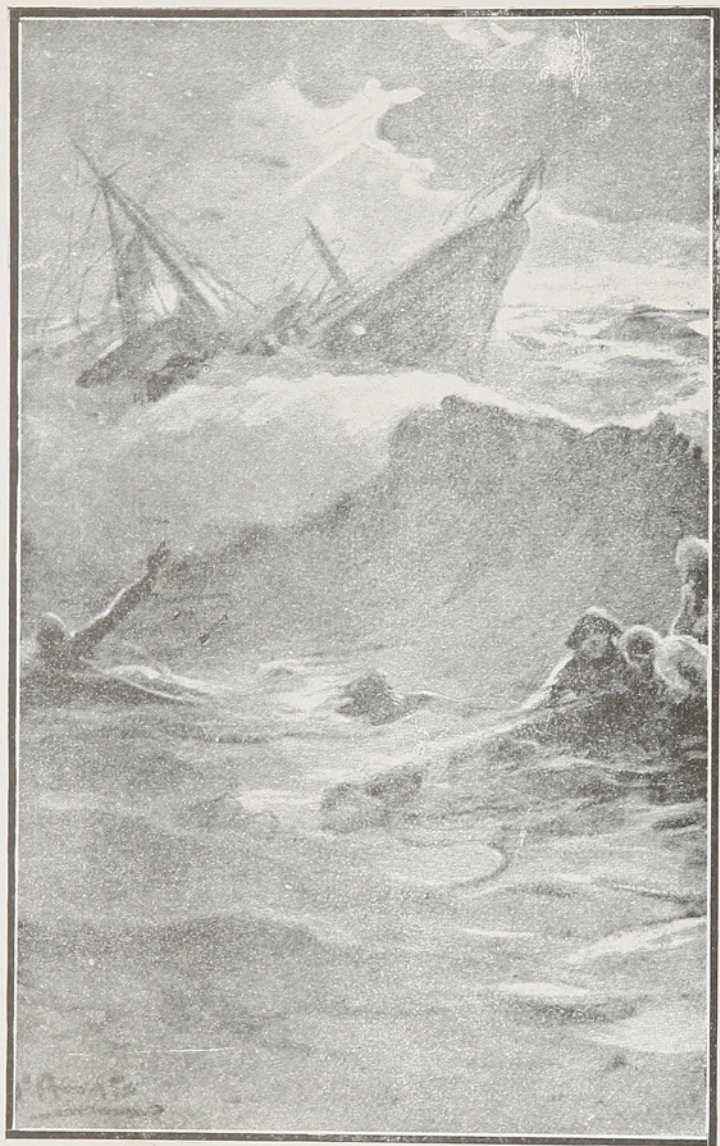
Los Tigrotes más valientes se lanzaban al agua, pero muchos de entre ellos desaparecían entre las olas. Algunos fueron lanzados sobre los flancos de la nave, mientras a bordo, continuaban disputando sobre el puente, los trozos de leños, a golpes de puño, y aun a cuchilladas.

Nosotros, con la desesperación en el alma, asistíamos impotentes a aquel espectáculo de horror.

* * *

Mientras tanto, la nave había comenzado a agonizar. En pocos instantes las olas habían alcanzado la orla exterior del puente. Y poco a poco se fué a pique arrastrando consigo unos sesenta hombres...

¿Qué habríamos podido hacer? Ponernos en salvo, puesto que íbamos a lo inevitable. Dirigimos un triste



Y poco a poco se fué a pique...

pensamiento a las víctimas que el océano se había tragado . . . y subimos sobre una chalupa que erraba sobre las ondas con algunos Tigres dentro, los cuales, por una misteriosa selección del destino, eran los más valientes y los más fieles. Nos pusimos a remar vigorosamente, y después de una noche interminable, alcanzamos la orilla.

Estábamos en salvo. ¡Pero a cuánto costo! Casi todo el equipaje se había perdido. Nuestra empresa se había truncado definitivamente.

—El destino ha querido salvarnos — dijo Tremal-Naik. — Eso es señal de que el destino quiere algo de nosotros.

Esta fe no logró, sin embargo, reanimarme. Yo sentí que se acercaba para mí el fin de aquella extraña vida de aventurero.

El cielo se había serenado. El océano se había vuelto tranquilo. Pero una tempestad terrible existía todavía dentro de mí. Y de improviso mi espíritu se volvió de pronto hacia la patria, hacia la familia y especialmente hacia mi madre.

Me parecía que una mano se posaba tiernamente sobre mi frente y que una dulce voz me decía:

—Emilio . . . ¿por qué has querido abandonarme?

Aquella mano me invitaba con su dulce presión a que me arrodillara.

Me arrodillaba, doblaba la cabeza. Oraba. No sé cuánto duró mi plegaria. Cuando levanté la cabeza me encontré con el rostro severo de Tremal-Naik.

Volvámonos a la selva — dijo con voz algo trémula. — Tenemos necesidad de sostenernos con algún alimento.

Nos encaminamos hacia el muro de árboles.

Sólo entonces me di cuenta que los Tigres habían hecho bien en traer consigo sus armas.

XVIII

LA "BAGH"

Tremal-Naik se ocupó de extraer de la magnífica palma llamada "santor", un exquisito jugo azucarado: practicando una breve incisión en su tronco, el jugo corría lentamente. Nos acercamos uno a uno a la benéfica corriente. El jugo del "santor" contiene elementos de tal manera nutritivos que en un mínimo tiempo, reparan la energía vital.

Me sentí de repente mejor, física y moralmente.

Proseguimos por el bosque en busca de frutas que encontramos en abundancia.

Caminamos casi todo el día. Pero cuando cayó la noche, una inquietud bien precisa apareció en algunos compañeros de desventura. Se lo dije a Tremal-Naik.

—Los tigres abundan en estos parajes — contestó

el indio — y son especialmente peligrosos durante la noche... Por eso algunos de nuestros hombres empiezan a mostrarse inquietos. Ello quiere decir que las fieras hambrientas no se darán tregua esta noche.

—Me parece exagerada esta inquietud — observé.

—¿Cómo exagerada?

—Montando una buena guardia y tomando nuestras precauciones, el peligro que podemos correr no me parece grave.

—Quizás tengáis razón, pero nosotros cuando cae la noche experimentamos temores que son más que todo, hijos de nuestra superstición.

—De todos modos, encenderemos un buen fuego — dije — y se montará la guardia por turno; al menor peligro estaremos todos listos y recibiremos como se merece a la señora fiera.

Acampamos rendidos.

Ordené que se encendiese un gran fuego.

El Tigrote Ketj fué el primero en montar la guardia.

Entrada la noche, un indio que había sustituido al buen Ketj, se precipitó gritando hacia nosotros.

—Señor! — dijo con voz emocionada — Tremal-Naik!

Despertamos sobresaltados.

—La "bagh"... la bagh... se acerca!...

Nos pusimos en pie.

No sé por qué, pero este anuncio, que arrojó en un angustioso terror a mis compañeros, me dejó indiferente.

Era la primera vez que las peripecias de mi vida de aventurero en playas salvajes, me colocaban frente al asalto de una fiera y era para mí interesante el tomar parte en el suceso. Porque, al fin, yo prefería combatir con fieras y no con hombres...

—Alimentad el fuego! — ordenó Tremal-Naik. — Estad todos prontos para saludar el arribo de la "bagh".

—Si está hambrienta — dijo Ketj — no se dará tregua en toda la noche... No se marchará antes de haber devorado a uno de nosotros.

—Es verdad! — confirmaron los otros.

—Estas malditas bestias feroces — dijo Ketj — cuántos estragos han cometido en la India! Hay aldeas donde han ocasionado verdaderas masacres!

—Eso contra los débiles, — exclamé — pero contra los hombres armados pueden bien poco las fieras.

Mi calma infundió valor a los Tigres.

—Por lo demás, ahora veremos, — agregué. — Si esta importuna bestia pretende turbarnos el sueño, le enviaremos un par de balas al vientre, sin consideración.

Entre tanto, la luna había salido, y arrojaba una gran claridad por todo el contorno.

Tremal-Naik con sus ojos de lince a los cuales nada escapaba, observaba el margen de la selva formado de árboles de troncos enormes y de follaje espeso y fortísimo, que alcanzaba la altura de unos quince pies.

Esta yerba constituía un óptimo refugio para las fieras que podían ocultarse muy bien.

—¿No ves nada, Tremal-Naik?

—Nada, capitán, — respondió el indio, procurando escrutar con sus ojos a través del follaje.

—Pues a mí me parece observar por aquel lado una ligera agitación y no creo que sea el viento . . .

—No capitán, el follaje está completamente inmóvil, y lo que tú ves, es una ilusión de tus ojos.

Un malasio que estaba cerca de nosotros, dijo de repente, dirigiéndose a mí:

—No te has engañado, señor, la "bagh" está cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Siento su olor.

—Si el malasio así lo dijo, la fiera está cerca, sin duda alguna, — dijo Tremal-Naik. — Su olfato no se engaña jamás: toda su inteligencia está en su nariz.

—Entonces, estaremos pronto para hacer fuego.

—Estoy seguro de mi puntería y mi pulso no tiembla.

El malasio repitió:

—La "bagh" está muy cerca.

Tremal-Naik miró el follaje con más atención.

—Ahora está emboscada.

—Y yo veo ahora que el follaje se mueve. Esta vez no es una ilusión de mi vista.

Como si la fiera hubiese comprendido que su presencia había sido descubierta, abandonó toda precaución.

Un rugido ronco y pavoroso salió de entre las espesas ramas. El tigre, a la vista del fuego y de los hombres que la acechaban, tenía miedo. Pero como a menudo sucede en el hombre, el propio miedo despertó su deseo de defensa.

Los rugidos de la fiera se hicieron consecutivos. Estos rugidos, llevaban el espanto al corazón de los Tigrotes. Pero estoy seguro que la fiera no sentía menos terror. En mi salvaje vida de mar y de tierra, muchas veces he hecho la observación que, los enemigos, en acecho uno del otro, experimentan ambos el mismo terror. Sin embargo, el que asalta el primero, es el que tiene más miedo.

La "bagh" tenía muchos buenos motivos para procurar atacar pronto. El primero de ellos, era el hambre. Si la fiera no hubiese estado hambrienta, su primer movimiento, habría sido darse a la fuga precipitadamente. El tigre no gusta, creo yo, del deporte de

la lucha: asaltar por el solo gusto de asaltar. Cuando se decide a este esfuerzo que para él no debe ser pequeño, es porque el estómago así se lo exige.

El hambre, el hambre y nada más, es lo que impulsa a la fiera al asalto.

Y no sólo a la fiera, sino también al hombre!

—Atento, señor, — gritó Ketj — la fiera está por venir.

—Le daremos la bienvenida — dije yo, manteniendo firme en la mano una espléndida carabina de bruñido puño. Era la carabina que Sandokan había regalado a mis Eva.

Pasaron algunos minutos de tensión terrible.

Durante cierto tiempo, un profundo silencio reinó en la selva. Después, el silencio fué roto por un rugido ronco y siniestro. Parece que la fiera había calculado el efecto dramático de aquel silencio, seguido del rugido verdaderamente espantable. Si el intento de la "bagh" era este, es preciso reconocer que lo consiguió del todo.

Una inquietud indecible nos invadió, aun a mí. El rugido de la fiera hambrienta, produce en el hombre un extraño efecto físico. Parece que toda la carne fuese recorrida por un calofrío de horror.

Sin embargo, en aquel momento, seguramente el mismo calofrío recorría las carnes de la fiera.

—La "bagh" avanza, señor, — dijo Ketj.

—Hela aquí — agregó Tremal-Naik.

A pocos pasos, entre los espesos matorrales, apareció el tigre.

Era un magnífico ejemplar de fiera: musculatura potente y grupa sólida. Uno de los más grandes y de los más espléndidos tigres reales que Tremal-Naik había visto hasta entonces.

El cuerpo enorme se contraía para saltar con más seguridad.

—¡Fuego! — ordenó Tremal-Naik.

Sonaron algunos disparos.

El tigre cayó a tierra, lanzando un rugido de dolor, pero luego, como recobrando toda su energía, dió un nuevo salto y alcanzó al malacio a quien apresó entre sus garras.

Una masa espantosa formaban el malacio y la fiera. El desdichado indio se debatía furiosamente entre las garras de la bestia herida.

Tremal-Naik con un prodigioso salto acudió donde estaba aquel espasmódico ovillo de miembros humanos y hundió su largo cuchillo en la oreja de la "bagh".

La fiera cayó fulminada.

Un suspiro de alivio se escapó del pecho de los Tigres.

Pero la "bagh" había hecho una víctima. El pobre malasio, había padecido la venganza de la fiera herida: pocas horas después, el desgraciado moría!

Cavamos una fosa y lo enterramos.

—¡Pobre malasio! — dijo Tremal-Naik. Tenía un extraordinario olfato para la "bagh"; pero la "bagh" debía tener también un extraordinario olfato para él. Lo reconoció como su adversario. Y herida de muerte encontró la manera de vengarse de él.

Continuamos nuestro camino en silencio.

Mi pensamiento estaba de nuevo con Miss Eva.

Como él, la valiente compañera de mis aventuras, yacía enterrada en el corazón de la selva.

¿Qué pasaba en mí?

Hacía pocas horas que caminábamos, cuando me sentí cogido por un extraño malestar.

La fiebre me atacaba, insidiosa.

¿La selva había esperado quizás hasta ese día para atender mis votos?

¿Habría llegado la hora en que debía seguir el destino de mi dilecta amiga?

Tremal-Naik observó:

—Hay fiebre, pero es ligera. No hay absolutamente ningún peligro.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro de ello.

—¿No crees entonces que me enterrarán aquí en la selva?

—No, tú debes vivir para defender todavía nuestra causa.

—¡Qué flaca defensa! — exclamé. — La última empresa fracasó miserablemente. Nuestra nave está perdida. Sesenta Tigrotes fueron tragados por el mar... Sandokan espera en vano nuestros refuerzos... ¡Qué desastre!

—Es cierto; los acontecimientos no han sido propicios para nosotros — respondió Tremal-Naik, — pero no por ello debemos perder nuestro valor. Debemos a toda costa llegar al campamento de Sandokan.

—Si es que a esta hora, no está ya prisionero del enemigo — murmuré.

—Ni aun en este caso, sería llegado el momento de renunciar.

—¿Qué dices?

—Si está prisionero, es preciso que procuremos salvarlo. Y Tremal-Naik tuvo un gesto de fiereza y de audacia. Luego se inclinó sobre mí y me dijo:

—¿Te sientes muy mal?

—No... me parece al contrario que la fiebre disminuye.

—Te había dicho que no era nada . . . Es difícil que un europeo atravesase esta selva sin ser herido insidiosamente por las fiebres. Pero tu constitución es fuerte, y has dominado el mal.

Mientras caminábamos a pequeñas etapas, el buen Ketj se entregaba a la caza de "argus", los cuales son unos pájaros magníficos, adornados de gran penacho, los que tienen una gran semejanza con nuestros faisanes.

Hicimos alto. Los tigrotes aptos para la cocina prepararon los "argus" para asarlos. Esto lo efectuaban de una manera simple e ingeniosa. Mi fiebre había cesado y un discreto apetito se apoderaba de mí, al olor de los pájaros asados. Continuamos el camino y nos internamos por una parte de la selva en que por la primera vez me fué dado contemplar un espectáculo interesantísimo.

Me había alejado un tanto del grupo para distraerme también cazando algunos "argus".

Pero a la primera detonación, un coro indescriptible de rugidos se extendió por toda la selva.

Era un imprevisto y grandioso concierto.

La primera idea que se me vino a la imaginación, fué que había caído en medio de una tribu salvaje y que aquellos gritos no eran otra cosa que la señal de un inminente ataque.

El pensamiento de morir devorado por aquellos salvajes no me pareció muy agradable. Confieso que en aquellos momentos, tuve mucho más miedo que cuando me ví frente a la fiera.

Me dí a la más precipitada fuga, procurando acercarme a mis compañeros.

Los feroces rugidos, aumentaban entre tanto de intensidad.

—Tremal-Naik, Tremal-Naik! — grité angustiosamente.

—¿Qué sucede? — gritó mi lugarteniente saliendo de entre un próximo follaje.

Una sonrisa erraba sobre sus labios.

Aquella sonrisa me pareció sumamente extraña y fuera de lugar.

—¡Somos asaltados por una tribu de salvajes! — le grité pasmado de su tranquilidad.

—No, capitán.

—¿Pero no sientes sus gritos? Todos están armados. Es preciso defenderse.

—Estás equivocado—dijo Tremal-Naik, riéndose.

—Estos rugidos no deben infundirte ningún temor.

Los gritos, sin embargo, aumentaban de intensidad y se hacían espantosos.

—Has turbado con tu carabina la tranquilidad de millares de "budengs".

—¿Qué son "budengs"?

—Budengs, son los buenos budengs — respondió riendo Tremal-Naik. — Mira.

Y con la mano me señaló, un espeso grupo de arbustos, donde se produce una especie de enorme naranja.

Entonces ví en medio de las ramas, agitarse una cantidad de bellísimos monos de piel negra y brillante, con la cabeza cubierta de un fino pelambre que se prolongaba hasta las mejillas formándoles una especie de barba muy graciosa.

Los gritos cesaron poco a poco. Los budengs se quedaron quietos, como los había visto primero Tremal-Naik, antes de que yo los espantase con mis disparos. Y, pacíficos habitantes de la selva, volvieron a sus extraordinarios ejercicios de acrobacia, colgándose de las ramas con sus largas colas.

Las extrañas bestias, tenían un aspecto verdaderamente humano: parecían barbudos filósofos, que por dar solaz a sus largas meditaciones, se entregaran así a tan extraños ejercicios de agilidad. Era un espectáculo que hacía reír y meditar al mismo tiempo.

Los budengs, — dijo Tremal-Naik, — son los más pacíficos monos de este mundo, pero cuando alguien los espanta con algún disparo, lanzan tan espantosos

gritos, que no es raro que puedan aterrar así a un europeo.

—¡Te confieso que ha habido un momento en que sentí un verdadero terror!

—Lo he visto — dijo Tremal-Naik, — pero no eran sino pacíficos budengs que tuvieron miedo de tí o al menos de tu disparo. Porque ellos no temen al hombre, sino cuando le sienten hacer cierta música... que debe resultar poco grata a sus oídos.

—Como resulta poco grata para los nuestros...

—Los budengs sufren una desgracia...

—¿Cuál?

—El poseer una carne demasiado apetitosa. De tal manera que muchos cazadores los suelen coger.

—¿Para comerlos?

—Ciertamente. Y por eso es que gritan de terror cuando escuchan un disparo de carabina. Saben que eso no presagia nada bueno para ellos.

—Pues se pueden envanecer de haberme hecho pasar un momento bien desagradable — dije.

* * *

La aventura de los budengs había producido cierta alegría a la comitiva.

Se reanudó la interminable marcha por entre las selva.

Los malacios son infatigables caminantes: parecen dotados en este sentido en forma excepcional.

Les basta para ello con una hora de sueño y con un poco de jugo azucarado de santor. Con tan frugales refrigerios renuevan cada vez su indomable energía. Pero yo no estaba dotado con esta prerrogativa fisiológica. Yo no lograba como ellos dar esos saltos propios de verdaderos acróbatas, y penetrar sin pincharme con ninguna espina por aquellos intrincados ramajes. Caminaba como podía. Las pocas horas de reposo no eran suficientes, para aliviarme de la fatiga. La fiebre no me daba tregua sino de cuando en cuando, y su maligna insidia disminuía más aun las fuerzas de mi organismo.

Después de algunos días de esta terrible marcha forzada, me sentí agotado. Según los cálculos de Tremal-Naik, que en aquella materia era verdaderamente infalible, nos faltaban aun cuatro días para llegar al campamento de Sandokan, siempre que los ingleses u holandeses no lo hubieran cogido y hecho prisionero.

Esto no era fácil, sin embargo, porque de ser así, la tropa del enemigo, por obtener el acercamiento habría debido pasar por donde habíamos pasado nos-

otros, y por nuestra parte no habíamos encontrado ningún indicio.

* * *

Había caído la noche.

Acampamos. Yo tenía verdaderamente necesidad de reposo. Me sentía agotado, y mi heroica proposición de acercarme al campamento de Sandokan, habría sido vana por mi debilidad física, si yo no hubiera reparado mis fuerzas.

Pero estaba escrito que yo no pudiese reposar. Un terrible e imprevisto acontecimiento nos sacudió en el medio de la noche.

XIX

EN EL CÍRCULO DE FUEGO

Era el guardia Ketj.

El malasio se precipitó hacia nosotros gritando:

—¡El fuego!

Nos despertó un disparo.

—¿El fuego? — repetí maquinalmente. — Nosotros lo hemos prendido para alejar a las fieras.

—No me refiero a ese fuego. Quiero decir que a algunas leguas de aquí, la selva arde!

Tremal-Ntik, se había puesto en pie. Sus ojos se volvieron hacia mí. Me levanté también temeroso.

Un rosado claror se difundía en el cielo, como una ligera niebla sanguínea.

Con increíble agilidad, Tremal-Naik, trepó a un árbol.

Después de un cuarto de hora, su voz me gritó desde lo alto.

—¡Capitán!

—¿Qué ves, Tremal-Naik?

—La selva debe estarse incendiando en círculo!

—¿Estás cierto?

—Veo perfectamente la línea rosa del fuego en un círculo de muchas leguas.

—¿Y el campamento de Sandokan? — pregunté ansioso.

—El campamento de Sandokan está preso dentro como estamos presos nosotros.

Tremal-Naik bajó en pocos momentos de su puesto de observación. Cuando estuvo en tierra, me dijo:

—Capitán, este incendio es obra del enemigo, sin duda.

—¿Lo crees así?

—Estoy cierto. El fuego en círculo, a tan gran distancia, no se habría desplegado tan distintamente. ¡Es así como nuestros enemigos hacen obra de civilización!

—Quieren asarnos, como lo hicimos nosotros con los argus, — dije. — Pero creo que Sandokan no será de esa opinión.

—Sandokan procurará abrirse paso entre las llamas.

—Y es, por lo demás, lo que tenemos que hacer nosotros.

—Y cuanto más luego, mejor—exclamó Ketj. —Sino, antes de ser asados como los argus, seremos devorados sin remedio!

—¿Qué quieres decir? — pregunté estupefacto.

—Tremal-Naik sabe muy bien lo que quiero decir!

—El fuego empuja las fieras al centro del gran círculo — explicó Tremal-Naik — y en este momento, ellas procuran también... escapar al peligro de morir en el incendio.

—¿Y no tenemos posibilidad de salvación? — dije.

—Las posibilidades de salvación no son muchas, — dijo melancólicamente el indio.

—En fin, que nuestra situación no es muy divertida...

—Para evitar las fieras podemos treparnos sobre los árboles, pero no sé qué podamos hacer para escapar al incendio, el cual va estrechando cada vez su círculo de fuego.

—La única posibilidad de salvación, la tenemos en el río, que evitará el incendio en la zona regada por él. No se trata de algo muy seguro, pero no podemos perder el tiempo. Necesitamos ponernos en marcha... y caminar lo más espeditamente posible!

* * *

Tremal-Naik dió la orden de partir.

Pero más que una partida fué una fuga. Los Tigres con la agilidad portentosa que les caracterizaba, saltaban obstáculos, y atravesaban los más intrincados follajes.

Tremal-Naik y yo, procedíamos con más calma, en aquella noche que cada vez se hacía más luminosa y más trágica. Las previsiones de Tremal-Naik, no tardaron en confirmarse: gruñidos lejanos y todavía indistintos de fieras, llegaban hasta nosotros, en un concierto que tenía un no sé qué de fantástico.

Yo veía salir con la imaginación, desde la ardiente periferia de la floresta, la masa pesada y furibunda de la fiera que se precipitaba hacia nosotros. Nuestra infernal carrera debería continuar por algunas horas. ¿Qué ocurriría después? Todas las fieras de la selva, los monos, los búfalos... se encontrarían en un fantástico y horrendo comité de terror... y este terror, los volvería más feroces. Se mezclarían unas con las otras en una espantosa lucha, a golpes de uñas y de dientes, y su tremendo ulular, llenaría la llameante bóveda del cielo.

La horrenda carnicería continuaría durante horas

y horas, hasta que las llamas, devorando más y más árboles resinosos de la selva, convertiría a los héroes de la lucha espantosa, en un brasero de carne de nauseabundo olor, en medio de los lúgubres gemidos de las fieras en agonía.

¿Y nosotros? ¿Qué habría sido de nosotros?

¿Nos devorarían las fieras... o nos abrasarían las llamas?

En mi fantasía, el macabro cuadro se diseñaba con espantosa nitidez. No podía concebir otra solución a esta nueva aventura, nunca imaginada por mí, en medio de los más agitados sueños de mi inquieta vida aventurera.

—Capitán, si llegamos luego al río, estamos salvados.

—¿Cómo? Si llegamos al río, no podemos atravesarlo, porque sobre la otra orilla encontraremos el incendio, en incendio en toda su pavorosa violencia.

—Nosotros no atravesaremos el río. Seguiremos su curso.

—¿Con qué medio?

—Fabricaremos una balsa con troncos de árboles.

—Si tenemos tiempo...

—Naturalmente.

—¿No sientes como se avecinan los gritos de las fieras?

—Es verdad, pero somos relativamente afortunados, porque es posible que prefieran no acercarse aquí. Preferirán costear el río.

Como por encanto, el cansancio había desaparecido de mi organismo.

En la tarde, me había sentido muy agotado, pero en el corazón de la noche, me sentía lleno de energía.

Era la energía que precede a la desesperación. El hombre, antes de entregarse a la muerte, encuentra siempre dentro de sí, un tesoro intacto de energía, que antes permaneciera inactiva.

La naturaleza, está siempre provista de una reserva, que no es utilizada sino en momentos de sumo peligro. Sin haber adquirido la portentosa agilidad de Tremal-Naik y de los malasios, yo daba saltos y contorsiones de los que nunca me habría creído capaz.

En pocas horas habíamos recorrido tan gran parte de la selva, como no lo habríamos podido hacer en todo un día ordinario.

Despuntaba el alba.

Un alba rosa, por el incendio que aumentaba cada vez más de intensidad. Las llamas estaban todavía lejos de nosotros, pero ya me parecía sentir en el rostro su reverberación.

Los rugidos de las fieras, fustigadas por los horro-

res del fuego, aumentaban de tono. Evidentemente la fuga horrible, proseguía con diabólica furia. Perdimos de vista a las Tigrotes.

Éstos, en el espanto de ser sorprendidos por las llamas, se habían dado a una precipitada fuga.

¿Habían ellos alcanzado el río? Había que esperar. Pronto, lo alcanzaríamos también nosotros, como lo aseguraba Tremal-Naik, y esta esperanza nos daba alas a los pies. Pero Tremal-Naik estaba especialmente inquieto por Sandokan. ¿Qué había sido de él? ¿Había logrado salvarse?

En este caso, él debía haber dispuesto la misma retirada. No podía menos de dejar de comprender, como lo habíamos comprendido nosotros, que el río era la única esperanza de salvación.

La suposición que él no hubiese podido salvarse del horrible fuego enemigo, no era posible.

En la noche, sus centinelas habían tenido que dar la alarma, al aparecer en el cielo el claror sanguíneo; y sin duda, él había hecho subir a algún observador a la copa de un árbol para cerciorarse del peligro.

Tremal-Naik, no tenía dudas de todo esto, porque conocía la prudencia y buen juicio de Sandokan.

Pero entonces, ¿por qué no nos habíamos encontrado con su gente en plena fuga? Mi lugarteniente no lograba percibir ningún indicio de lo que espera-

ba. Nada más que los rugidos de las fieras siempre más próximos. Ninguna voz de los hombres de Sandokan, en fuga hacia el río!

* * *

La cosa parecía inexplicable a Tremal-Naik, que conocía la rapidez de las reflexiones y de las decisiones de Sandokan.

—Acerquémonos de todos modos al río — dijo Tremal-Naik. — Puede que Sandokan se haya venido por un camino más corto.

Después de algunas horas de marcha, nos encontramos sobre las márgenes del río. Al otro lado, la selva se retorció entre las llamas.

Inmensas lenguas rosas se elevaban al cielo. Se oía el crepitar de los árboles y el seco rumor de la caída de los troncos. A pocos pasos del lugar en que nos encontrábamos, el río hacía una curva. Decidimos embarcarnos en aquella curva para seguir el curso del río.

¡Ninguna! Ninguna huella de Sandokan.

Pero de improviso debimos reconocer que el plan del enemigo era de una diabólica inteligencia.

Los ingleses y los holandeses esperaban a Sando-

kan, en aquella única zona por donde era posible librarse del peligro del incendio en la selva.

Pero Sandokan no era menos hábil que sus enemigos, y previendo sus intenciones, había preferido elegir para salvarse un camino más arduo, pero más seguro.

Fué lo que me explicó en pocas palabras Tremal-Naik, cuando sorprendimos un barco lleno de soldados ingleses y holandeses que remontaban la corriente.

XX

"HUYE... NO TE OCUPES DE MÍ!..."

Pocas y rápidas fueron las explicaciones que me diera Tremal-Naik, porque lo que en aquel momento se imponía, era huir de la vista del enemigo.

Nos trepamos a la copa de un árbol, para poder mirar de aquella manera, el camino que seguía la barca enemiga.

No debía seguramente tratarse sino de una vanguardia. Y en efecto, se trataba sólo de un pequeño grupo de hombres mandados en exploración del terreno. ¿Acaso no se les había encargado a éstos que incendiaran la selva de la parte del río? Quizás, pero no era probable.

De todos modos, no era ese el momento de hacer consideraciones inútiles.

—¡Si están a un paso de nosotros! — susurró Tremal-Naik.

Efectivamente, la barca procuraba atravesar diagonalmente la corriente.

—Nuestros enemigos se preparan para darnos caza en la selva...

—Creo que nos van a encontrar...

—Bien, capitán, ¿pero dónde podemos huir?

—No lo sé. Sería absurdo, volver a deshacer el camino que con tanta fatiga hemos hecho antes de encontrar el río.

—Sería absurdo y peligroso.

—Fieras por un lado y hombres, no menos peligrosos que las fieras, por otro, — dijo Tremal-Naik.

—¿Y qué fin habrán tenido nuestros Tigrotes?

—Es probable que al llegar al río, hayan encontrado escolta.

—¿Y trabado batalla?

—No creo. Habríamos oído algún disparo.

—Es verdad.

—Es más probable que hayan seguido el curso del río hasta la montaña y se mantengan escondidos en algún sitio retirado como este.

La barca, en tanto, se acercaba a la orilla.

—¡Ocultémonos!

Nos adentramos en la selva con el propósito de cos-

tear siempre el río. Habíamos perdido de vista al enemigo, pero pronto debíamos encontrarlo, demasiado pronto!

* * *

Un proyectil, pasó rozándome las orejas.

—¡Disparan! — exclamé volviéndome.

Un grupo de holandeses nos seguía de cerca.

Aumentamos la velocidad de nuestra carrera.

Siguieron otros disparos, pero afortunadamente, adoptando un sistema de fuga malesia, nos logramos poner a cubierto de los golpes del enemigo.

De repente, escuché la voz de Tremal-Naik que decía: "Sigue, capitán, no te ocupes de mí. Piensa en tu salvación, que yo te aseguro que pensaré en la mía".

Volví la cabeza, sin dejar de correr.

No ví ya a mi lugarteniente, pero sí a nuestros perseguidores. Continué huyendo, teniendo cuidado de esconderme a cada paso, detrás de un tronco de árbol.

Dejé de oír disparos, y volví la cabeza.

Nadie me seguía. ¿Qué había sucedido?

Era imposible que lo pudiera adivinar. Y mucho menos tendría ahora una explicación de lo que había

sucedido. La suposición más lógica que me ha sido dado hacer, es que Tremal-Naik tentó una fuga lateral, para atraer sobre sí, toda la atención del enemigo.

Es una suposición lógica que me llevó y aun me llena de infinita tristeza. Quizás si Tremal-Naik se sacrificó por mí. ¡Yo no lo volveré a ver en mi vida!

Las últimas palabras tuyas que escuché fueron aquellas misteriosas que pronunció al separarse de mí de tan extraña manera. ¡Valiente, noble, fuerte y fiel Tremal-Naik! Yo no he podido pagar tu generosa amistad, sino de un modo: poniéndote como heroico protagonista de algunas de mis novelas... La juventud italiana te ha admirado en la gesta romancesca de tu vida prodigada a la causa de tu rajah!

No he podido hacer otra cosa por tí, ágil y maravilloso hijo de aquella India que me hiciste conocer en todo su horror y toda su belleza! No te volví a ver más, desde aquel terrible momento! Pero estoy seguro que te sacrificaste por mí!

¿Te alcanzaron los enemigos en la selva? ¿Te hicieron prisionero? ¿Te mataron?

¡Pobre Tremal-Naik, amigo inolvidable!

* * *

Continué la fuga, loco de ira, ira alimentada por el color encendido del fuego y por el pensamiento que, si yo era perseguido por los hombres, no tardaría en serlo de nuevo por las fieras.

Continué corriendo durante algunas horas.

De improviso, me encontré a las orillas del río. El incendio había cesado por la orilla opuesta, al menos en aquel trozo de selva. Permanecí algunos instantes absorto en profunda meditación.

¿Qué podía hacer? ¿Qué camino tomar?

¿Qué habría podido responder si me encontraba con soldados ingleses u holandeses?

Mi duda era angustiosa.

En aquella parte, corría el río con más lentitud.

Decidí atravesarlo a nado.

En el lado opuesto, devastado por el incendio, no tenía peligro de encontrarme con hombres ni fieras.

Tampoco iba a encontrar sustento de ningún género, pero no pensé en aquello cuando tomé la decisión de atravesar el río. Lo importante era sustraerme al peligro de la persecución.

Alancé con no poca fatiga la orilla opuesta sin

encontrar cocodrilos: quizás el terror del incendio, los había obligado a sumergirse en el fondo del agua.

Llegado que hube a la orilla, no me quedaba otro camino sino que seguir el curso del río.

La selva, casi carbonizada, tenía un aspecto horrible y obsesionante.

La monotonía se veía rota de trecho en trecho, por pequeñas islas verdes, escapadas del incendio por milagro.

En aquéllos minúsculos oasis, tomaba yo algún reposo, y cogía algunas plantas del benéfico santor, las del jugo azucarado. Ciertamente habría preferido un alimento más sustancioso, pero era inútil pensar en ello, en aquellas circunstancias.

De cuando, en cuando, encontraba un animal medio carbonizado, del cual habría podido aprovechar algún trozo de carne, pero reservaba esta decisión sólo para el caso en que careciera de todo otro alimento.

Caminando, sentí que la noche se me venía encima de improviso.

Estaba rendido. Las emociones experimentadas, habían deshecho mis nervios.

Caminé todavía hasta encontrar otro de los pequeños oasis de que ya he hablado. Me tendí sobre un poco de césped, y me dormí.

Dormí con sueño pesado hasta que despuntó el alba.

Mi primer pensamiento fué lanzar una mirada hasta la otra orilla del río.

El incendio continuaba su inexorable camino. Aquello que podía semejarse a la clásica "aurora de los dedos de rosa" no era sino una tremenda llamada que se levantaba hasta el cielo. Mi pensamiento corrió hacia Tremal-Naik, Sandokan, los Tigrotes, y todos mis compañeros de riesgo y de labor.

¿Dónde se encontraban? ¿Habrían logrado escapar al asalto de su triple enemigo: la fiera... el fuego, el hombre... civil? Habría dado la mitad de mi sangre por averiguarlo. Pero por más que tornase la mirada en todos sentidos, no encontraba un indicio que me pudiera dar respuesta.

* * *

Sentí de repente una especie de salto, y debí esconderme entre el follaje.

La barca de los holandeses corría veloz cerca de la orilla, arrastrada por la corriente.

Era cierto que los soldados conducían su nave al mar.

Miré atentamente para darme cuenta si entre aque-

llos hombres marchaba prisionero Tremal-Naik y lanzó un suspiro.

Los holandeses no habían hecho ningún prisionero. Tremal-Naik habría logrado huir a su persecución.

Al menos, así cabía esperarlo. Esta esperanza me sostendría para continuar mi fuga.

¿Por qué no esperar?

La barca desapareció pronto de mi vista.

Yo quedé perplejo.

Para mí no era conveniente llegar hasta la embocadura del río, porque forzosamente debía haber allí un destacamento holandés. Era mucho más prudente acercarse a la playa por el lado del mar, procurando alejarme de la embocadura.

Es verdad que yo no era personalmente conocido por aquella gente. ¿Pero cómo justificaría mi presencia en aquellos lugares, yo, un extranjero?

Habría sido necesario inventar alguna complicada novela, de la cual en aquellos momentos, no habría sido capaz de improvisar una línea. Encontraba mucho más seguro, no caer en las manos del enemigo manteniéndome a debida distancia de tal peligro.

Pero el mar, eso sí, necesitaba verlo. El mar había ejercido en mí primero, la fascinación de la aventura. Ahora ejercía la fascinación de mi salvación.

Me adentraba más y más en la calcinada selva que

a cada paso se hacía más verde, y me embriagaba a la idea de la fuga de aquella maldita isla malasia . . .
¿Pero cómo fugarme?

Ah! la fiebre maligna que se había posesionado de mi sangre, no había destruído en mí la fiebre de la aventura!

El diseño que en mi cerebro se estaba formando mientras me acercaba a la playa a través de la selva, era muy sencillo, según mi modo de ver de entonces. Se trataba de bien poca cosa: construir una rudimentaria embarcación a la vela — no habría sabido decir con qué velas — ¡y marchar a Europa!

La cosa me parecía perfectamente posible. La fortuna no habría podido abandonar una tentativa semejante, negando su ayuda a un hombre que quería volver a su patria!

XXI

REGRESO

Pero la fortuna, aunque ciega, tiene a veces más discernimiento que el hombre que la invoca.

La fortuna no permitió que yo iniciase una empresa, que me habría hecho caer desvanecido en los límites de la selva en un estado de inanición completa.

No me había alimentado sino de yerbas y de esperanzas; nutrición esa que estaba muy lejos de ser suficiente para reparar las enormes pérdidas que había sufrido mi organismo, puesto en los duros trances de las precedentes fatigas.

Apenas tuve el mar a la vista, un negro velo se extendió sobre mi vista: perdí la noción del tiempo y del lugar . . . y caí pesadamente a tierra.

* * *

—Es indio...

—Parece malasio...

—No seais locos! No tiene ni sombra de indio.

—¡Es portugués!

—¡Español!

—¡Francés!

—¡Oh! Eso no! No tiene tipo de francés.

—Por lo demás, nadie en el mundo puede saberlo mejor que él: justamente está abriendo los ojos.

En efecto, yo estaba abriendo los ojos, mientras este rápido diálogo francés penetraba confusamente en mis oídos.

Cuando mis ojos estuvieron completamente abiertos, un hombre gordo, de aspecto rudo, pero simpático, adornado con una gran barba griega, se inclinó sobre mí, mirándome:

—Se están disputando en vano — dijo en francés y con acento bretón. — ¿De qué nacionalidad sois?

—Italiano — respondí también en francés.

—¡Ah! muy bien... por ejemplo... nadie ha supuesto que fueseis italiano — dijo el bretón — y es

lógico . . . La verdad sube siempre a flote pero a veces está mucho tiempo a fondo.

Volví los ojos en torno mío: estaba tendido sobre un camastro, sobre el puente de un velero.

—¿Queréis decirme qué estábais haciendo tendido allí? — dijo una voz.

—¡Un momento! El infeliz tiene necesidad probablemente de comer algo . . . Antes de hablar es necesario darle viento al fuelle.

Me sirvieron una abundante cena, que devoré con una voracidad que produjo gran alegría al equipaje: bebí de un buen vino que me ofrecieron y después sentí que me reanimaba.

La completa conciencia volvía a mí. No tardé en comprender que el velero estaba todavía en la playa de la isla de Borneo: veía distintamente la lista negra de la selva quemada.

El bretón era el capitán de aquel barco. Su rostro inspiraba confianza y simpatía. Estaba dispuesto a decirle toda la verdad si me interrogaba.

El velero era francés; no debía, pues, temer nada.

—¿Quién sois?

—El capitán de barco Emilio Salgari.

A estas palabras el bretón sonrió con complacencia.

—Vuestras ropas — repuso — no me decían nada

de bueno. Cuando mis marineros os encontraron abandonado en los límites de la selva, os tomaron por alguno de esos locos de Mompracem.

No pude contener una sonrisa.

—Sé que no vais a denunciarme: vuestra faz me lo asegura. Y bien, no se han equivocado vuestros marineros.

—¿Qué queréis decir?

—Que soy uno de esos locos de Mompracem.

—¿Os burláis?

—No... ¿por qué habría de burlarme?

—¿Habéis dicho que sois italiano?

—Veronés.

—Italiano... ¡Y capitán pirata!

—Capitán pirata, como podéis cercioraros por esta carta.

Extraje de mi bolsillo un brevet que llevaba siempre conmigo y que en aquella ocasión se encontraba en un estado calamitoso.

El capitán lo miró atentamente.

—Es verdad... ¿Y cómo van por ahora los asuntos de Mompracem?

El bretón hizo traer más vino; todo el equipaje me rodeó.

Narré, de la manera más sencilla y clara que me fué posible, mi caso: el relato interesó vivamente a

todo el equipaje . . . tanto que al fin encontraron mis interlocutores que yo no había hecho tan mal en pertenecer a los Tigres de Mompracem.

Pero el capitán observó, juiciosamente, que no me encontraba yo fuera de peligro hasta salir de los alrededores de la isla.

—Espero, capitán, que no me abandonaréis, — exclamé. — Dadme un puesto cualquiera en vuestro equipaje!

—Os pondré a prueba en calidad de segundo. He debido anclar para reparar una avería, pero pronto nos marcharemos. Conoceréis a María (es el nombre de este agradable barco) a quien amo tanto.

El capitán bretón pronunció estas palabras con un tono de conmovedora sencillez, como si hablase de un hijo.

“María” era un velero de tres palos, sólidamente construído, pero lleno de gloriosas abolladuras.

Levamos anclas.

* * *

La isla se alejaba de mí, de mi corazón, y una cortina de niebla descendía sobre mi pasado. Abandonaba una vida peligrosa y una vida peligrosa de gesta absurda.

El destino lo había querido así, poniendo en boca de Tremal-Naik aquellas palabras definitivas: "Idos... huid..."

Yo huí. Me salvé. El destino me había arrojado a tierra exhausto, para que el buen capitán Pedro me recogiese y me condujese sobre su barco que llevaba el dulce nombre de "María". Mientras más me alejaba de la isla, más reprobaba aquella impresión de somnolencia, de la cual hablara cuando describí la partida de Bombay.

¿No habría sido quizás toda mi vida pasada entre los Tigres de Mompracem, sólo un largo sueño?

¿Había sido verdaderamente yo el asaltante de tanto barco holandés e inglés a quien quitáramos el metal? ¿Había sido yo el compañero de aquella extraña y valiente Miss Eva? ¿Y el rajah perseguido y acorralado, el fiero Sandokan, no era una figura de sueño?

El capitán Pedro abatió su pesada mano sobre mi espalda.

—¿Os disgusta abandonar el Archipiélago Malasio? — dijo.

—No, capitán... yo estoy tranquilo, pero tengo alguna pena por no haber podido salvar a mis amigos!

—¡Extraños amigos deben ser!

—Os aseguro que son bravas gentes y de corazón generoso!

—Sí... cuando resistían a la tentación de cortarle la cabeza a la gente... — exclamó el capitán. — Por lo demás, defendían su territorio... pero vos... La vida del mar es de suyo llena de emociones para que eligiérais por placer la más peligrosa.

—Es verdad. Fué una serie de imprevistas circunstancias la que me condujo a aquel extremo. No tengo ningún deseo de recomenzar, creedme. Amo siempre la vida del mar, pero una vida un poco más tranquila... como la vuestra, por ejemplo!...

—Pero no creáis que mi vieja "María" ha recorrido siempre el mar como sobre una superficie de aceite... no... También he tenido que soportar lo mío muchas veces para salvarla, pero en fin...

Y el buen capitán me contó sus peripecias; tempestades, escollos, hambre, escorbuto, naufragios... y a cada nueva aventura agregaba:

—Pero ya lo creo! Todo esto es agua de Melisa, junto a la furia de los Tigres de Mompracem.

* * *

Nos hicimos muy amigos con el capitán Pedro. No me acaeció ninguna aventura digna de nota.

Me vuelve a la memoria una observación que he hecho tantas veces en el mar. Las aventuras que ocurren a un barco son siempre del carácter de su comandante. Si el capitán es un tipo amante del riesgo y del peligro, es muy probable que la nave siga estas mismas tendencias. Si el capitán es algo tranquilo y prudente, la nave se comporta de la misma manera. Los sucesos de la vida tienen siempre el color de su protagonista.

Durante ese año de navegación debí luchar solo contra los asaltos de la fiebre tropical. Pero fueron asaltos terribles que me redujeron a una condición lastimosa.

La vida del mar se me hizo imposible.

Sentí una gran necesidad de reposo, de intimidad, de existencia tranquila.

En pocos años de vida marinera había recogido una infinidad de impresiones: los hechos de los cuales había sido protagonista, eran tales, que habían podido constituir un óptimo desahogo a mi deseo de aventuras. ¿Qué más habría podido desear?

Me despedí en Marsella de mi buen capitán Pedro y volví a Italia.

Los ojos del "pirata" no pudieron contener sus más dulces lágrimas cuando desembarqué en Génova. No se abandona por tanto tiempo Italia, sin sentir a su regreso, una honda impresión de amor y devoción.



La madre y la esposa de Emilio Salgari

XXII

AVENTURAS DE PERIODISMO

Con el abandono del mar, comenzó un nuevo período en mi vida, período en el cual probé momentos de verdadera nostalgia, durante los cuales nació en mí la necesidad de escribir.

¿La necesidad de escribir? He aquí una frase que para mí, significa dos cosas.

Experimenté primero la necesidad de escribir, primero para desahogar el tumulto de impresiones que me quedaran de mi vida inquieta y peligrosa. Luego, porque la necesidad moral se convirtió en la necesidad material de cambiar la página escrita por pan.

* * *

Desprendiéndose de mi largo abrazo cuando hube llegado a la casa paterna, mi madre me dijo:

—¡Cuántas cosas debes tener que contarme, Emilio mío! Durante tu permanencia en la India no has escrito sino rara vez y te has explicado siempre en forma confusa... Ahora debes contármelo todo.

—Sí, querida madre, te lo contaré todo... dentro de poco — exclamé, sustrayéndome a la mirada materna.

Pero no lo conté todo.

Durante el período febril de actividad — digámoslo así — que llevé entre los malasios, estuve completamente absorbido por una causa que yo consideraba justísima, pero me habría sentido muy confundido para contarle mis aventuras a mis padres y a mis amigos...

Al encontrarme en una atmósfera diversa, en el seno de mi familia, en medio de una gente serena y laboriosa, viviendo una existencia tan opuesta a la que acababa de abandonar, me sentía incapaz de confesar toda la verdad.

Cómo habría podido explicar a mi madre, mujer de sensibilidad exquisita, que yo, durante mi navegación malasia, no me había dedicado a la marina mercante, sino a una ocupación que bien hubiera podido llamarse "piratería"?

Esta palabra habría espantado a mi madre. Difícilmente habría podido convencerla que cuanto ha-

bía hecho era justo y que la causa seguida por mí, era realmente digna de admiración.

Y mis amigos y conocidos, y mis antiguos compañeros de colegio, ¿qué cosa habrían pensado de mí si les hubiese narrado mis abordajes acompañado de mis Tigrotes, a las naves que se rendían a nuestra sola aparición, tal era el terror que en todas partes inspiraban los corsarios malasios?

Me daba perfecta cuenta de que, en nuestro ambiente, no se habría comprendido en su justo valor, el sentimiento "donquijotesco", que, a parte de la necesidad de vivir, me había impulsado a seguir la suerte de un hombre que los pueblos civilizados tenían por un bandido.

Sucede muchas veces en la vida, que es preciso mudar de conciencia moral, cuando se muda de ambiente. Me sentía ahora embarazado para demostrar ciertos entusiasmos que podían dar lugar a equívocos peligrosos.

Por mucho que me hubiera empeñado en dar buen aspecto a mis famosos "abordajes" y por mucha pasión que hubiera desplegado para excusar mis aventuras, era evidente que una sola palabra habría definido para mis coterráneos, la vida marinera que hice yo aquel tiempo: "piratería".

Por eso, me impuse a mí mismo, la consigna de

callar. Me reservé sólo, el dar a conocer y en forma indirecta, mis aventuras durante mi permanencia en el archipiélago malasio. Esta forma indirecta serían mis novelas.

Entre tanto, para satisfacer la curiosidad de mi madre, me limité a contar el episodio de la tempestad, del naufragio, y el embarco imprevisto en la isla desierta. Callé todo aquello que podía ser causa de inquietud para su espíritu delicado.

Y así me comporté siempre con todos los que me interrogaban sobre los episodios más notables de mi vida del mar.

* * *

En mi corazón, sin embargo, meditaba el propósito de tomar la revancha de aquel silencio imaginando tramas y escenas de romances en los cuales haría vivir a los personajes que yo mismo había conocido, agregando, naturalmente, episodios y nombres imaginarios y ocultando mi personalidad en la de cualquier personaje ficticio.

Esos mis propósitos, no estaban sólo determinados por la necesidad de revivir mentalmente mis aventuras: otro pensamiento me guiaba.

Sentía yo una profunda antipatía por aquel géne-

ro de literatura que casi todos los editores y escritores entregaban al público juvenil de aquel tiempo. Las novelas llenas de sentimentalismo que llenaban los mercados de libros, no servían para otra cosa, según mi opinión, que para amilanar más y más la juventud italiana, que me parecía a mí ya demasiado débil e inerte.

Me parecía que los escritores deberían dedicar sus fatigas a otros argumentos más dignos. Los jóvenes italianos leían ya demasiados novelones extranjeros de género sentimental y erótico. Tenían, pues, necesidad de libros que robustecieran sus sentimientos viriles, que les preparasen para una vida más ardua, que les inculcasen un mayor sentido de la libertad personal, que les infundiesen amor a los viajes, a los riesgos, a las bellas aventuras.

Yo había considerado siempre la pasión por el mar, como una fuerza potente que había servido a Italia. ¿Por qué nuestros escritores fingían ignorar esta pasión?

De todos estos pensamientos se conformó mi propósito de dedicarme a la composición de algunas novelas, en cuyos personajes pondría mucho de los verdaderamente conocidos por mí.

Habría encontrado así una compensación espiritual a aquella tremenda necesidad de vida peligrosa

que todavía me asaltaba. Las impresiones no me faltaban, mi conocimiento de aquellas lejanas y atra-yentes regiones era bastante profunda, la memoria me socorría discretamente, y la imaginación estaba alimentada por la melancólica irritación de haber abandonado en lo mejor, aquella azarosa y adorable existencia.

Me entregué a esta labor con el mismo frenesí con que me entregara a la vida marinera. Hice notas sobre los lugares que había visto y conocido, y luego les dí la amplitud romancesca que necesitaban.

De todos estos apuntes, extraje finalmente la idea de mi primer libro:

Lo titulé: "El misterio de la selva negra".

* * *

Mientras tanto, me sonreía la idea de entrar en el periodismo, y fui aceptado como cronista en el vie-jísimo diario de Verona, "La Arena".

Desempeñaba mi cometido con fervor y celo, cuando no trabajaba en torno a mis novelas.

Frecuentes eran las polémicas entre "La Arena" y "El Adige", el otro diario de Verona.

Fué a causa de una de estas polémicas, que yo me

batí en duelo con uno de los redactores de "El Adige".

La esgrima había sido una de mis pasiones, y a juicio de todos, yo me batía bastante bien.

Siempre he sostenido que la esgrima debería entrar en el sistema educativo. Esta noble gimnasia estimula en el hombre la facultad de la pronta decisión y sirve para educar la voluntad. Además del beneficio del ejercicio físico, la esgrima trae consigo el beneficio moral de hacer al hombre resuelto pronto a la defensa: sirve también para desarrollar en él el sentido intuitivo. Los asaltos de esgrima nos colocan frente a la astucia del otro, y nos proporcionan la facultad de conocer las falsas intenciones del adversario, y evitar sus golpes.

Volviendo a mi historia, diré que este redactor de "El Adige" no perdonaba ocasión de punzarme con sus escritos y yo comencé a sentirme molesto.

Un día me encontraba en el café del Dante en la plaza del "Signori". Sorbía tranquilamente una bebida. El individuo entró en el café y me lanzó una mirada provocativa, seguida de una sonrisa asaz irónica.

Se sentó y pidió también una bebida.

Yo me levanté con tranquila lentitud. Me acerqué a su asiento y le dije:

—Me imagino, señor, que sus guiños son una invitación a que yo los responda.

El dejó de beber. Me miró con desprecio y me dijo:

—No se incomode... no pretendo ninguna respuesta de un marinero de agua dulce.

—Pues yo creo que podría responder muy bien — le dije.

Y le lancé tal bofetón que el imprudente jovencillo cayó al suelo, arrastrando consigo la silla. Entonces le alcé y le tendí con mucha cortesía mi tarjeta de visita.

La llamada al terreno fué aceptada por mi adversario, el cual seguramente no dió importancia al hecho que, siendo yo un muchacho allá en "Bentegodí", del cual era socio, había vencido en varios torneos.

En la ciudad se habló mucho del incidente y éste llegó a oídos de mi madre.

La víspera de mi duelo, ella me abrazó estrechamente y con lágrimas en los ojos me conjuró para que renunciara a él.

—¡Qué dices, madre mía! Lo que me pides es absurdo!

—No te batas, Emilio. Tengo un horrible presentimiento.

—¿Que no me bata? Pero eso es imposible. Quedaría yo en el más cruel de los ridículos!

—No importa! Abandonas el periodismo!

—Lo abandonaré! Pero primero debo batirme!

Me deshice de aquel abrazo y huí.

Las lágrimas de mi madre me enloquecían, pero la idea de no batirme, me resultaba absurda.

Y nos batimos.

Los malos prepresentimientos de mi madre no se realizaron. Después de cuatro furiosos asaltos mi adversario cayó en brazos de sus padrinos con el rostro bañado en sangre.

Le hice una herida bastante profunda en la frente, cuya señal no se le había de borrar en toda la vida. Así pagó aquel jovencillo caro sus burlas de mal gusto. Menos caro pagué yo mi buen golpe, pero lo pagué...

Creí que todo había terminado con el encuentro... pero pocos días después, hube de comparecer a una citación del tribunal de Verona, la cual me invitaba a vindicarme de cuanto había acaecido.

El tribunal me impuso una multa de cincuenta libras y además me condenó a cincuenta días de cárcel.

Cumplí la pena en la fortaleza de Peschiera. Pero fué una pena soportable.

La trascurrí en grata compañía con los oficiales de la guarnición, comiendo discretamente y bebiendo mejor.

* * *

A propósito de duelos, se me viene a la memoria uno muy divertido que tuve con mi amigo Nane.

Estábamos en el círculo "Bentedogi".

Se había bebido con algún exceso.

Durante el baile, el pobre Nane chocó conmigo.

—Culpa del mal bailarín! — exclamé.

—Culpa tuya! — gritó Nane.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo que me dejes tranquilo.

—Te dejaré tranquilo cuando me des excusas.

—¿Excusas de qué?

—De haberme chocado.

—¿Para qué te voy a dar excusas? ¿Estás ebrio acaso?

Se había formado un círculo en torno de nosotros para hacer cesar la cuestión.

Mis amigos no habían comprendido que yo me burlaba, y que para castigar al buen Nane de su embriaguez quería reírme un poco de él.

—¿Eres capaz de repetir esas palabras?

—Sí, las confirmo . . . ¡estás ebrio!

—¡Toma entonces! — y toqué ligeramente el semblante rojo por el vino de mi adversario.

—Me provocas . . . — balbuceó — abusas de tu fuerza. Y el que abusa de la fuerza es un miserable! — agregó Nane vacilando.

—Toma ahora — agregué — y le tendí mi tarjeta de visita.

Mis compañeros comprendieron entonces.

Algunos de entre ellos condujeron a Nane a un ángulo de la habitación y le dijeron:

—Tu sacrosanto deber es de limpiar esa ofensa.

—Estoy ofendido.

—Debes batirte.

—Eso es otra cosa. El bribón de Emilio me agujereará.

—No importa, pero es necesario salvar el honor.

—¿Y la piel?

—En suma, si rehusas batirte, toda Verona te despreciará.

El pobre Nane con la frente inundada de sudor, concluyó por aceptar. Escogió la pistola diciendo:

—¡Dios me asista!

Dos días después recibí un billete concebido en estos términos:

"Querido Emilio, no hagamos una cosa tan inútil. Sigamos siendo buenos amigos.—Nane".

Yo respondí así:

"He sido ofendido y sólo puedo lavar la injuria con vuestra sangre y con vuestra muerte, si Dios me asiste en este encuentro; y ciertamente Dios me asistirá porque el honor es sagrado.—Emilio".

Tres días después, en Campagnola nos encontramos en el terreno. Nos preparamos sin dirigirnos una mirada.

Ya en malla simple, nos batimos. Mi adversario no había notado cierto sospechoso bulto que llevaba yo en el pecho. Pronto nuestras espaldas se tocaron y los padrinos dijeron: "¡Ya!"

Cinco pasos fueron dados maquinalmente y el buen Nane con una loca precipitación, disparó su arma.

Prorrumpí en un terrible grito, llevándome la mano al pecho violentamente como para contener un chorro de sangre. Y caí lanzando un suspiro, que parecía un rugido de elefante.

Nane se precipitó a mí con las manos en la cabeza, gritando:

—¡Emilio, Emilio! ¿qué he hecho?

Y cayó junto a mí besándome y abrazándome con desesperación.

—¡Por todos los diablos! — exclamé laventándome, — que me sofocas!

En mis horas de tristeza, pienso en el semblante que entonces me puso el buen Nane. No he visto en la vida después nada que me haga reír tanto. El estupor, la maravilla, la rabia, la alegría. Todas estas emociones juntas en él eran de una comicidad irresistible.

Reimos un buen rato. Después, uno de los padrinos dijo:

—Tanto reír nos ha dado un tremendo apetito. Vamos a cenar un poco!

—¡Naturalmente, y pagará Nane!

—Bribón, — exclamó éste — pago con gusto, porque si te hubiera muerto habría tenido que pagar mucho más!

E hicimos una buena cena en honor de Nane, el fundador de las vegigas llenas de sangre.

* * *

Mi vida de periodista no careció de aventuras.

Recuerdo sobre todo una, que dió mucho que hablar. Se debatía en la corte de Venecia un importante proceso. Y fuí mandado allí por el director en ca-

lidad de repórter. Apenas terminada esta labor, decidimos con algunos colegas marchar a Trieste. Apenas desembarcamos, nos metimos en el primer café que encontramos. Cinco oficiales austriacos, se pusieron a examinarnos de una manera azas insolente. Me ensombrecí en el acto. El irredentismo, o sea el odio a Austria, era una tradición en nuestra familia. La mirada de aquellos señores, hería profundamente mi orgullo de italiano y despertaba mis rencores atávicos.

Mi pensamiento corrió, como hacia un símbolo de odio, a fijarse en el recuerdo del martirio de la veronesa Aschieri que la patrulla austriaca había asesinado, metiéndole una balloneta en el vientre, cuando la mártir estaba próxima a ser madre.

Un ímpetu de rebelión se apoderó de mí, y mi sentimiento se transmitió a mis compañeros.

—Es necesario enseñarles un poco de educación a estos Croatos — dijo uno.

—Se han reído de nosotros. Riámonos de ellos — propuse.

Y nos pusimos a reír todos en coro, mirando a los oficiales austriacos.

Uno de ellos comprendió. Se puso de pie y nos dijo:

—¿Sois italianos?

—Tenemos este honor — respondí.

El camarero estaba destapando la botella de vino que uno de nosotros había solicitado.

El oficial austriaco ordenó al camarero que se llevase el vino dentro.

—Traed pirra mejor para este mandolinista hambriento, pirra y tocino!

Rápidamente, como si hubiésemos recibido una orden de guerra, aferramos la silla en que estábamos sentados y la esgrimimos contra el canalla que así insultaba a nuestro país.

Los vasos y las botellas volaron, la luz se apagó y entre los gritos y la confusión, algunos sacaron la pistola, mientras los oficiales, empuñando el sable, procuraban caer encima de nosotros bien decididos a rompernos la cabeza.

Una detonación... una llama y uno de aquellos miserables cayó herido.

Huimos precipitadamente, procurando cada uno salvarse donde pudiese.

Yo me refugié en casa de unos italianos que me ocultaron por algún tiempo, hasta que, vestido de cazador, pude regresar sano y salvo a la casa.

* * *

La vivacidad de mi temperamento no se atenuaba. Las pasadas aventuras me habían acostumbrado al peligro y la vida cotidiana me parecía insípida y monótona.

Un nuevo acontecimiento contribuyó finalmente a dar curso a mis sentimientos: el amor!

No había olvidado a la "bella Dulcinea" que Inglaterra me había raptado... no había olvidado tampoco a la extraña y desventurada Miss Eva, que fué mi compañera de aventuras en las selvas ecuatoriales... No, pero la aparición de un nuevo objeto de amor, hizo revivir en mí todos los mejores de mis sentimientos.

Había terminado ya la novela "El misterio de la selva negra", y por probar el efecto que haría en el público, lo envié a la "Gaceta de Vicenza", que me ofreció a cambio de ella una buena retribución.

En efecto. Me la retribuyó... con cincuenta libras.

¡Bien comenzaban mis especulaciones editoriales!

XXIII

GALEOTO DE LA PLUMA

En el teatrino "Aporti di Verona, se había constituido, algunos años después de los acontecimientos narrados, una compañía de dilettantis, que recitaba todos los Domingos para la beneficencia.

Yo era un asiduo espectador de aquellas representaciones, con gran asombro de mis colegas, los cuales no comprendían, cómo podía tener yo gustos tan primitivos, que, en lugar de recrearme con los recitales de los grandes artistas, prefería pasar el rato en el teatro de Aporti.

Y lo curioso del caso era que yo no me limitaba a asistir como mero espectador a estas representaciones sino que entretenía a los lectores de mi diario con artículos elogiosos e ilustrativos a este respecto.

Las alabanzas eran sobre todo exageradas cuando se trataba de cierta actriz.

Esto llamó por fin la atención del redactor jefe.

—Salgari, ¿quiere usted representar alguna de sus obras en el teatro "Aporti"?

—¿A qué se debe esta pregunta?

—Por las inauditas alabanzas que dirige usted a la "compañía".

Yo me eché a reír.

—No es esa mi intención, pero lo que usted dice no me disgustaría...

* * *

En efecto, la razón de mi asiduidad al teatrillo, era una sola: el amor, el amor más puro, más secreto, más de colegial!

Aída era la más inteligente y la más bella entre las actrices de aquella compañía de "diletantis" voluntarios.

Sus ojos y su sonrisa dulce e infantil, habían herido profunda y románticamente mi corazón. No osaba, sin embargo, hablarle de mi afecto.

El terrible capitán de los Tigrotes de Mompracem, se convertía en un tímido cordero ante aquella bella y dulce creatura. Sin embargo, me daba cuenta que

la muchacha no me miraba con indiferencia. Ella sabía que me debía a mí los elogios del periódico, y yo le era simpático, pero yo todavía no le había dicho mi nombre. Cuando lo supo, me miró en silencio, maravillosamente sorprendida.

Después de pocos minutos, dijo:

—Usted, Emilio Salgari?

—Yo, sí.

—¿Pero lo dice en serio?

—¿Por qué no lo iba a decir en serio? ¿Por qué no quiere usted que sea yo Emilio Salgari?

—Porque usted me ha dado mucho miedo cuando era pequeña.

—¿Yo le he dado a usted miedo? ¡Pues no me creía yo tan feo!

—Dejemos su cara a un lado. Hablemos de aquel famoso manifiesto de que estuvieron cubiertas las calles de Verona, hace algunos años. ¿Recuerda? Se trataba de grandes carteles con dos feroces tigres pintados que se estaban devorando a un par de infelices negros, y bajo este cuadro horripilante, este letrero: “¡Ciudadanos de Verona! ¡Alerta! ¡El Tigre de la Malasia viene en viaje!!!”

—Recuerdo. Era una “reclame” hábil de mi editor. Pero el miedo...

—Bueno, yo era pequeña. La vista de esos pavo-

rosos tigres, me infundió tal terror, que su nombre siempre quedó asociado para mí a aquel espanto.

—Era usted niña... una bella niña, por cierto...

—No divaguemos...

—Sin embargo, ¡haber tenido miedo de unos tigres pintados!...

—Y tanto, que mi "nana" se valía de ese terror para hacerme obedecer e impedir especialmente que me robase la mermelada.

—¡Linda! Se robaba usted la mermelada!... y su nana...

—Mi nana decía con terrible acento:

—¡Cuidado, que el Tigre de la Malasia te comerá si te robas la mermelada!" y yo, la muy tonta, lo creía, y me portaba bien.

—¿Y no se volvió usted a robar la mermelada?

—Sí... claro... me la robaba lo mismo, pero me la robaba con miedo al Tigre, lo que ya era una desventaja para mí.

—¿Y entonces?

—La mermelada me parecía mucho más rica.

—Ah!, claro! el fruto prohibido. De tal manera que mi nombre está ligado a usted por el miedo a dos tigres pintados y un pote de mermelada.

El tono simpático y graciosamente desenvuelto de la adorable Aída, me daba valor.

Me lancé, pues, con la energía de un Tigre de Mompracem al abordaje.

—Señorita — dije, — quisiera que mi nombre fuera el que estuviera siempre ligado al suyo.

Ya estaba hecho.

El abordaje empezaba. Era necesario saber si la nave enemiga estaba dispuesta a entrar en batalla y arrojar el pirata al mar.

La señorita se puso roja, roja. Después supe que se puso roja de placer. Sonrió y repuso:

—En cuanto a eso . . . es preciso que lo hable usted en mi casa.

* * *

Un día, después de haber abandonado mis padres, decidí abandonar el periodismo y dedicarme a la literatura.

Solo en el mundo, deseoso de paz y de afecto, decidí tomar por esposa a mi Aída: y en efecto, el 30 de Enero, me unía a mi adorada, la madre de mis hijos.

Ya había escrito mi segundo libro: "El rey de la montaña".

Aída lo había leído, y su entusiasmo fué tal, que me dijo:

—Emilio, quisiera decirte una cosa.

—Dí, querida.

—Bautizaremos a nuestro primer hijo con el nombre de tu héroe.

—¡Aceptado!

Con una pequeña suma que pudimos reunir, nos trasladamos a Turin, primera meta de mi nuevo vagabundaje.

La familia había crecido con el nacimiento de una niña. Fátima. Turin fué la primera meta, donde vino al mundo, mi hijo Nadir.

Vagué todavía. Cuorgné, un risueño país del Piamonte, me hospedó por algún tiempo.

Génova fué mi nueva meta: en Sampierdarena, mi Aída concibió al diablillo de Romero.

En Génova encontré a mi primer editor, que me ofreció trabajo a cambio de una compensación irrisoria. Sin embargo, las necesidades de mi familia, me obligaron a conformarme con aquella oferta y me liqué a ese hombre.

Sí, porque antes de iniciar mi labor, debí comprometerme a escribir para el editor y sólo para él, durante algunos años: y además, exponerle sumariamente el asunto de cada uno de mis libros antes de escribirlo, para que él pudiese aprobar o no el argumento.



La casa de Turín en que vivió Salgari sus últimos días. Una cruz indica el departamento,

—Condiciones angustiosas y humillantes! . . . ¡Sin embargo! . . .

Y es preciso saber que tres mil miserables liras anuales, eran todo mi estipendio; y debía trabajar sin descanso, día y noche, para ganar esa suma; porque mi contrato me obligaba a entregar tres volúmenes al año.

¡Una verdadera monstruosidad y sin embargo, las exigencias de la familia, me imponían esa tortura!

Era necesario procurarse el pan. El editor me lanzó en verdad con fulgurantes cubiertas, pero él vendía copia tras copia, y yo . . . y yo . . . estaba obligado a emborronar cuartilla tras cuartilla para no morir de hambre.

Y así continué, que la necesidad fué para mí como el lazo estrangulador de mis "thugs".

Quisiera escribir muchas y amargas cosas sobre estos recuerdos, pero ¿para qué? ¿con qué motivo?

Cuando mis hijos fueron cuatro, debieron multiplicarse mis fatigas.

Aquellos que, como yo, han estado obligados a vivir de su pluma, me comprenderán!

Sólo ellos saben qué doloroso calvario padecen cuotidianamente los escritores . . .!

Comenzó entonces a atormentarme un horrible pensamiento!

¡Nada, nada podría dejar a mis hijos!: estarían obligados a la más dura labor para poder vivir.

Pero ellos cuando sean mayores, me comprenderán, estoy seguro: perdonarán a este desgraciado "galeoto de la pluma" que hoy, trabajosamente, por respetar un empeño, coge la pluma con un esfuerzo enorme y doloroso para extraer de su cerebro alguna nueva fantasía convertible en pan y en medicinas.

Sí, en medicinas, para la madre de mis hijos! para la compañera de mi vida regalada...!

Aquí terminan las memorias de Emilio Salgari.

Las páginas que siguen, y que parecen escritas en un momento de trágico extravío mental, tienen el triste valor documentario de la voz y de las evocaciones de un moribundo.

EPÍLOGO

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE MI EXISTENCIA

Me siento exhausto, cansado. Las noches de insomnio me han llevado al límite de mis fuerzas. He luchado con toda mi habitual tenacidad. Siento que la cabeza no me gobierna ya. Mi cerebro se ha agotado hace tiempo, y sin embargo, debo continuar: la familia tiene necesidad todavía de mi fantasía, de mi masacrante labor.

Mis hijos son todavía muy jóvenes para ayudarme, para darme el reposo que merezco tanto. Nunca en mi vida he sabido lo que son las diversiones, jamás por jamás. Siempre el trabajo, el implacable trabajo que exige de mí en todo momento que produzca nuevos libros y nuevas novelas.

¿Distracciones? ¿Alegrías? Nunca, nunca...

Mi Aída me infunde valor. Ella me inspiró en mu-

chos de mis romances: a ella debo mucha parte de mi fama, pero todos estos escritos ¿qué alegría me han producido?

La sombra, nada más, la obscuridad.

Al acercarse la vejez, nada tengo para recorrerla tranquilo: sólo el eterno dolor, el eterno tintero y el cigarrillo inseparable. Mis energías, las debo al tabaco; cien cigarrillos cuotidianos, me dan la fuerza de tenerme en pie, el alimento, no.

1908

Me siento vecino del fin. La ceguera está a la puerta!

La fiebre de los bosques, la terrible fiebre contraída en mis peregrinaciones por la isla india, me debilitan rápidamente. He pedido al editor una dilación para obtener el reposo. Me ha sido concedida, pero mi familia no debe sufrir.

No tengo más palabras, no tengo más fuerzas. La ceguera me horroriza. ¡Dios mío! A Dios imploro que esto no ocurra, que no se me inflinja este castigo... Por mis hijos, por mi pobre compañera, por todo...

1909

... Por fortuna he podido conjurar el peligro, mediante la enérgica cura prodigada por el doctor De Silvestri. ¡Somos casi felices!

1910

(Salgari, en el año 1910, procuró suicidarse, dándose una puñalada en el pecho.

Qué causas impulsaron al desdichado escritor a este acto de desesperación?

Es verdad que en su pobre cerebro enfermo alternaban las crisis de la locura y el temor provocado por cierta lucidez.

Vivía entonces en una aldehuela, la "Madona del Pilone", cerca del Torino).

Hijos míos, perdonad mi acto de locura. Sí, he atentado contra mi vida; habría cometido un grave delito privándoos de mi apoyo, pero somos tan desgraciados, y... no me juzguéis severamente. La lucha no me era posible. Pierdo terreno diariamente: pierdo ánimo; las terribles fatigas y dolores, la tortu-

ra me mata. Siento que mi vida huye. Procuraré todavía tomar aliento, y trabajar.

¿Podré resistir? Mi salud es precaria, pero buscaré, sin embargo, daros todo, darlo todo por vosotros; y dar a mis fieles lectores la última idea, los cuales no me olvidarán, yo espero...

DICIEMBRE DE 1910

No tengo ya nada que decir. En mis precedentes páginas, he narrado todas mis aventuras, mi mísera existencia, y basta.

¡Hemos terminado!

El último momento ha llegado. Mi vida se acabó.

He perdido lo que tenía de más querido, mi Aída!

La que todo lo dividió conmigo, la que ha sufrido con mis dolores, mi inspiradora, mi amiga, mi alma!

La he perdido. Se ha vuelto loca. ¿Qué puede ahora quedarme en la vida?

Haced, Dios mío, que pueda soportar esta horrible desgracia. Haced que no abandone a mis hijos.

Una piedra tengo en el corazón, una piedra que me aniquila!

Y la neurastenia que me roba la voluntad de combatir!

Y el pensamiento de mis hijos que están a mi lado y que nada saben de mis sufrimientos...

Siento que me hundo, que mi vida declina, que concluye... que concluye...

24 DE ABRIL DE 1911

...Hijos míos, vuestro padre camina hacia las tinieblas, hacia el fatal destino. Nada que se oponga, ningún obstáculo que pueda detenerme, que pueda hacerme retroceder, ninguno, ninguno...

... Nos hemos amado hasta la locura. Ella ha sufrido demasiado, pobre amor: su cerebro ha declinado primero que el mío. Puedo decir que me fué compañera fiel, fiel esposa y madre ejemplar! Ahora que ella se va, ahora que se aparta de mí, ahora que ella me abandona perdiendo la luz de la razón, ahora que ella se va, no veo sino tinieblas, horror y noche!

Lloro, lloro, la triste desgracia que me ha herido, destruyendo mi pequeña felicidad.

A ti, Nadir, que siempre has sido mi brazo derecho, confío a Fátima, Romeo y el pequeño Omar. Tú sabrás hacer de padre de ellos... porque tu padre que en estos momentos esto escribe, ya se siente morir...

Protege a tu madre, escóndele la horrible verdad, y moriré contento. Desde lo alto . . . velaré por ella, y . . . la asistiré.

Rompo, rompo mi vida . . . para romper con ella mi dolor.

Estas palabras serán mi testamento. Yo nada poseo, nada puedo dejaros.

Más que mi recuerdo. Pero en cambio, algo he dado a la Patria . . . mis novelas!

El otro día mentí cuando te dije, Nadir, que había ido donde el señor Mattiolo para un asunto. No fué así. Buscaba la hoja, la hoja que destruirá mi cuerpo . . .

Os beso con pasión; besad a la madre por mí, y adiós para siempre. Mañana ya habré muerto.

Vuestro padre Emilio Salgari.

(El 25 de Abril, el infeliz escritor salió a la altura del valle de S. Martino, y se mató de un modo horrible. Fué encontrado más tarde, cadáver destrozado y sangriento, con el rostro vuelto hacia el cielo lívido del ocaso).

Nuestro Padre *

(*) *Estos interesantes recuerdos de uno de sus hijos, completan las noticias autobiográficas de Emilio Salgari.*

En la noche que precediera a la inverosímil tragedia, que sumergía en un indecible horror a cuatro criaturas — la quinta, nuestra madre, había entrado hacía pocos días en las sombras de una inesperada inconsciencia — un mochuelo, obstinado en lúgubre vuelo sobre nuestra casa, me había espeluznado con su infausto grito.

Superstición, sin duda, pero aquel grito estridente me arrojó en la ansiosa expectación de una desgracia. Y la desgracia cayó, al siguiente día, terrible, sobre la triste casa, a los pies de la colina torinesa, dejando huérfanos y en la más absoluta miseria, cuatro hijos, de los cuales yo, que tenía catorce años, era el mayor.

Nuestro pobre padre, terminaba con una suprema y terrorífica aventura, la novela de aventuras de su vida.

Me es dulce y al mismo tiempo terrible, evocar en algunas líneas, este recuerdo.

La tragedia que puso fin a la laboriosa existencia del más popular de los escritores de Italia, no puede sino prolongarse en un obsesionante eco en la memoria de sus hijos, y no podemos olvidar, las causas vulgares pero fatales que la provocaron.

Ello no quiere decir que guardemos ningún sentimiento de odio o rencor contra nadie; sólo pretendemos recordar en lo vivo, la torturada existencia a que fué constreñido, en la vieja Italia, un escritor que entusiasmó a millones de lectores.

Una solución de esa especie no habría sido posible hoy.

Tenía veintinueve años, cuando abandonó su vida marinera y su cortísima vida periodística. Y andando, andando de país en país, jamás dejó de escribir cuartillas y cuartillas para satisfacer continuamente los pedidos de su editor.

Con su nombre y con numerosos pseudónimos, publicó más de cien romances, algunos de los cuales alcanzaron tirajes inauditos para nuestro país.

Nos dejó, sin embargo, en la miseria más absoluta, y ninguno de nosotros era entonces capaz de ganarse el pan.

Yo era el mayor, y a mí solo me correspondía el deber, sin tener posibilidad de resolverlo, de pensar en mis hermanos.

El primer pensamiento que vino a mí, una vez pasado el primer estupor y el horror de aquellos instantes, fué el siguiente:

—Viviré con el mismo oficio de mi padre! . . .

Era razonable que pensara así.

Había oído tantas veces hablar de la vida angustiosa de los escritores: pero ninguna miseria podía igualarse, con la que seguía a tantos años de labor y a tantos éxitos!

Durante las largas noches invernales, en la triste, solitaria y fría casita a los pies de la colina torinesa, donde él había, en su último año, conducido la familia, nuestro padre alternaba también, a la genial improvisación de la fábula y de la historia del Mago Magon, las narraciones de numerosas aventuras, ocurridas a él y a un "vagabundo" con el cual, en los lejanos días de su juventud, se había unido en estrecha amistad.

—Sandokan, Tremal-Naik, Kammoundi, Yáñez, no son personajes imaginarios; su gesta se ha debido en gran parte a mi fantasía, pero también en algún espacio a la realidad — nos decía. — Y mis novelas que todos conceptúan como fantásticas e inverosímiles, tienen todas algo de real. Son quizás mucho más verídicas que muchas novelas "psicológicas" — agregaba, riendo de la voluntaria mentira, de la cual se

servía para dar su opinión sobre el valor de cierta literatura narrativa.

Ahora, entre la enorme cantidad de papeles, con la huella de la más "negra enfermedad del mundo" que ha dejado nuestro padre, (novelas, apuntes y tramas inéditas de novelas), habíamos encontrado apuntes y notas que se referían a la aventura que constituye el asunto de algunos de los capítulos de este libro.

Allí están dos o tres años de su vida juvenil, que abren y cierran un paréntesis, en el cual podemos colocar la aventura que él nos narrara como acaecida a "un vagabundo del mar", su amigo.

Un hecho extraño y no fácilmente explicable, me ha sorprendido siempre. Nunca vimos a nuestro padre consultar libro de geografía, ni atlas, ni publicación de historia natural. ¿Cómo se las arreglaba entonces para componer sus novelas, donde la exactitud geográfica y la verdad sobre los usos y costumbres de los pueblos lejanos era siempre observada? Sin duda debe haber visto muchos de los lugares vistos por él y conocido por narraciones a lo vivo de viajeros y compañeros, muchas nociones de vida exótica...

Mientras mi padre vivió, jamás ví en casa un atlas!

Por lo demás, tenía un modo muy extraño de trabajar. No le gustaba escribir, sino sentado a una me-

sa estrecha, desquiciada y coja, utilizando cuartillas tan amplias que la cubrían casi totalmente. Llenaba estas cuartillas de una letra menudísima, de tal manera que esos caracteres sólo pueden descifrarse hoy con ayuda de una lente. No le gustaba escribir, sino con tinta muy clara que se fabricaba él mismo.

¿Esperaba de esa manera volver menos letal "la más negra enfermedad del mundo"?

Escribía durante tres o cuatro horas seguidas, consumiendo una cantidad inverosímil de cigarrillos; en seguida se levantaba de repente y bajaba al jardín, seguido de numerosos animales domésticos, que le formaban un extraño y pintoresco cortejo. Se ponía allí a labrar la tierra, a arrancar algunas plantas, a podar... pero jamás abandonaba a sus héroes... A media voz continuaba haciéndoles hablar y actuar y la intensidad de su acción mecánica sobre el jardín y sobre el terreno iba en aumento, según fuese la intensidad de la acción dramática en la cual se moviesen sus personajes. Y cuando su héroe, por ejemplo, lograba libertarse del tigre que lo había cogido, lanzaba él un pequeño grito de triunfo, y volvía a la mesa coja y escribía... escribía...

A semejanza de lo que según dice, le ocurría a Balzac, se identificaba de tal manera con sus personajes,

que concluía por hablarme de ellos como de personas reales.

—Cómo se las irá a arreglar aquel pobre Yáñez — decía. — Porque aunque sea valiente y fuerte, temo que concluya mal, si no llega a tiempo Sandokan a librarle de su enemigo.

Naturalmente, Sandokan llegaba siempre a tiempo para salvar a su amigo, y esto hacía reflexionar a nuestro padre:

—Yáñez debe la vida a Sandokan; y es justo que cualquier día Sandokan deba la vida a Yáñez.

Siempre era justo con sus personajes. Cuando alguno de ellos cometía alguna falta, sentía la necesidad de castigarlo. Sus piratas son generosos como quizás lo son en realidad, y este sentido de la abnegación y del heroísmo que nuestro padre sabía transmitir a sus libros, forma sin duda el secreto de su éxito. El lector siente que, en medio de las más audaces aventuras, lo inverosímil llegará hasta cierto punto a ser verdadero, con la verdad íntima y necesaria que la juventud busca en los libros de los escritores.

Él no admitía que se escribiesen libros de aventuras en el cual no triunfase de todos los obstáculos el héroe simpático en lucha con los malvados. En este sentido, era de un optimismo irreductible.

El bien debía siempre triunfar, porque tal era su obligación: en la vida y en los libros.

Esta concepción simplista de la vida servía para hacerlo soportar hasta el límite de lo posible la más grave angustia. Torturado con el pensamiento de quedar ciego, por cuanto su vista se había debilitado enormemente en los últimos años, postrado por la fiebre, él se sentía a veces sorprendido por la noche con imprevistos malestares, que nos aterrorizaban. Y sin embargo, insistía en hacer actuar a sus héroes en un mundo donde él bien triunfaba.

Una de sus alegrías más vivas, era la de saberse amado y admirado por los jóvenes.

Nuestra casa estaba siempre abierta a comitivas de admiradores que venían de Torino a visitarle. Y nuestra mesa, cuando los medios lo permitían, estaba siempre invadida por todo género de visitantes, pero solamente para comer pan... y tocino.

Invitaba a sus admiradores con la simplicidad bondadosa que lo caracterizaba, para corresponder lo mejor que podía a los cumplimientos que ellos le hacían.

Cuando se marchaban, se sobaba las manos y con la ingenuidad de un niño, decía:

—¿Habéis visto, qué buenos chicos? Ellos me colmaban de elogios mientras yo, ingrato... sólo les daba tocino...

Jamás quería oír hablar de dinero o de negocios.

Cuando cualquiera pretendía hacerle comprender que habría podido sacar mucho mayores beneficios de su inmensa labor, nuestro padre montaba en cólera y cortaba el discurso. Estaba convencido de que había hecho un contrato buenísimo con su editor.

Es que, en el fondo, despreciaba el dinero y sufría por sentirse obligado a vender la labor de su pluma.

Vivía en el mundo de sus generosos personajes, y la realidad de la vida era para él las incesantes luchas contra la naturaleza, las fieras y los hombres malvados.

Había triunfado en la selva y en el mar, pero debía sucumbir, sin embargo, a las prosaicas necesidades de la vida civil.

Verdaderamente fué el poeta de la aventura. La poesía era para él el vagabundaje por el mar y los países lejanos, y en esto es imposible que no se le reconozca algún rasgo de Konrad, que no concebía la vida sino como un sucederse de aventuras, y a la novela, como a un sucederse de éstas.

Con orgullo de hijo, nosotros creemos con A. Baldini (*) a Salgari insustituible en la literatura de los jóvenes de hoy. Hoy, más que ayer, Salgari está de

(*) Ver el "Corriere della Sera" del 13 de Enero de 1927.

"actualidad". La lección sencilla y elemental que enseña en sus novelas está conforme con el alma nueva que el Duce ha transmitido a los italianos. La necesidad de la generosa aventura, es sentida por nosotros con todo el heroísmo que comporta el formarse de "un alma colonial" italiana.

A mí me parece que la voz de ultratumba del laborioso escritor está en perfecta armonía con el tiempo nuevo, y si nuestro padre viviese todavía, sería el más ferviente admirador de este tipo de hombre que representaba para él, el ideal: el hombre que afronta los continentes y los océanos con tranquilo heroísmo.

¿Nos vela acaso el juicio el amor filial, porque pensamos que los libros de nuestro padre, rejuvenecen para la educación del nuevo italiano?

Es cierto que, nunca como hoy día, nuestros jóvenes han solicitado de los autores libros de aventuras heroicas.

LOS HIJOS DE EMILIO SALGARI.



BIBLIOTECA

SECCION CONTROL

INDICE

	Págs.
El más sensacional de los libros del célebre novelista de Aventuras	7
Un poeta de la Aventura.....	9
La primera de mis últimas páginas.....	21
La misteriosa influencia del pasado.....	27
¡El Mar! ¡El Mar!.....	38
«La Italia una».....	45
Un Juramento.....	59
Una Julieta y dos Romeos.....	67
El salto del tiburón.....	82
El «Loco» de la balsa.....	92
Descarga de combate.....	102
Sandokan.....	113
Noviciado de pirata.....	125
La Miss del Frustino.....	135
Eva.....	144
La selva de las insidias.....	148
La sepultura en la selva.....	160
El secreto de Campoamor.....	166
El Naufragio.....	178
La «Bagh».....	187
En el círculo de fuego.....	202
«Huye... no te ocupes de mí».....	211
Regreso.....	220
Aventuras de periodismo.....	229
Galeoto de la pluma.....	245
Epílogo	253
Nuestro Padre.....	259

